LUIS ANTEQUERA



HISTORIA DESCONOCIDA *del* DESCUBRIMIENTO *de* AMÉRICA

EN BUSCA DE LA NUEVA RUTA DE LA SEDA

La increíble historia de un viaje a las Indias que permitió descubrir todo un continente y conquistar el mundo.



SEKOTIA

LUIS ANTEQUERA

Historia desconocida del descubrimiento de América

En busca de la nueva ruta de la seda

Editorial Sekotia
www.sekotia.com
Editor: Humberto Pérez-Tomé
Colección Biblioteca de historia
Maquetación y Ebook: R. Joaquín Jiménez R.



ISBN: 978-84-16750-81-8
Hecho en España-*Made in Spain*

Quiero dedicar este libro a mi paciente esposa, Mariate. Pocas veces, como en mi caso, se puede decir que sin su apoyo de todo tipo este libro no habría visto la luz. Ni éste ni ninguno de los que he publicado hasta la fecha.

Pero me gustaría dedicárselo también a todos mis compatriotas. Es impresionante, se hace imposible de creer, el desconocimiento que los españoles propiciamos a nuestra historia, y lo que es casi peor, el deformado y empequeñecido enfoque que le deparamos, algo que es más aún grave cuando se tiene una historia como la que tenemos. Una historia que me atrevo a calificar, sin sonrojo ni temor alguno a equivocarme, como la más interesante, fascinante, divertida, épica, provechosa y grandiosa que haya escrito jamás nación alguna.

INTRODUCCIÓN

No es descubrir nada afirmar que 1492 es un año crucial en la Historia de España. Como si de un encantamiento se tratara, todo ocurre en ese año: se produce la expulsión de los judíos, quien sabe si un acierto o un error, pero se produce; se publica la primera gramática de una lengua moderna, que no es otra que la lengua castellana, según la denominó su autor, Antonio de Nebrija, en su introducción; se pone fin a toda una Reconquista que había llevado casi ocho siglos completar, en uno de los procesos más difíciles y perseverantes que la Historia conoce; y se producen, en el mismo año, dos grandes descubrimientos, no uno, dos: el de los confines del Atlántico, nunca navegados antes, y el de todo un continente, el americano. Un tercer descubrimiento no menos importante se alcanzará muy poco después, en los primeros meses de 1493, el del tornaviaje por el Atlántico.

Se trata de un año tan crucial que, de hecho, es el que generalmente se marca como el de inicio de la Edad Moderna, una Edad Moderna que viene caracterizada por los grandes descubrimientos geográficos que permiten al mundo, al planeta Tierra, a sus habitantes, tomar conciencia de sí mismo. Y esos descubrimientos tienen dos grandes protagonistas, dos naciones emergentes que comparten una misma península en el *finisterre* del más pequeño de los continentes del planeta, Europa, con una historia, si no común, si muy similar, casi paralela, con una raza común, con una lengua muy parecida y con un sentido de la vida idéntico, impregnado de un cristianismo fuertemente acrisolado por su prolongadísimo y cercanísimo contacto con el islam.

Ni que decir tiene que hablamos de España y Portugal.

Siendo verdad que el protagonismo corresponde a los dos países y a sus habitantes y dirigentes, si hubiera que repartirlo

en sus justas proporciones, no menos de un 75% correspondería a una de esas dos naciones y no a la otra, nación que no es otra que España.

El protagonismo de España durante toda la Edad Moderna, a la que acostumbra a ponerse final en 1789 con la Revolución Francesa, es absoluto y total, con una preponderancia completa al principio del período, y algo más decreciente al final, pero sin abandonar en ningún momento la situación preponderante.

La preponderancia es tan abrumadora que, como es normal en todo proceso de convivencia humana —y no existe convivencia humana más grande que la que realizamos a diario todos los seres humanos en el globo terráqueo—, surgen inmediatamente los intentos de «minimizar», de «aminorar», de «relativizar», de «menoscabar», la labor realizada por el que actúa de manera preponderante.

Nace así la famosa Leyenda Negra Española, entre las más importantes de las «escritas» a lo largo de la historia, solo igualada, quizás, por la que tiene por protagonista a la Iglesia, ni siquiera por la que hoy día afecta a los *yankees*, que se defienden de ella con uñas y dientes. Y dentro de ella, o quizás mejor expresado, «en paralelo» a ella, un proceso encaminado a «deslucir» los logros alcanzados, el cual se vale de muchos instrumentos, pero, sobre todo, del de la «adecuada» denominación de las cosas, su «nominalización», que constituye, a la postre, el primer instrumento de su presentación al público.

Así, toda la labor descubridora de España se reduce a un simple «Descubrimiento de América», y ello mientras simultáneamente se abre un nuevo agujero en la muralla cuestionando incluso que se trate de un descubrimiento, labor en la que tantos y tantos se emplean denodadamente.

Pero es que la labor de España en esos siglos de la Edad Mo-

derna no se limita al «Descubrimiento de América», va muchísimo más allá.

Por lo que hace a la palabra «descubrimiento», es un proceso que, aunque primeramente geográfico, incluye mucho más; incluye todo un trabajo de investigación histórica, antropológica, científica, artística y un vasto intercambio de conocimientos en todos los sentidos, los cuales afectan incluso a algo tan primario como lo es la alimentación humana, la cual va a sufrir, gracias a los descubrimientos españoles, un auténtico cataclismo.

Y por lo que hace a «América», también lo trasciende… y mucho. Pues España, sus navegantes, sus exploradores, sus conquistadores (que también fueron necesarios, aunque hoy formen parte de la nómina de términos inmencionables), no solo descubre América, descubre mucho más que América: descubre buena parte del Atlántico, inexplorado en sus cuatro quintas partes; descubre todo el Pacífico; descubre, «construye», las rutas que hacen posible la navegación de uno y otro y el traslado y el trasporte dentro de ellos, en una dirección y en la contraria, porque en la mar, por el contrario de lo que ocurre en tierra firme, los caminos de ida no son los de vuelta. Algo que, con tanta naturalidad, con tanta afición, olvidan, olvidamos, los seres humanos, los historiadores, incluso lo más perjudicados por el olvido, los propios españoles… que digo «olvidan», «ignoran» más bien, quién sabe si premeditadamente, porque solo se olvida lo que alguna vez se supo, y aquí, lo que acabo de decir, ni siquiera se enunció nunca.

La contextualización, el emplazamiento, de este hermoso proyecto descubridor en la Historia del ser humano es algo que se puede hacer desde muchos enfoques posibles. A mí personalmente me gusta uno, que es el de la recuperación y agrandamiento de una de las rutas más importantes existentes en la Tierra, la Ruta de la Seda, la que casi desde los tiempos romanos, pero con gran intensidad desde la Edad Media, y más con-

cretamente la Baja Edad Media, hacía posible el intercambio de productos entre pueblos que ni siquiera se conocían, como si hoy fuera posible traer y llevar productos a un Venus cuyos habitantes ni nos imaginamos cómo son ni cómo viven.

Una Ruta de la Seda que, de manera drástica, de manera algo más que repentina, súbita, quedó cerrada cuando un 29 de mayo de 1453, con la toma de una ciudad tan importante como Constantinopla, una nueva civilización, la otomana, se enseñoreó de un cruce de caminos fundamental y lo cerró, si no para siempre, sí para un largo período de tiempo.

Es necesario reconstruir la Ruta, es necesario restablecer las relaciones con esos pueblos cuyos productos tanto bienestar traían y producían. Y a esa labor se ponen esas dos naciones emergentes de las que hemos hablado más arriba, repartiéndose, como veremos, la labor, de una manera pacífica y tremendamente organizada, lo que, sin duda, junto a tantos otros factores, constituirá una de las claves de su inmenso éxito.

Una labor que no es otra que esa: la creación de «la Nueva Ruta de la Seda».

CAPÍTULO 1
LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA

Mucho se habla de la Leyenda Negra española últimamente, y desde luego se trata de un tema estrechísimamente relacionado con el que va a ocupar a esta obra, pues es en el Descubrimiento de América, en el del Pacífico, en el de cuatro quintas partes del Atlántico, en el dominio de toda una mitad del globo terráqueo ejercido por España, y en cuanto vino con todo ello aparejado, de lo que trae causa, sin duda alguna, la Leyenda Negra en cuestión.

Haré, sin embargo, una afirmación nueva y hasta, para algunos, escandalosa: que España tenga una leyenda negra como la que tiene no es algo que deba escandalizar a nadie —y menos que nadie a los españoles—, que, por nuestra excelsa historia, merecemos una Leyenda Negra como la más grande. De hecho, como la que tenemos.

Una leyenda negra como la española es lo menos que cabe esperar de un país que fue, indiscutiblemente, y con enorme preponderancia, la primera potencia mundial durante más de dos siglos. Para que nos hagamos una idea cabal del asunto, Estados Unidos apenas lleva tres cuartos de siglo, y nos puede parecer mucho… Pues el triple.

Doscientos años, y aún otro cuarto de siglo, que son los que van desde el 1492 hasta el 1714, es decir, entre la conquista de Granada y descubrimiento de América, por un lado, y el final de la Guerra de Sucesión entre las casas Habsburgo y Borbón, por otro. Con un particular y apabullante predominio entre 1521, el descubrimiento y conquista de Méjico y del Pacífico, y 1648, el desfavorable desenlace de la Guerra de los Treinta Años. Y, por cierto, algo que se olvida a menudo, no solo en los campos militar y político, sino también en el artístico y en el científico. Y que después de ese 1714, siguió siendo una poten-

cia de primer orden, entre las dos o tres más importantes del planeta, hasta 1812, en que, con la Francesada, comienza la definitiva decadencia española de la que ya solo se saldrá de manera episódica y breve, con una terrible y enfermiza tendencia a recaer en la decadencia y el pesimismo. Uno de cuyos rasgos será, precisamente, el inicio del proceso que conduce a los españoles a aceptar pacientemente, cuando no de manera entusiástica, su propia leyenda negra.

Un poderío que, por cierto, no había tenido nadie antes, ni tendrá nadie después, pues si territorialmente hablando sí hubo imperios que alcanzaron la extensión del español, (el de los Grandes Canes, el de Tamerlán, el británico), en términos de durabilidad hay que remontarse, para encontrar algo parecido, al Imperio Romano, cuya extensión territorial, sin embargo, fue infinitamente menor que la del Español: grosso modo, veinte millones de kilómetros cuadrados el Imperio Hispano, cinco millones de kilómetros cuadrados el Romano. El caso ruso representa tema aparte, con el dominio sobre un territorio que es inhóspito en un 70% de su extensión.

1. LEYENDA NEGRA Y DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Como decimos, si un aspecto, si un hecho, alimenta la Leyenda Negra Española es el que está relacionado con el descubrimiento, colonización y evangelización de América.

Uno de los argumentos más frecuentemente esgrimidos por los pseudo historiadores y politiquetes, particularmente hispanoamericanos, pero no solo, sobre la evangelización y colonización que de los territorios y sus pobladores americanos hicieron colonos hispanos y colonos anglosajones, es el del distinto grado de formación, de organización, de productividad y de desarrollo que unos y otros dejaron en los territorios sobre los que gobernaron, para concluir, ni que decir tiene, que mientras los anglosajones se dedicaron a crear estructuras e infraes-

tructuras que hicieron posible el ascenso de los Estados Unidos a la condición de primer potencia mundial, los españoles solo explotaron a los pobladores y devastaron sus territorios, dejando pobreza, incultura y desolación.

El argumento no se sostiene en sí mismo, y contiene múltiples errores y mentiras que solo son posibles si partimos de la historiografía propagandística fomentada por los historiadores anglosajones y pronorteamericanos, bien acompañada por la historiografía autodestructiva y falsificadora practicada por historiadores y políticos no por españoles, menos antiespañoles: un arte, el de *enmerdar* la propia historia, que en pocos países se cultiva como en el nuestro.

Lo primero que se ha de decir al respecto es que tanto la colonización inglesa en los Estados Unidos, como la española en todo América (también, curiosamente, en buena parte de los territorios norteamericanos, pues hasta dos tercios de estos fueron, en algún momento de su historia, españoles) terminaron hace ya… ¡¡¡más de dos siglos!!! Por lo que intentar sustentar en dichas colonizaciones la situación actual solo suena a «excusa de mal pagador», carente de todo espíritu de autocrítica y de toda lógica y coherencia histórica.

Los que con semejantes argumentos intentan justificar la nula capacidad de su país para conseguir el desarrollo que corresponde al buen hacer económico y al esfuerzo, al trabajo y al sacrificio, deberían mirar el ejemplo alemán, un país que en el año 1945, hace apenas setenta años, no es que estuviera destrozado, es que había vuelto a la edad de piedra, nunca mejor dicho, pues eso y solo eso, piedras, es lo que podía verse en sus ciudades, después de la terrorífica destrucción a la que fueron sometidas las urbes por los vencedores aliados, nunca suficientemente explicada ni bien justificada.

Sin llegar a semejante grado de devastación, procesos pareci-

dos de destrucción ocurrieron también en Japón, Austria o Italia, países los tres que, derrotados en la Segunda Guerra Mundial, en menos de setenta años, como ya se ha dicho, han vuelto a encaramarse —gracias a su buen hacer económico y a su trabajo—, al escogido grupo de las grandes potencias económicas del mundo, en las que la pobreza está prácticamente desterrada y la renta per cápita se halla entre las más altas del planeta.

Sin necesidad de situarnos en un estadio tan catastrófico como aquél del que parten los países que perdieron la Segunda Guerra Mundial, sino en otro mucho menos trágico, podrían fijarse los que semejantes argumentos sostienen en el grado de riqueza alcanzado por países tan alejados de los polos centrales de desarrollo como Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong o Singapur, tradicionalmente conocidos como los «dragones del Pacífico», que se han autodesarrollado en menos de cincuenta años, o la misma China, que lleva décadas de crecimiento a ritmos que superan los dos dígitos porcentuales y se convertirá en pocos años en la principal potencia económica del mundo. O incluso la que tienen por su potencia opresora, que en 1939 se hallaba literalmente devastada, tras sufrir tres años de desoladora guerra civil, y solo cuarenta años después era la octava potencia industrial del mundo.

Sin desdeñar para nada el guante que arrojan cuantos sostienen que la colonización anglosajona fue más gentil con el territorio y con la población que la española, lo segundo que se ha de decir es que para cuando en 1776 termina la colonización norteamericana llevada a cabo por colonos ingleses, en Estados Unidos existen nueve universidades, en las que, por cierto, no entra un solo indio, no solo por una cuestión pura y esencialmente racista (recordemos que las primeras leyes antirracistas no se implementan en los Estados Unidos… ¡¡¡hasta 1964!!! en que se aprueba la Ley de Derechos Civiles), sino por otra aún más importante a la que me referiré en las siguientes líneas.

Mientras que, en la parte española del territorio americano, las universidades son casi treinta, y lo que es aún más importante a los efectos que nos ocupan, frecuentadas por los propios indios.

Y lo tercero que se ha de decir, y lo más importante también, es que mientras la política española en América fue la de la formación, colonización y asimilación del elemento indígena con el elemento colonizador, la política de los colonos anglosajones no sólo no fue esa, —lo que ya habría sido suficientemente grave—, sino que bien al contrario… ¡¡¡fue la del más puro y sistemático exterminio para poder acomodar el territorio a las apetencias y apetitos de sus nuevos pobladores!!! ¿Es eso lo que echan de menos los que hablan de la superioridad organizativa y económica de los estados procedentes de la colonización anglosajona frente a la colonización hispana?

Todo ello, en un proceso que, aunque nunca se ha descrito así, de acuerdo con los principios de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de 1948 y el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional de 1998 podría ser definido, sin sonrojarse, como de auténtico genocidio: el genocidio indígena norteamericano.

Buena prueba de lo cual es que, hoy en día, en los países en los que se produjo una colonización hispana se dé en torno a un 10% de poblaciones puras, ora blanca, ora indígena, mientras que hasta un 70% de la población es mestiza; en tanto que, en los Estados Unidos de Norteamérica, el porcentaje de indios puros no alcanza ni siquiera el 1% (0,8% según algunas fuentes), y el mestizaje sea, demográficamente hablando, insignificante.

Es más, es que por si lo dicho no fuera suficiente, acontece que esos indios que luego serán exterminados por los neocolonizadores norteamericanos habían convivido previamente, y en términos muy amigables, con los primeros colonizadores europeos que tuvieron ocasión de conocer, que no son otros que,

precisamente, los españoles, pues como se ha dicho ya, hasta dos tercios del territorio hoy estadounidense fue en algún momento de su historia español y colonizado por España.

A los efectos, ¿se ha parado nadie a pensar por qué los indios del famoso oeste norteamericano a los que los colonos anglosajones combaten y finalmente exterminan, tenían caballos, y, por cierto, los manejaban tan bien, si no porque ya habían sido enseñados en tales artes por los misioneros españoles? ¿Acaso se conoce que los indios que los colonos anglosajones norteamericanos se encuentran en su camino hacia el oeste en base a la doctrina intitulada «del Destino Manifiesto» por la que se «autoautorizan» a colonizar todo el territorio norteamericano desde el Atlántico hasta el Pacífico, hablaban muchos de ellos español y eran católicos? Tal y no otro era el caso, concretamente, del indio más famoso de la historia norteamericana, Goyaalé («el que bosteza» en lengua mescalero-chiricahua), más conocido como Jerónimo (nombre católico, por cierto).

Dicho todo lo cual, harían bien los numerosos políticos, historiadores y pseudointelectuales hispanoamericanos y no hispanoamericanos que se afanan en justificar el retraso económico y sociológico de esos países en argumentos históricos tan poco sólidos, tan interesados y tan autocomplacientes como los que utilizan, en practicar un poquito más de autocrítica y en preguntarse cómo es posible que en más dos siglos ya de independencia y de regir sus propios destinos, el continente a duras penas haya sido capaz de producir regímenes corruptos y, lo que es casi peor (si cabe), sistemas económicos de nula productividad económica y de gran injusticia social.

Como harían bien en dejar de atribuir esos errores a ningún tipo de colonización demasiado antigua ya como para que opere algún tipo de influencia, pero menos aún a la colonización española en detrimento de la norteamericana, cuando si alguna colonización ha sufrido esos países hispanoamericanos en estos

dos siglos de «independencia»… ¡¡¡no ha sido otra que, precisamente, la norteamericana!!!

2. LA ANOMALÍA DE LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA

En definitiva, nada alarmante en el hecho de que semejante poderío como el español de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII genere una leyenda negra llena de mentiras, medias verdades, calumnias, conclusiones torticeras y propaganda. Desde este punto de vista, casi diría que lo alarmante habría sido no tenerla. También tienen su leyenda negra otros imperios que en el mundo han sido, empezando por el que hoy representa los Estados Unidos de Norteamérica, conocida de todos, a pesar de lo mucho y bien que se defienden los yankees.

Lo verdaderamente novedoso y anómalo de la Leyenda Negra Española es el afán, la afición, la fruición, el verdadero apego, adhesión, entusiasmo con el que la han acogido y siguen acogiendo tantos y tantos españoles, muchos más de lo que sería normal en cualquier otro país que hubiera dispuesto de un poderío semejante, y particularmente, de sus políticos y autoridades. Tanto en el nivel que corresponde a los profesionales del tema, historiadores y divulgadores, como, lo que es aún más singular, en el que corresponde a los propios españoles «de a pie», a muchos de los cuales se les pone «la boca gorda» haciéndose baratamente los intelectuales sobre la base de ignorar y denostar todos y cada uno de los logros históricos que llevan apellido español (muchos más de los que nadie pueda imaginar, incluso en campos que ni sospechamos), cuestionándolos, o hasta atribuyéndolos a otros.

¿Qué decir de ese comportamiento absolutamente espurio, incoherente y anacrónico que es denominar «latino» a lo que es, y no puede ser otra cosa, sino hispano? Mal está que lo hagan así los demás, porque tiene una correspondencia histórica absolutamente falseada… pero ¿que lo hagamos los españoles?

Según narra el historiador español Fernando García de Cortázar, en un curso de verano en la Universidad de El Escorial, durante el relato que el historiador británico Henry Kamen hacía sobre el reinado de Felipe II, y ante las críticas que ese relato suscitó entre los estudiantes españoles ávidos de «leyenda negra», tuvo que defenderse con las siguientes palabras:

> «¡Es inaudito! ¡Los únicos en todo el mundo que se creen ya la Leyenda Negra a pies juntillas son ustedes, los universitarios españoles!».

Siempre me he preguntado por qué eso es así, qué es eso que nos hace a los españoles definitivamente diferentes para sentirnos mejor en la autoindiferencia, en el autodesprecio, en el autocastigo cruel, inmisericorde y hasta abiertamente injusto e incoherente con la realidad, antes que, como sería lo natural, en la defensa de lo nuestro y de nuestras realizaciones (nuestras y de nuestros padres), ninguna de las cuales, por cierto, baladí, y algunas, en campos que ni podemos imaginarnos.

Y me ha parecido que al menos cuatro podrían ser los rasgos de nuestro carácter colectivo, ninguno de ellas positivo o constructivo, que nos llevarían a semejante comportamiento: el primero de ellos, el escaso patriotismo español; el segundo, la excesiva ignorancia de la historia existente en España, en primer lugar de la historia universal, y en segundo, y aún más grave, de la propia; el tercero, el cainismo y la envidia españoles; y el cuarto, el sentimiento de decadencia al que nos ha llevado, precisamente, la pérdida de la condición prioritaria que hemos tenido durante tanto tiempo en la confección de la historia mundial.

A cada uno de ellos vamos a dedicar unas líneas.

2.1. El escaso *patriotismo* español

La primera pues, el escasísimo afecto por la patria que, por más que «algunos» lo puedan ver, de manera diferente, como un síntoma de autoafirmación personal o hasta de intelectualidad, no adorna nunca a una persona.

Según un informe recientemente presentado por la Universidad de Gotemburgo, que elabora el que llama Índice Europeo de Calidad de Gobierno, en el que plantea cuestiones tan interesantes como la presente, en once de las diecisiete comunidades españolas, el amor a la región se halla por encima del amor a la nación. En País Vasco, en Galicia, en Cataluña, en Navarra, en Canarias, en Asturias, en Baleares, en Aragón, en Andalucía, en La Rioja y en Cantabria, sus vecinos aman más a su región, se sienten más identificados con ella, que con su nación, con España en definitiva. Solo en Madrid, las dos Castillas, Extremadura, Valencia y Murcia, la tendencia se invierte (y en alguna de ellas, por desgracia, eso va a dejar de ser así muy pronto).

En toda Europa y según el mismo informe, el sentimiento regional se halla por encima del nacional en solo dos países, España y Bélgica.

Y eso que, también para nuestra desgracia, también para nuestro demérito, se trata de dos casos completamente diferentes, pues mientras Bélgica es un refrito nacional compuesto de dos poblaciones completamente diferentes, una flamenco parlante (vale decir germano parlante) y otra franco parlante, con historia común nula que remonta como mucho a 1714, artificialmente creada sin ninguna base histórica al solo objeto de servir de tapón a dos de las grandes potencias europeas, Francia y Alemania, en la que apenas ha habido tiempo de crear una identidad nacional; la otra, España, es una de las realidades mejor identificadas de Europa (paradójicamente mejor reconocida hoy por los no españoles que por los propios españoles) con una historia común antiquísima, una idiosincrasia excesivamente peculiar (por más que muchos españoles se avergüencen de ella) y una identidad muy pero que muy marcada.

2.2. La ignorancia de la historia

Lo segundo —y en realidad peor todavía (si cabe)— una ig-

norancia supina, insuperable, grave, de la historia, y particularmente de «nuestra» historia. Pues lo cierto es que la afección de «esos españoles» a la Leyenda Negra nunca está bien documentada, parte de ideas no solo falsas, sino excesivamente simples, poco elaboradas, carentes de todo rigor y análisis, casi infantiles, aunque a muchos españoles, en su infinita ceguera, cortedad de miras y sobre todo, como ya se ha dicho, ignorancia, les parezcan profundísimas y elegantes, y hasta les pueda servir para auto otorgarse una «respetabilidad» que en realidad no tienen, porque la respetabilidad no admite atajos tan groseros como el que representa la Leyenda Negra Española.

La historia de España es, probablemente, y no lo digo por patriotismo, sino como amante y estudioso de la historia universal, la más bonita de todas las historias nacionales, con episodios de una grandeza inimaginable, «la que todos querrían tener» por decirlo con una frase sonora y provocadora.

No amarla, no admirarla, y en su lugar despreciarla, denigrarla en el modo en el que lo hacemos, no solo no nos adorna a los españoles, sino que habla muy mal de nosotros.

2.3. El cainismo y la envidia españolas

Muy probablemente en ese carácter tendente a la envidia que tenemos los españoles hay que encontrar la raíz del poco interés que suscita entre nosotros nuestra historia, bella, antigua y heroica como la que más, cuando no el celo que gastamos en desfigurarla para desmerecerla y denigrarla.

> «Es un hecho curioso que los españoles no hayan sido, en términos generales, muy buenos biógrafos ni excepcionales cronistas de sus glorias históricas», se lamenta el escritor español, a pesar de su apellido alemán, Mauricio Wiesenthal (1943).

Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar (1567-1626), embajador de España en Inglaterra entre 1613 y 1622, conocido como el «Maquiavelo español», amigo personal de Jacobo I de Inglaterra, atribuye tan escaso interés a «la envidia

que opuestamente los españoles se tienen, pareciéndole a cada uno que se quita a sí propio lo que en alabanza y mérito de su amigo confiesa».

Semejante desafecto hacia nuestra historia no es sino el escaso amor que sienten los españoles hacia los éxitos de sus compatriotas. Bien nos lo explica Fernández de la Mora en su obra *La envidia igualitaria*:

> «Los españoles han hecho objeto predilecto de su ingratitud en vida y aún después de su muerte a la exigua lista de sus gobernantes fecundos: Fernando el Católico, Cisneros o Carlos V, por citar algún ejemplo clásico. En cambio, a los demagogos o cultivadores de algún sentimiento ruin, ciertos sectores han logrado convertirlos en mitos; es el caso de Riego, que consumó la pérdida del Imperio».

En el imaginario español siempre hay un hueco para la expulsión de los judíos de España y sus cifras parece que crecieran, crecieran y crecieran cada año… ¿pero se ha preguntado alguien cuántos fueron los españoles víctimas de las leyes de expulsión que surgieron por doquier en la América española cuando irrumpen las nuevas repúblicas que sustituyen a los virreinatos?

En el imaginario español siempre hay un hueco para la expulsión de los moriscos en el año 1613… ¿pero se ha preguntado alguien cuántos fueron los mozárabes que tuvieron que abandonar el sur de España cuando entran en ella las hordas árabe-bereberes de Tarik y se instaura el emirato y luego califato de Córdoba?

Es decir, que los españoles, en el imaginario español, son «los malos» cuando expulsan, pero cuando son expulsados no pasan a ser «los buenos», sino que siguen siendo «los malos».

En el imaginario español siempre hay un hueco para fustigarse por las víctimas que produjo la llamada Inquisición española durante sus más de tres siglos de historia, mil quinientos según los estudios más autorizados (todos ellos previo juicio y tras largos procesos, por cierto)… Pongamos que incluso fueran

el doble, tres mil, por cierto, en un tribunal que tuvo una jurisdicción mundial, presente en Europa, Asia y América, la más grande probablemente que haya tenido jamás un tribunal, y durante un período que superó ampliamente los tres siglos de permanencia. Pero ¿las ha comparado alguien con los que se producen en Francia, también por motivos de religión, en una sola noche, la de San Bartolomé, el 23 de agosto de 1572, tres mil solamente en París y de diez a veinte mil en el resto de Francia; o con las más de cien mil de la Revolución Francesa solo con motivo de la Vendée; o con los 150 000 campesinos víctimas de la revolución protestante luterana en Alemania; o con los 264 000 condenados a muerte en Inglaterra en tres siglos?

En el imaginario español siempre hay un hueco para fustigarse por la colonización hispanoamericana y para ensalzar la colonización angloamericana… ¿pero se ha preguntado alguien por qué en Hispanoamérica hay hoy, como decíamos poco más arriba, un 10% de indios puros y un 70% de mestizos, mientras que en Norteamérica los indios puros no alcanzan el 0,8% y el mestizaje no existe?

La consecuencia de tanta deconstrucción y de tanta iconoclastia que, aplicada al caso que nos ocupa, podríamos llamar «historioclastia», son los resultados que arroja una encuesta del *Pew Research* norteamericano, el instituto demoscópico más importante del mundo, realizada entre 2015 y 2017, la cual demuestra que los españoles son los ciudadanos ¡de toda Europa! (cuarenta y nueve países) que menos orgullosos se sienten de su historia y de su cultura, con una preocupante calificación de 20/100, cuando el siguiente país que le sigue en la lista es uno tan, por otro lado, inesperado, como la chauvinista Francia, que puntuaba 38/100, es decir, casi el doble. El Reino Unido puntuaba 46/100, Alemania, la Alemania aniquilada tras la penosa derrota sufrida en la Segunda Guerra Mundial, puntuaba un

45, tan parecido al de sus compañeros de derrota Italia y Austria, los dos con un idéntico 47. Nuestro vecino Portugal, con una historia tan similar a la nuestra, otro 47. Y ya en la parte alta de la tabla, Rusia con un 69, Armenia con un 84, o Georgia, el gran campeón de la encuesta, con un 85. ¿Se puede entender?

2.4. La decadencia

Sí, la propia decadencia como causa de que germine con tanta efectividad en los españoles ese afecto por una leyenda que nos hace daño. De un modo parecido a como un enfermo de cualquier enfermedad tiende a sufrirla peor cuando ya tiene otras. En pocas palabras, la enfermedad de la aceptación de la leyenda negra porque se padece, además, y de manera grave, la enfermedad de la decadencia.

Este fenómeno no es privativo de España, y se puede reconocer en otros países que han tenido un momento histórico de grandeza. Así ocurre, por ejemplo, en Austria, que, de ser el gran imperio descendiente del Sacro Imperio Romano Germánico, cuyo emperador ostentaba el título más grande que podía ostentar un monarca terrestre, ha pasado a ser hoy día una pequeña republiquita de 83 000 kilómetros cuadrados, que algunos no diferencian muy bien de su vecina Alemania. No así, sin embargo, en otros, igualmente decadentes respecto de lo que fueron, de lo que es buen ejemplo nuestra vecina Francia, que, de hecho, aporta la palabra con la que todos identificamos el orgullo desmedido por las cosas de la patria, el chauvinismo.

3. PROTUBERANCIAS DE LA LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA

El poderío de la Leyenda Negra española es tan grande que llega a alcanzar a personajes ajenos a la propia historia de España, es más, a personajes que forman parte de la historia de aquellas naciones en las que se ha forjado la Leyenda Negra Es-

pañola, personajes a los que me gusta llamar «protuberancias» de la Leyenda Negra Española.

Son muchos los que se podrían citar, pero dos se me antojan quizás los más representativos, a saber, el papa Alejandro VI, que, aunque español de origen y nacimiento, hemos de considerar, a los efectos, como vinculado a los Estados Pontificios, tan estrechamente implicado, por cierto, en la aventura que comenta esta obra; y María I de Inglaterra. A los dos dedicamos unas breves líneas a continuación.

3.1. El papa Alejandro VI

Rodrigo Borja, más conocido como Rodrigo Borgia, y más aún, por el nombre que elegirá para sentarse en la silla de Pedro, Alejandro VI, nace en Játiva, en la española provincia de Valencia, el 1 de enero de 1431. Son sus padres Jofre Lançol e Isabella Borja, hermana del cardenal Alfonso Borja, que reinaría en la silla de Pedro como Calixto III, el cual acoge a su sobrino Rodrigo en la corte papal romana.

Es precisamente su tío Alfonso quien lo envía a estudiar leyes a la Universidad de Bolonia y en 1456, a la edad de veinticinco años, lo ordena cardenal diácono de San Nicolo in Carcere, aunque no se ordene sacerdote hasta doce años más tarde, en 1468. Y es que, por desconocido que pueda resultar, para ser cardenal en la época no era estrictamente necesario estar previamente ordenado. En 1471 es cardenal-obispo de Albano, y luego de Oporto. Y en 1457, es nombrado vicecanciller de la Iglesia Romana, cargo que ocupará durante treinta y cinco años.

Elegante y refinado, de magnífico porte y reconocida inteligencia, el 11 de agosto de 1492, con la requerida mayoría de dos tercios, apenas dos meses antes de que se descubra América, Rodrigo es proclamado Sumo Pontífice, adoptando para reinar el nombre de Alejandro VI. Tiene sesenta y un años, no es

por lo tanto un papa joven, pero no será ni mucho menos, un papa de transición.

Por lo que respecta a su gobierno de la ciudad de Roma, limpia las calles de maleantes y dedica tiempo y esfuerzo al embellecimiento de la ciudad, para lo que cuenta con los principales artistas de la época: Pinturicchio, Bramante, etc. Reconstruye la Universidad Romana; se rodea de personas de talla, sintiendo especial predilección por los juristas; desarrolla el gusto por el teatro y por la música.

Su gobierno de las cosas de la Iglesia y de la cristiandad no dejará de rendir interesantes servicios. Defiende a los judíos. Trabaja por la paz entre los reinos cristianos: de hecho, sus bulas *Dudum Siquidem* e *Inter Caetera* evitan el choque entre España y Portugal por los territorios descubiertos en América precisamente durante su papado. Emite un sabio decreto con relación a la censura de libros. Envía a los primeros misioneros al Nuevo Mundo. Y trabaja denodadamente por la consecución de una alianza de los reinos cristianos contra el turco; una alianza que, sin embargo, aún habrá de esperar todo un siglo para conseguir el gran logro de Lepanto.

En algunos momentos, el sentimiento de culpa le lleva a explorar la posibilidad de abdicar, y hasta redacta numerosos decretos que habrían hecho un gran favor a la tan necesaria y ansiada reforma de la Iglesia, si bien nunca los emite y la reforma habrá de esperar aún más de medio siglo para ver puestos sus cimientos en Trento.

Junto a estos aspectos positivos del papado de Alejandro, una serie de notas lo hacen pasar a la historia, sin embargo, como un pontificado indigno. Y eso que no es, desde luego, el más indigno de los papados, distinción que cabe a tantos de los que se prodigan durante los siglos X y XI y componen lo que se da en llamar el *Seculum Obscurum* o Siglo de Hierro de la Iglesia, e in-

cluso a otros más recientes, pero sí es, por esos caprichos de la Historia, el que termina pasando a la historia como paradigma de corrupto y disipado, algo en lo que tiene mucho que ver lo que justifica su presencia en esta obra, la Leyenda Negra Española.

Entre esos aspectos negativos, el primero, quizás el menos reprochable directamente al papa Borgia, la tensión terrible que caracteriza la vida política romana e italiana, con una serie de príncipes y de cardenales a los que Alejandro ha de combatir por una cuestión rayana en la supervivencia, y todo ello sin olvidar las pretensiones españolas y francesas sobre los territorios del sur de Italia.

Para seguir, la perversión de sus comportamientos en el gobierno de la Iglesia: la acusación de simonía y venta de favores persigue muchos de los actos de Alejandro, desde su posición en la Cancillería, hasta la propia consecución del papado (no en balde, es sobrino de un papa, el ya mencionado Calixto III), sin olvidar los realizados ya en el trono como, solo a modo de ejemplo, la anulación del matrimonio de Luis XII de Francia con Jeanne de Valois para afianzar la neutralidad francesa.

En tercer lugar, la corrupción de costumbres en la corte papal. Aunque frugal en el yantar y en el beber, sus hábitos son menos edificantes en lo relativo al juego, al dinero y al sexo. Innumerables mujeres calientan el lecho papal: entre todas destaca la veneciana Vanozza Catanei, que le da cuatro hijos: Juan, César, Lucrecia y Jofre. Y todo ello, sin mencionar incestos con sus propios hijos César y Lucrecia, que, sin embargo, más que probablemente, tengan más de leyenda o maledicencia que de historia auténtica.

De estos hijos, dos adquieren particular notoriedad. El primero, César, a quien después de hacer arzobispo de Valencia sin ni siquiera recibir las órdenes —es decir, exactamente igual

que él mismo lo había hecho— y sin que este se desplace jamás a la sede del arzobispado —cosas que, dicho sea de paso, no estaban prohibidas en la época—, lo desacraliza luego para casarlo con la hermana del rey de Navarra, Charlotte D'Albret, nombrándolo duque de Romagna, y finalmente, volver a sacralizarlo, nombrándolo Obispo de Pamplona, sede en la que halla la muerte y en la que hoy día está enterrado.

Y tanto como César, la bellísima Lucrecia, a la que Alejandro utiliza como moneda de cambio de su política, casándola y descasándola mediante anulaciones y hasta asesinatos, con los más siniestros personajes de su época: el duque de Sforza, primero; Alfonso de Biseglia, un hijo ilegítimo de Alfonso II de Nápoles, después; el duque de Ferrara, finalmente…

El 6 de agosto de 1503, Alejandro cena en casa del cardenal Adriano da Corneto, donde algo debió de pasar cuando todos los comensales caen víctima de la fiebre romana. Por lo que hace a él, solamente doce días después, el 18 de agosto, se producía su muerte. Tenía setenta y dos años. Ni que decir tiene que las sospechas de envenenamiento inundan el ambiente, y hasta pudo morir por ingerir un veneno «cruzado» no específicamente dirigido contra él.

Descansan sus restos en la iglesia de Santa María de Monserrat de los Españoles, en Roma. Su pontificado había durado once intensos años y siete días más, y si se ha de hacer un balance de este, tal vez quepa definirlo como «un papado digno llevado a cabo por un papa indigno». «El único Papa que nunca tuvo un apologista», según resume acertadamente Cesare Cantu, no le faltaron enemigos, a todos los cuales humilló, lo que junto a esa leyenda negra que alimenta a todo lo que huele a español y a la que los propios españoles se han mostrado tan afectos, quizás haya contribuido a agigantar los aspectos más réprobos del pontificado del que es el último español hasta la fecha en la silla de Pedro.

3.2. María I de Inglaterra

Uno más de los monarcas Tudor, hasta seis en total (tres reyes y tres reinas), pero la menos querida y la más vituperada de toda la dinastía, siendo así que ni muchísimo menos fue la peor, y más bien fue, si acaso, la mejor… Y desde luego, la que más difícil lo tuvo y la que peor lo pasó: María I, más conocida como «Bloody Mary», «María la Sanguinaria».

Un apelativo, por cierto, el de «Bloody Mary» que, por poco conocido que sea, no le «otorgaron» precisamente sus contemporáneos, sino alguien muy posterior y, evidentemente, no muy afecto a su persona: el escritor protestante inglés del siglo XIX Charles Dickens, que lo hace en su obra *A Child's History of England* (1853), *Una historia de Inglaterra para niños*.

El nombre será atribuido después, por extensión, a un delicioso cóctel más dulce y afrutado que sanguinario, y a un juego infantil según el cual, si se repite tres veces a oscuras ante un espejo la frase «Bloody Mary», al encender la luz aparece en el espejo el rostro de una «Bloody Mary» que, según dicta la leyenda, había matado a todos sus hijos, lo que mal encaja con nuestra reina, cuya fertilidad es más que cuestionable, como veremos.

Por si ello fuera poco, un maravilloso retrato de perfectas hechuras y habilidosa mano, la de Anthony Moor, conocido en español como Antonio Moro, que cuelga de las paredes de Museo del Prado, nos presenta una mujer adusta, severa y fea, siendo así que María Tudor no fue siempre fea y sí, en cambio, una agraciada jovencita, según demuestran otros retratos anteriores, como el que le hiciera el llamado Maestro Juan en 1544 a sus veintiocho años. Tenía a quién salir, pues su madre, Catalina, gastaba fama en Inglaterra de bella, y así lo dejará por escrito nada menos que todo un santo Tomás Moro.

No es difícil, sin embargo, rastrear el porqué del poco afecto

de sus compatriotas a la reina María, hasta el punto de que uno de ellos se permitiera faltarle el respeto en el modo en que lo hizo con el infame apelativo que no se atribuye a casi ningún rey de la historia, ni aún a los que más sangre han hecho correr o más sufrimiento han producido… Cosas de la propaganda, un arte que, como es sobradamente conocido y tan bien demuestra Elvira Roca Barea en su libro *Imperiofobia y leyenda negra,* adquiere carta de naturaleza simultáneamente a la Reforma Protestante. Y la razón de tanta inquina no es otra que la pro-españolidad de la reina.

Para empezar, María es hija de la gran reina de Inglaterra, Catalina de Aragón, española por los cuatro costados, hija de los Reyes Católicos, que, como se sabe, termina sus días repudiada por su marido, el pervertido de Enrique VIII, auténtico asesino en serie, un rey que, contrariamente a lo que hacían los de su época, no se contentaba con hacer pasar por su real lecho a cuanta fémina se le encartaba, sino que las hacía pasar también por los altares, y luego, por el patíbulo, una «diversión como otra cualquiera», por decir algo, aunque gracias a Dios, al alcance de muy pocos.

Cuando Catalina de Aragón, por mor de los devaneos amorosos de su pervertido marido, cae en desgracia y este la repudia, nuestra María es encerrada por negarse a reconocer, como pretendía encima el uxoricida , que el matrimonio de sus padres era ilegítimo, y que su propio padre era la cabeza de la Iglesia inglesa.

Por muchas veces que lo pedirá, a María no le será jamás permitido, ni siquiera, visitar a su enferma madre, la cual se morirá sin volver a ver de nuevo a la que era su única y amadísima hija. Tal era la crueldad del déspota.

Maltratada por su padre, María lo será también por su medio hermano una vez rey, Eduardo VI, el hijo del uxoricida y de

su tercera esposa, Jane Seymour, cuyo último acto antes de morir de tuberculosis a la edad dieciséis años será, precisamente, intentar desposeerla del derecho que, a pesar de todo, le cabía al trono inglés, para lo cual, en un documento de dudosa legalidad, el imberbe chaval nombra sucesora a una prima, otra pobre desgraciada, más si cabe que María, la joven Jane Grey, a la que «el regalito del primo» le terminará costando la cabeza a los dieciséis años, por desafiar a la legítima reina, María, habiéndolo entendido así, además, entonces, la inmensa mayoría del pueblo inglés.

Por si todo esto fuera poco, María, que habla un correcto español en el que se entendía con su madre, casa con el también español Felipe, nuestro Felipe II, su sobrino segundo, del que caerá perdidamente enamorada, aunque él, mucho más joven, no la va a corresponder con igual pasión.

Ansiosa de proporcionar a Inglaterra un heredero que no solo prolongara la dinastía, sino que garantizara la catolicidad del reino cuando ella faltara, hasta dos veces incurrirá la pobre María en la convicción de estar embarazada, una convicción tan firme, que solo se desvelará falsa cuando supuestamente llevado a término a los nueve meses, la realidad demuestre que tal embarazo nunca había sido tal, y que el vientre de María estaba vacío, con la consiguiente decepción de la embarazada, y el no menos consiguiente embarazo, ahora sí real (real por perteneciente a la realidad, real por perteneciente a la realeza), que tal situación le habría de producir ante la corte y ante su propio pueblo.

María no cederá jamás en su fe católica, a la que no renunciará ni aún en los peores momentos que su profesión le implica, y en su breve reinado de cinco años, devolverá a Inglaterra a la obediencia romana, en lo que termina de ganarle la antipatía no tanto de sus contemporáneos ingleses —la mayoría de los cuales veía con agrado el retorno a la fe tradicional que profe-

saban desde su definitiva evangelización en el siglo VI por mor de los desvelos del gran san Agustín de Canterbury—, sino, sobre todo, de las generaciones que vendrán después, tan familiarizadas con la fe anglicana como adoctrinadas en el odio a Roma y por ende al catolicismo, lo que hará posible que sea un escritor tres siglos posterior a ella el que la «adorne» con el apelativo por el que la pobre reina católica de Inglaterra será conocida en todos los libros de historia, como si siempre hubiera sido llamada así, y sin que nadie se pregunte qué es aquello que hizo y hace de ella una reina más sanguinaria que su pervertido padre uxoricida, que su medio hermano que la precede en el trono, o que su medio hermana que la sucederá en él, salvo el hecho de ser la única católica de todos ellos.

Hija de Catalina de Aragón, esposa de Felipe II, perfecta hispanohablante, católica ferviente, aliada y amiga de esa España que el protestantismo inglés percibe —porque lo es— como el gran adalid del catolicismo y su íntima enemiga… Demasiado para las entendederas de una nación, la inglesa, la británica, adoctrinada desde muchos siglos en el odio a Roma, al catolicismo y a España…

Una protuberancia, pues, la pobre María, en este caso inglesa, de la terrible Leyenda Negra que se cierne sobre España.

4. CONSECUENCIAS DE LA ACEPTACIÓN POR LOS ESPAÑOLES DE SU LEYENDA NEGRA

Que exista una Leyenda Negra Española la cual afecta a la práctica totalidad de sus realizaciones a lo largo del tiempo no es algo, pues, ni original, ni exclusivo de la historia de España. Por no ser, ni siquiera es algo que debiera preocupar excesivamente a los españoles. Diría que, en realidad, es algo de lo que debemos estar no solo satisfechos, sino hasta orgullosos, pues no tendríamos semejante leyenda negra de no haber sido España, y los españoles, uno de los grandes agentes constructores de

la historia, como de hecho lo somos junto a Italia, Francia, Inglaterra (y ese bastardillo inglés que son los Estados Unidos) o China. Países, culturas, civilizaciones, todos los cuáles tienen también su Leyenda Negra, qué duda cabe.

Una cosa, sin embargo, sí individualiza, como se ha dicho, a la Leyenda Negra Española frente a cualquiera otra de las que se ha construido en torno a los demás grandes protagonistas de la Historia: la extraña e insólita buena acogida que le han dado sus supuestos damnificados, en este caso, los propios españoles, que la hemos aceptado sin rechistar, incluso entusiastas, hasta convirtiéndonos, por veces, en los principales valedores de la misma.

«Bueno, ¿y qué? Aceptamos nuestra Leyenda Negra y se acabó. Somos así, no pasa nada», podría argumentarse.

Pues no, sí que pasa, ya lo creo que pasa. Este comportamiento de serena y complaciente autoaceptación de todo lo malo que por ahí se dice de nosotros, aunque no se corresponda con la realidad, tiene para los españoles, tanto a nivel individual como colectivo, penosas consecuencias que afectan a tantas parcelas de su vida privada y cotidiana. Nos hace inseguros. Nos lleva a un complejo de inferioridad frente a personas con otra nacionalidad. Nos invita a despreciar a nuestros compatriotas, y lo que casi es peor, a nosotros mismos. Nos conduce a hacer interpretaciones erróneas de nuestra historia que implican soluciones desafortunadas para nuestros problemas. Por llevar, nos lleva incluso a un enfrentamiento cierto y profundo entre los que tienen de España una visión medianamente positiva, y aquéllos que, consumidores compulsivos de leyenda negra, tienen de ella una visión muy negativa y poco amable, con realizaciones muy destructivas que se relacionan estrechamente con la visión que cada uno de esos grupos tiene de la patria común.

Los españoles tenemos un desconocimiento de nuestra historia que cabe definir como atroz, aterrador. Si la conociéramos mejor, nos querríamos más unos españoles a otros, y lo que es aún más importante, cada español a sí mismo.

No tenemos cualquier nacionalidad, aunque a muchos se lo pueda parecer. Tenemos una de las más grandes nacionalidades de la historia, quién sabe si, quizás, la más grande.

5. AUTORES EXTRANJEROS CONTRA LA LEYENDA NEGRA

Si ya hemos visto que la Leyenda Negra ha sido particular y llamativamente bien aceptada por los españoles con todos los perjuicios que ello ha traído y trae para su convivencia, ello no debe nublarnos la vista sobre el hecho, no menos cierto, de que son muchos los escritores, intelectuales e historiadores extranjeros que, separándose de ella, han realizado afirmaciones muy positivas sobre lo que fue la gran labor española en la historia de los hechos cuyo análisis competen a esta obra.

Uno de los primeros en destacar la gran obra que España lleva a cabo en América es el inglés Erasmus Darwin (1731-1802), médico y filósofo, abuelo del famoso Charles Darwin de *La evolución de las especies*, quien escribe:

> «En mis viajes por el inabarcable imperio español, he quedado admirado de cómo los españoles tratan a los indios, como a semejantes, incluso formando familias mestizas y creando para ellos hospitales y universidades. He conocido alcaldes y obispos indígenas y hasta militares, lo que redunda en la paz social, bienestar y felicidad general que ya quisiéramos para nosotros en los territorios que, con tanto esfuerzo, les vamos arrebatando».

A Charles Darwin no le duelen prendas comparar el modelo de colonización español con el británico:

> «Sus señorías deberían considerar la política de despoblación y exterminio [que practica Inglaterra], ya que, a todas luces, la fe y la inteligencia españolas están construyendo, no como nosotros, un imperio de muerte, sino una sociedad civilizada que finalmente terminará por imponerse como por mandato divino. España es la sabia Grecia, la imperial Roma; Inglaterra, el corsario turco».

No se muestra menos entusiasta quien es uno de los grandes intelectuales del siglo XIX, el geógrafo y antropólogo prusiano Alexander von Humboldt (1769-1859), que no tiene el menor empacho en afirmar:

> «La Humanidad debe gratitud eterna a la Monarquía española, pues la multitud de expediciones científicas que ha financiado ha hecho posible la extensión de los conocimientos geográficos».

Von Humboldt pone el acento sobre el desarrollo demográfico indígena en América:

> «Por virtud de un prejuicio muy generalizado en Europa hay la creencia de que se han conservado muy pocos indígenas de tinte cobrizo… En la Nueva España, el número de indígenas se eleva a dos millones, contando solo los que no tienen mezcla de sangre europea [mestizos]».

Un dato bien revelador llama poderosamente la atención de Von Humboldt sobre la obra española en América:

> «¡Esto debe saberse en Europa! Los mineros de la Nueva España son los mejor pagados del mundo, reciben de seis a siete veces más salario por su labor que un minero alemán».

Pero si en algún momento Von Humboldt se muestra particularmente descriptivo sobre los hechos, es cuando afirma:

> «Los monarcas de España, tomando el título de Reyes de las Indias, han considerado estas provincias lejanas más bien como partes integrantes de su monarquía, y como provincias dependientes de la Corona de Castilla, y no como colonias en el sentido que, desde el siglo XVI, ha significado esta voz para el resto de los pueblos de Europa».

Si hay un admirador de la obra española en América, y más concretamente en Norteamérica, ese no es otro que el norteamericano Charles F. Lummis (1854-1928), autor de la obra *The Spanish pioneers* (*Los pioneros españoles*), en la que define el descubrimiento de América como «el más importante y pasmoso descubrimiento que registra la historia de la Humanidad».

Después de abandonar sus estudios en Harvard para visitar el oeste colonizado por España, pero ya en manos norteamericanas, Lummis cambia completamente su punto inicial de vista sobre unos indios norteamericanos a los que se encuentra bau-

tizados, capacitados de hablar un correcto español y con una formación inmensamente superior a la que esperaba encontrar, capaces incluso de construir catedrales.

Esto deja escrito sobre el descubrimiento de América por los españoles y su labor en el Nuevo Mundo:

> «Era lógico pensar que la magnitud de ese descubrimiento conmovería por igual la inteligencia de todas las naciones civilizadas, y que todas ellas se lanzarían con igual entusiasmo a sacar provecho de lo mucho que entrañaba ese evento en beneficio del género humano. Sin embargo, no fue así. El espíritu de empresa de todo un continente se concentró en una nación que no era, por cierto, ni la más rica ni la más fuerte [España]».

Tampoco a él le duelen prendas comparar la labor española con la realizada por otros pueblos blancos, en este caso, sus propios compatriotas norteamericanos:

> «Los españoles no exterminaron a ninguna nación aborigen, como sí exterminaron docenas de ellas nuestros antepasados los ingleses».

Y ellos mismos, por cierto.

También entre los historiadores contemporáneos pervive ese sentimiento que no es precisamente el que alimenta la Leyenda Negra Española. El británico John Elliot (1931), autor por ejemplo de la obra *La España Imperial*, destaca:

> «Como suele pasar en cada conquista, hubo muchas atrocidades, mucha crueldad. Pero también hubo un empeño de la Corona y la Iglesia en proteger a los indios».

Y cree conocer el origen de la Leyenda Negra Española, aunque en eso yerre, porque el origen no es una única fuente:

> «La leyenda negra es el resultado de lo que pasó y de la publicidad del libro de Bartolomé de las Casas sobre la destrucción de las Indias».

El hispanista norteamericano Stanley G. Payne (1934) lo tiene también muy claro:

> «El mundo le debe a España la extensión de la cultura occidental en su versión española al resto del mundo a partir del Descubrimiento de América».

Pero si hay un historiador contemporáneo entusiasta de la obra española en América, ese es el británico Robert Goodwin, quien reconoce:

«En el siglo XVI, en el inicio de la época moderna, cuando aún no había llegado la Ilustración, cuando Europa no tenía todavía dos o tres siglos de desarrollo intelectual a sus espaldas, españoles importantes y con influencia, como Francisco de Vitoria, Bartolomé de las Casas, toda la Escuela de Salamanca, preguntaban cuáles serían las cuestiones morales y legales que deberían reglar todo el proceso del imperialismo, del colonialismo. Eso es impresionante».

Para finalmente sentenciar:

«Con una historia así de impresionante hay muchísimos motivos para estar orgulloso de ser español. Vamos, hay muchos más motivos para estar orgulloso de ser español, que de ser británico, o incluso francés».



Cristóbal Colón mostrando sus proyectos al Consejo de Salamanca y su tesis de que la tierra era redonda. Creado por Colin, publicado en *Magasin Pittoresque,* París, 1843.

CAPÍTULO 2
LA ESFERICIDAD DE LA TIERRA

Uno de esos lugares comunes que se ha impuesto en la historiografía de las expediciones españolas del s. XV es el de los términos en los que, supuestamente, en el momento que nos ocupa, se dirimía el debate sobre la esfericidad de la Tierra.

Una película tan contemporánea como *La conquista del paraíso*, producida en 1992, dirigida por Ridley Scott y protagonizada por Gerard Depardieu, comienza, de hecho, con un monólogo de Colón en el que poco más o menos se queja de ser el único que cree en su época que la tierra es redonda, que hasta los más sabios le rebaten. Una versión de los hechos muy del gusto de los fanáticos de la Leyenda Negra, con la que se ensaña el historiador medievalista Jeffrey Burton Russell autor de *El Mito de la Tierra Plana*, y no es el primero en hacerlo, pero que ha quedado fuertemente impresa en el imaginario popular de los hechos.

Los más audaces *nigrolegendistas* incluso llegan a imaginar una Junta de Salamanca, la reunión de sabios españoles que se convocara precisamente para analizar el proyecto colombino sobre la que nos extenderemos más adelante, en la que el esforzado marinero italiano se desgañita tratando de convencer a lo más granado de la intelectualidad española, constituida por un paquete de ceporros, todos o casi todos ataviados con el hábito de alguna orden monástica de las que pululaban por España, de que la tierra no era plana como ellos sostenían, sino redonda, y de que, por lo tanto, era posible llegar al Extremo Oriente navegando hacia occidente, lo que todos ellos negaban vehementemente.

Nada más lejos de la realidad. De hecho, el que no parece tener tan claro la esfericidad de la tierra es el propio Colón, que,

en su *Relación del tercer viaje* a los Reyes Católicos, hace una descripción de nuestro planeta tan pintoresca como ésta:

> «Agora vi tanta disformidad como ya dixe; y por esto me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma qu'escriven, salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçon, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y qu'esta parte d'este peçón sea la más alta e mas propinca al cielo, y sea debaxo la línea equinoçial, y en esta mar Occéana, en fin del Oriente (llamo yo fin de Oriente adonde acaba toda la tierra es islas)».

¡Un planeta Tierra similar a una teta! Cabe preguntarse qué se fumaba el Almirante.

De lo que sin duda se trató en aquella reunión de la que efectivamente sabemos que tuvo lugar, pero de la que no nos han llegado, lamentablemente, las actas, fue de las dimensiones de esa esfera que constituía la Tierra, siendo muy probable que Colón tratara de demostrar que el diámetro del planeta era menor de lo que efectivamente es, para así convencer a los sabios españoles de la viabilidad del más que arriesgado e incierto viaje que proponía. Mientras que los sabios salmantinos, con los pies mucho más sobre la tierra, le aseguraban que dicho diámetro era mayor, y que, en consecuencia, el periplo que proponía era mucho más arriesgado y peligroso de lo que el marino aseguraba.

1. LA ESFERICIDAD DE LA TIERRA EN LOS AUTORES CLÁSICOS

Hecha esta introducción, corresponde ahora analizar ahora el trayecto histórico por el que ha discurrido esa idea antiquísima de que la tierra es, como efectivamente es, esférica, redonda. Un conocimiento que, desde luego, no estaba al alcance de todo el mundo en unas sociedades donde el analfabetismo se enseñoreaba de nueve de cada diez habitantes, si no de más, pero sí, desde luego, del de todos aquéllos que podían estar implicados en la cuestión: geógrafos, astrónomos, hombres de la mar, viajeros…

Pues bien, ya en la filosofía griega la idea se halla perfectamente asentada para tiempos tan tempranos… ¡como el s. V a. C.! Tanto que sus mejores representantes incluso buscan su sustento en los filósofos anteriores. Así, para Zenón (h.490-430 a. C.), Hesíodo dos siglos antes (h.s. VII a. C.) habría sido el primero en afirmar que la tierra era redonda; el historiador griego Diógenes Laercio (s. III a. C.) atribuye el mérito al matemático Pitágoras (h. 569-h.475 a. C.); y el filósofo Teofrasto (h.371-h.287 a. C.) a Parménides (n. h.530).

Herodoto (484-425 a. C.), padre de la historiografía, en su obra *Historiae,* escrita entre el 431 y el 425 a. C., alude a la circunnavegación de África llevada a cabo por los fenicios hacia principios del siglo VI, es decir, veintiún siglos antes de que volvieran a repetirla los navegantes portugueses.

Platón (427-347 a. C.) en su *Timeo,* escribe cosas como estas:

> «[El Creador] hizo el mundo en forma de globo, redondo como un torno, con sus extremos equidistantes del centro en todas direcciones, de por sí la más perfecta de todas las figuras».

En el siglo IV a. C., el gran Aristóteles (384-322 a. C.) en su obra *De caelo* ya constata que hay estrellas visibles desde unos lugares y no desde otros, o que la sombra de la tierra sobre la luna durante un eclipse lunar es redonda, lo que le lleva a concluir que eso solo es posible en una esfera «de no gran tamaño, o de otro modo el efecto de tan pequeño cambio de lugar no sería rápidamente aparente». En su tratado *Meteorología,* divide el mundo en cinco zonas climáticas: dos templadas separadas por una zona tórrida cerca del ecuador, y dos inhóspitas, «una cercana a nuestro Polo Norte y la otra cercana al […] Polo Sur».

Un siglo más tarde, Eratóstenes (276-194 a. C.) da un paso adelante e incluso estima la longitud de la circunferencia de la tierra. Basándose en que, en Siena, durante el solsticio de verano, el sol se encuentra sobre la vertical mientras aún da sombra en Alejandría, y aplicando cálculos trigonométricos, calcula

la circunferencia terráquea con gran precisión, cometiendo un error que no excede del 15%. Parecida conclusión obtiene Posidonio (h. 135-51 a. C.), usando como referencia la estrella Canopus en lugar del Sol.

En tiempos del Imperio Romano, autores como Cicerón o Plinio dan la redondez de la tierra por hecho probado. Estrabón (h. 64-24 a. C.) sugiere que la forma esférica de la tierra era ya conocida por los navegantes del Mediterráneo desde los tiempos de Homero, y cita varios fenómenos observados en la mar de los que solo la curvatura del mar, y, en consecuencia, del planeta, puede ser explicación.

Claudio Ptolomeo (90-168 d. C.), en su *Almagesto,* tratado básico de astronomía durante 1400 años, avanza muchos argumentos sobre la esfericidad terráquea, entre los cuales la observación de que, al navegar hacia las montañas, estas se eleven sobre el mar, ocultas por la curvatura del horizonte acuático. En su *Geographia,* asigna coordenadas a los lugares y regiones geográficas que conoce. La latitud la mide desde el ecuador, y sitúa el meridiano en la región más al oeste conocida, las islas Canarias.

Por esta época apenas se puede hablar de un autor significativo defendiendo una tierra plana, Lactancio, escritor latino del s. II-III, padre de la Iglesia.

2. La esfericidad de la tierra en los autores cristianos

La idea de una tierra plana que, supuestamente, podría extraerse de algunos de los textos veterotestamentarios —analizamos el tema a continuación— persiste en algún autor aislado del protocristianismo.

Tan tarde como en el s. VI, el monje nestoriano y viajero infatigable conocido como *Cosmas Indicopleustes* («Cosmas el viajero indio») aún presenta la tierra como plana. Pero simultáneamente, autores de mucho mayor talla que él e igualmente

cristianos, Basilio el Grande (330-379), san Ambrosio (340-397), o san Agustín de Hipona (354-430) se muestran al tanto de la esfericidad terráquea.

El concepto de una tierra esférica está también presente en los principales autores medievales. El gran sabio español san Isidoro de Sevilla (560-636) afirma en sus *Etimologías* que la tierra es redonda. El famoso monje san Beda (h. 672-735), mejor conocido como Beda el Venerable, en su *De Temporum Ratione,* explica la duración desigual de la luz del día por la redondez de la tierra.

La doctora de la Iglesia santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) describe varias veces una tierra esférica en su trabajo *Liber Divinorum Operum*. Johannes de Sacrobosco (h.1195-h.1256 d. C.) escribe su *Tractatus de sphaera*, que, a partir de Ptolomeo, y como su propio título adelanta, considera la tierra como una esfera. La *Divina Comedia* de Dante Alighieri, a principios del siglo XIV, retrata la tierra como una esfera, discutiendo sobre las distintas estrellas visibles en cada hemisferio y los diferentes husos horarios. El *Elucidarium* de Honorio de Autun (1080-1153), importante manual de instrucción clerical escrito hacia 1120, hace mención explícita de una tierra esférica. De 1493 data el globo terráqueo más antiguo llegado a nuestros días, el *Erdapfel* (literalmente «manzana terráquea», «globo terráqueo» en alemán) de Martin Behaim.

Así que las exploraciones marítimas hispano-lusas del siglo XV y XVI, viajes por África y a Asia, descubrimiento de América en 1492 por Colón y los Pinzones, descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa en 1513, no hacen otra cosa que brindar la evidencia real de lo ya anticipado. Y la circunnavegación del gran Juan Sebastián Elcano convierte la tesis en irrebatible (por si no lo era ya con anterioridad).

Financiada por la corona española, el 10 de agosto de 1519

zarpan de Sevilla cinco naves, la Trinidad, la Santiago, la San Antonio, la Concepción y la Victoria, comandadas por el portugués Fernando de Magallanes.

Tras atravesar por primera vez el que será llamado en su honor estrecho de Magallanes, cruzan el Pacífico y arriban a Cebú, donde los nativos filipinos acaban con la vida del marino portugués.

El 6 de septiembre de 1522, más de tres años después de partir de España, Juan Sebastián Elcano retorna a Sevilla, habiendo completado la circunnavegación del planeta, en honor a lo cual, Carlos V le otorgará un escudo de armas con la leyenda *Primus circumdedisti me —Primero que me circundaste,* en latín—, orgullosamente proclamado por un globo terráqueo.

3. LA ESFERICIDAD DE LA TIERRA EN LOS CÍRCULOS ORIENTALES

El matemático indio Aryabhata (476-550 a. C.), en su trabajo conocido como *Aryabhatiya*, establece que la tierra es esférica, y hasta mide su circunferencia, que establece, traducida al sistema métrico decimal, en algo menos de 40.000 km, muy similar al valor alcanzado por Eratóstenes.

En el ámbito islámico, el persa Al-Farghani, también conocido como Alfraganus (805-880), mide el diámetro de la tierra, y Abu Rayhan Biruni (973-1048), con métodos nuevos basados en la sombra proyectada por una montaña, también lo hace, obteniendo una circunferencia de 6339,9 km, apenas 16,8 km menos que el valor real de 6356,7 km, con un error que no supera, pues, el 0,2%.

4. LA ESFERICIDAD DE LA TIERRA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Después de analizar la idea que sobre la esfericidad de la Tierra tienen los más antiguos autores griegos, romanos, árabes y cristianos, toca ahora analizar la idea que sobre la esfericidad

cabe extraer del Antiguo Testamento de la Biblia, más que nada, por ser supuestamente el Antiguo Testamento el libro en el que se habrían basado «tantos» autores para negar la esfericidad de nuestro planeta.

Si bien acostumbra a señalarse que el Antiguo Testamento se pronuncia por una tierra plana, y hasta se opone la idea bíblica sobre el planeta como paradigma antitético al procedente de la filosofía griega, el cual preconizaría su forma esférica, la verdad es que una afirmación tajante de la condición plana de la Tierra no aparece, hasta donde uno sabe, en los libros del Antiguo Testamento.

Los versículos en los que más tradicionalmente intenta afirmarse tal cosmovisión bíblica acostumbran a ser los siguientes.

> «El árbol creció y se hizo corpulento, su altura llegaba al cielo y era visible desde los confines de la tierra» (Dan. 4, 8).

Pasaje que para algunos representa el más claro pronunciamiento sobre el tema (¡¡¡), arguyéndose que la visibilidad de la que se aquí habla no sería posible en una tierra que fuera redonda, un argumento, a fuer de ser sinceros, pobre hasta donde se puede ser pobre. Pues la frase, para ser sinceros, cabe también en la boca del más ardiente partidario de la esfericidad de nuestro planeta.

Por si ello fuera poco, el pasaje apenas narra el sueño de un rey pagano en una visión, lo que aún lo invalida más como pronunciamiento bíblico sobre el tema. Y aun cuando en un ejercicio de auténtico malabarismo semántico aceptáramos su valor de prueba como afirmación bíblica de la planicie de la tierra, apenas hablamos de un libro (que por cierto está en el canon católico, pero no en el hebreo) sobre casi medio centenar de libros que componen el Antiguo Testamento.

Otro de los pasajes (para sorpresa de uno, cuando no sonrojo) más utilizados por los que sostienen que la Biblia sostiene,

valga la redundancia, la planicie de la tierra, es este que recoge el Libro de Isaías:

> «Él [Dios] está sentado como el círculo de la tierra, cuyos habitantes son como langostas» (Is. 40, 22).

Pero lo cierto es que el argumento es perfectamente reversible, porque lo mismo cabe interpretar que el autor otorga a la tierra una forma plana de contornos circulares —el círculo como se sabe es una superficie en dos dimensiones—, como que refiere en dos dimensiones lo que conoce en tres, de manera similar a como el pintor que pinta la tierra que reputa esférica también la dibuja circular, por no disponer para su representación más que de dos dimensiones. Tanto así que, de hecho, la Biblia de Jerusalén traduce directamente ese círculo por «orbe», palabra a la que dedicaremos unas líneas algo más adelante.

El Libro de los Salmos contiene esta afirmación:

> «De Jehová son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo» (1Sl. 2, 8).

De donde intentar obtener conclusiones más allá de la mera metáfora se antoja ejercicio malintencionado. Amén de que esas supuestas columnas, tanto podrían sostener un plano como una esfera.

Y en el Libro de Job se puede leer:

> «Cuelga la tierra sobre nada» (Job 26, 7).

Palabras que siguen sin representar un pronunciamiento sobre la forma de la Tierra, pues la afirmación es de aplicación tanto a una Tierra plana como esférica. Es más, si me lo permiten Vds., mejor imagino una esfera suspendida sobre la nada que un plano.

Alguien pretende sacar alguna conclusión de este pasaje del Génesis:

> «Dijo Dios: "Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento en un solo conjunto"» (Gn. 1, 9).

Pero lo cierto es que definir el firmamento como lo que está encima de las aguas es algo que vale lo mismo para una Tierra plana que para una Tierra esférica.

La Biblia de Jerusalén se refiere a la tierra como «orbe» en no menos de una treintena de ocasiones. «Orbis en latín significa "círculo", y, de hecho, el Diccionario de la Real Academia define "orbe", del que dice proviene "del latín 'orbis'"», como «redondez o círculo» en su primera acepción.

Así entendido, el «autor bíblico» se estaría pronunciando por una tierra circular, de donde cabe preguntarse: «¿es que se pronuncia por una tierra plana pero circular (un poco extraño, ¿no?), o más bien es su manera de referirse a una esfera, que es la representación tridimensional del círculo bidimensional?»

De hecho, el propio Diccionario de la RAE recoge dos significativas acepciones de la palabra orbe, cuales son la segunda «esfera celeste o terrestre», y la quinta, aún más significativa, «cada una de las esferas transparentes imaginadas en los antiguos sistemas astronómicos como soporte y vehículo de los planetas».

Y lo cierto es que son multitud los autores latinos que se refieren a la tierra como «orbe», sin que a nadie se le haya ocurrido acusarles de defender una tierra plana.

Existen muchos ejemplos de dicha utilización, pero pocas tan elocuentes como esta de Séneca en sus *Questiones naturales, quod ni si esset, non diceremus orbem terrarum pilam.* Que cabe traducir como: «Si no fuera así, no diríamos que el orbe [vale decir, la Tierra] es una pelota».

Por el contrario, otras afirmaciones bíblicas se manifiestan de manera muy descriptiva —a decir verdad, tan descriptiva como no hemos encontrado en ninguna de las anteriores—, a favor de la redondez de la tierra. Díganme Vds., si no, qué les parece esta de Proverbios:

> «Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba la bóveda sobre la superficie del océano» (Prov. 8, 27)

Dónde la definición del cielo como una bóveda es más que representativa de lo que el escritor bíblico imagina debajo, es decir, una esfera o, como poco, una semiesfera.

5. ORIGEN DE LA LEYENDA DE LA CREENCIA EN LA TIERRA PLANA

Dicho todo lo cual, ¿puede alguien todavía sostener que Colón defendió en solitario la tesis de la redondez terráquea, frente a los asnos que constituían la flor y nata de los astrónomos y los geógrafos españoles?

Pues la verdad es que sí, y que lo hicieron personas con gran prestigio y hasta reconocidas por sus contemporáneos, y aún después, como verdaderos intelectuales.

El primero, en el siglo XVII, el inglés Thomas Hobbes (1588-1679), que en su obra universal el *Leviatán*, escrita en 1651, llega a afirmar que «por suponer tal doctrina [a saber que existían las antípodas como afirmaba Aristóteles y que, por lo tanto, la tierra era redonda] [muchos] fueron penados por la autoridad eclesiástica».

No se detiene aquí el autor del *Leviatán*, quién aún afirma:

> «Nosotros podemos con justicia señalar a los autores de esta oscuridad espiritual: el Papa y el clero romano».

Lo cierto es que el autor se limita a hacer la afirmación, que no corrobora con ningún ejemplo ni ningún caso.

Ya en el siglo XIX, nuevos autores vuelven a hacerse eco del bulo. El primero es el novelista norteamericano autor de los *Cuentos de la Alhambra* Washington Irving, que lo hace en su obra *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, escrita en 1828, donde hace una afirmación en exceso comprometida, que desmerece mucho en su pluma:

> «El progreso del conocimiento, aunque se expandía rápidamente, estaba aún obstaculizado por el fanatismo monástico. A Colón le abrumaron con citas de la

Biblia y del Nuevo Testamento: el Libro del Génesis, los Salmos de David, las oraciones de los Profetas, las epístolas de los apóstoles y los evangelios. A todo ello se añadieron las reflexiones de varios santos y los comentarios de sacerdotes: San Crisóstomo y San Agustín, San Jerónimo y San Gregorio, San Basilio y San Ambrosio y Lactancio. No se permitió conceder valor alguno a cuantas demostraciones matemáticas parecieran chocar con el texto de las Escrituras, o a algún comentario de los padres».

Lo primero que llama la atención del texto de Irving es que muchos de los autores que cita como partidarios de la tierra plana se hallan entre los que se manifiestan expresamente por su redondez, y que, de todos ellos, el único que se manifiesta con claridad por su condición plana es Lactancio.

No contento de haber escrito esta sarta de disparates, todavía añade, (y se queda tan contento):

> «Colón, que era un hombre devotamente religioso, se encontró en peligro de ser condenado, debido no a un mero error en sus cálculos, sino por heterodoxia».

Que excede ya todos los límites de la fantasía histórica.

En Francia son varios los que van a dar pábulo a la leyenda. Así lo hace Edmé Mentelle (1730-1816), autor de varios libros de geografía entre los cuales su *Geographie Comparee, Geographie Astronomique: Ou Analyse De La Geographie Ancienne Et Moderne* escrito en 1781, en el que una vez más, se formula la afirmación gratuita de que los Padres de la Iglesia y los autores medievales habían afirmado que la tierra era plana.

También participa en la gestación de la leyenda su discípulo Antoine-Jean Letronne (1787-1848), director de la Ecole Nationale des Chartes (Escuela Nacional de Cartas o mapas) en 1817, e inspector general de la Universidad de París en 1819. En 1834, en su obra *Sobre las opiniones cosmográficas de los Padres de la Iglesia*, llega a afirmar, una vez más sin aportar caso ni ejemplo ningunos, que mediante «tres argumentos irresistibles: la persecución, la prisión y la hoguera» las autoridades eclesiásticas obligaron a todos los astrónomos, durante más de mil años, a creer en una absurda tierra plana.

Sin duda en todo ello, anda barruntando otro caso mítico, en este caso de negra leyenda vaticana más que española, el caso Galileo, a quien el común de los lectores medianamente versados imagina ardiendo en alguna sórdida hoguera romana, en uno de los más disparatados casos de fanatismo inquisitorial. Cuando en realidad, solo fue condenado a una pena de reclusión domiciliaria, que cumple primero en el palacio del arzobispo Piccolomini, y luego en su propia casa en Arcetri, sin pisar la prisión en momento alguno.

Sus últimos años, de hecho, los pasa junto a sus discípulos Viviani y Torricelli y son no poco fructíferos, pues durante ellos, nada ni nadie le impedirá escribir sus *Discursos y demostraciones matemáticas en torno a dos nuevas ciencias*.


El Sultán Mehmet II, 1480, quien canceló la ruta de la seda. Retrato de Gentile Bellini. Museo de Victoria y Alberto, Londres.

CAPÍTULO 3
EL PREDESCUBRIMIENTO

Las postrimerías del siglo XV coinciden con el final de la Edad Media y el principio de la Edad Moderna.

Para situar exactamente el momento en que se produce esa transición, los historiadores eligen dos fechas, cercanas entre sí, pero diferentes.

La primera es la conquista de Constantinopla por los turcos en 1453, y con ella la caída de Imperio Romano o el Imperio Romano de Oriente. La elección de esta fecha tiene una ventaja de tipo estético, si se quiere. Serviría para situar la Edad Media entre dos eventos muy parecidos, muy paralelos: la caída del Imperio Romano de Occidente en 476, y la caída del Imperio Romano de Oriente en 1453.

La segunda es el descubrimiento de América en 1492. Pierde esa armonía histórica de situar la Edad Media entre dos eventos tan paralelos, pero gana en coherencia histórica, porque efectivamente, la Edad Moderna es la edad de los descubrimientos geográficos, con dos protagonistas fundamentales, España y Portugal, y entre los dos, todavía más España que Portugal.

En el momento del advenimiento de la Edad Moderna se producen una serie de circunstancias históricas que son las que propician esa era de los descubrimientos, y a las que vamos a dar un repaso en este capítulo para conocerlas mejor.

1. LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA (1453)

El comercio de los lujosos productos orientales era un comercio antiguo ya, que permitía el gran enriquecimiento de muchos comerciantes, los cuales conocían bien la ruta que permitía llegar a los lugares en los que todos ellos se producían y tenían el contacto de los agentes con los que despachar la mer-

cancía, que luego vendían a diez, veinte, treinta veces su coste, en Europa.

Por esa ruta por la que se despachaban el clavo de olor, la canela, la nuez moscada, la pimienta, incluso el azúcar, y con ellos determinadas alhajas, perlas, telas de diversos materiales, notablemente seda, la porcelana y tantos otros suntuosos objetos es a la que en afortunada expresión llamó Ruta de la Seda el alemán Ferdinand Freiherr von Richthofen en su obra *Viejas y nuevas aproximaciones a la Ruta de la Seda* (1877), aunque posiblemente ya se usara la expresión en tiempos anteriores. Y la que con todo lujo de detalles describió en su bestseller medieval titulado *El libro de las Maravillas* un viajero veneciano por nombre Marco Polo. Al que, por cierto, algunos acusan de habérselo inventado todo y de no haber estado jamás en la corte del Can Kublai por detalles como el de no describir en su obra la Gran Muralla, desconociendo, en cambio, las acertadas descripciones que sí hace de fenómenos mucho más inimaginables en Europa como podía serlo la circulación de papel moneda, un avance que no llegará a nuestro continente hasta el siglo XVII, pero que ya venía produciéndose en la China desde el siglo IX.

La ruta, ciertamente peligrosa, era sin embargo viable y transitable, hasta que un evento pone fin a esa transitabilidad: la conquista en 1453, concretamente el 29 de mayo, de la ciudad de Constantinopla, la vieja capital del cada vez más decrépito, pero aún superviviente Imperio Romano, por el sultán otomano Mehmet II, que pasa la ciudad a cuchillo, y pone fin así a un entero milenio de Imperio Romano.

La pérdida del viejo imperio tiene para occidente una primera consecuencia no menor: le hace caer en una depresión histórica de medianas dimensiones. Y una segunda no menos importante: el cierre del tráfico de personas y mercancías entre oriente y occidente. Craso error por parte del sultán, a quien una política más transigente y menos belicista le podría haber

proporcionado pingües beneficios mediante los oportunos peajes de ruta tan exitosa y rentable.

Como quiera que sea, desde 1453 dejan de arribar a Europa las caras y preciadas mercancías de oriente que a unos servían para paliar necesidades vitales —unos alimentos que no se hallaban en las mejores condiciones sanitarias se consumían con mayor facilidad gracias a los fuertes y aromáticos sabores de las orientales especias— y a otros servían para su mejor exposición «social», gracias a esas mismas especias que refinaban el sabor de sus manjares, o esas joyas, esas telas y esos objetos de brillante porcelana que contribuían a resaltar su ya de por si elevado estatus social.

A partir de ese momento, se hace de todo punto imprescindible restablecer el contacto con los lugares que hacían posible tanto beneficio y tanto bienestar. Y la solución va a llegar por donde menos se esperaba.

2. EL FINAL DE LA RECONQUISTA (1492)

Poco después de que se produzca la caída de la ciudad más emblemática de toda Europa en manos «extrañas», diferentes a las que venían rigiendo en ellas de manera tradicional —hablamos naturalmente de Constantinopla—, se produce en la otra punta del pequeño continente europeo la de otra ciudad algo menos emblemática, si se quiere, pero no por ello con menores consecuencias: nos referimos a Granada, capital del reino Nazarí, de religión y cultura islámicas.

En nuestra particular concepción de los hechos, la conquista de Granada va a representar el reverso de la moneda de la conquista de Constantinopla. En todos los sentidos: primero porque aquí no es el islam el que se impone sobre el cristianismo, sino justamente, al contrario; el cristianismo es el que se impone sobre el islam. Desde este punto de vista, cabe hablar de una «hermosa revancha cristiana».

Pero segundo y no menos, porque las condiciones de la rendición en nada se van a parecer a las practicadas en la otrora capital del Imperio Romano, con unas concesiones inimaginables que hablan a la vez de la generosidad y de la confianza en sí mismos de los grandes vencedores de esa contienda, los Reyes Católicos. Y es que contrariamente a lo que suele retener el imaginario colectivo, la población granadina no sería expulsada de Granada —ni desde luego, pasada a cuchillo como sí lo fue la constantinopolitana—, sino que permaneció en la ciudad, nutriendo lo que a partir de ese momento pasó a ser conocido como la «comunidad morisca», elemento mayoritario de la población granadina durante muchos años todavía.

Pero no solo eso… ¡es que ni siquiera a su rey, Boabdil el Chico, se expulsó, ni lo ejecutaron, ni sería encerrado!, sino que se le concedió un señorío en las Alpujarras y la posibilidad de permanecer en España en unas condiciones acordes a su rango social y muy superiores a las que hasta ese momento recibiera en ningún lugar del mundo ningún monarca derrotado, cuya preocupación fundamental en tesitura tal solía consistir simplemente en conservar la cabeza sobre los hombros. Condiciones hasta tal punto generosas que, insuficientemente satisfecho en su nueva posición, cuando por voluntad propia, quede claro, por voluntad propia, el monarca derrotado decide abandonar lo que eran las tierras de su antiguo reino, los mismos que lo habían vencido y donado graciosamente el señorío sobre el que reinaba le compran los derechos sus propios otorgamientos, para que disponga de líquido suficiente con el que emigrar a donde estime oportuno hacerlo. En toda la historia, repito, en toda la historia, se han conocido mejores condiciones de capitulación para una cabeza descoronada. Y menos aún, si las comparamos con las que son las condiciones en la batalla de la que se constituye en réplica histórica: Constantinopla.

La famosa historia de un Boabdil que parte para el exilio —

exilio que ya habría representado suficiente generosidad por parte de su vencedor, quien normalmente no se habría satisfecho con menos que su cabeza sobre una bandeja— todo lloroso y acongojado mientras su madre le humilla reprochándole «llorar como mujer por lo que como hombre no había sabido defender», es solo un recurso literario, precioso por otro lado, pero no otra cosa que un recurso literario, producto de la fecunda imaginación de un autor con nombre y apellido, el cual conocemos bien y no es otro que el padre Juan de Echevarría, que la inventa en su obra *Paseos por Granada*, escrita en 1764.

La conquista de Granada va a tener una consecuencia fundamental, cual es el de la finalización de la bien denominada «Reconquista española», es decir, la recuperación de la España cristiano-romana frente al islam, y con ella, el desvío de la atención de sus jóvenes y preclaros monarcas, los Reyes Católicos, hacia proyectos más imaginativos y novedosos que los de simplemente recuperar territorios perdidos ocho siglos ha.

Por casualidad, o porque la historia así lo estaba preparando, aparece en escena un enigmático y misterioso personaje, que anda rondando a los monarcas desde hace tiempo ya, y al que estos han respondido en todo momento que le prestarán la debida atención cuando terminen con un proyecto que, si no más importante, sí es de más urgente resolución para poder acometer todo otro: la conquista de Granada naturalmente. Así lo explica Bartolomé de las Casas:

> «Finalmente, los Reyes mandaron dar respuesta a Cristóbal Colón despidiéndole por aquella sazón, aunque no del todo quitándole la esperanza de tornar a la materia, cuando más desocupados Sus Altezas se viesen, lo que entonces no estaban, con los grandes negocios de la guerra de Granada».

Porque hasta en ese pequeño detalle demuestran Isabel y Fernando ser conscientes en todo momento del lugar que les es reservado en la historia.

2.1. La Reconquista como forja de la Conquista espa-

Son muchas las explicaciones que se dan para explicar lo que constituye el descubrimiento de un Nuevo Mundo allende el Atlántico en el preciso momento en el que este tuvo lugar.

Particularmente interesante es la que lo explica como consecuencia lógica de la conquista de Constantinopla por el poder otomano y el cierre del camino que unía Europa con el Extremo Oriente, más comúnmente conocida como Ruta de la Seda. Un cierre que habría tenido como lógica consecuencia la búsqueda de nuevos caminos, y nada tiene de particular que fueran justamente las nacientes potencias marítimas de occidente, Portugal y España, en el meridión de Europa, las que se aventuraran en dicha búsqueda, la búsqueda de la «Nueva Ruta de la Seda».

Desde este punto de vista, llama la atención que en el proceso no hubiera participado la otra potencia marítima occidental geográfica e históricamente llamada a hacerlo, Inglaterra, que solo se incorporará a la carrera cuando las rutas marítimas se hallan ya muy exploradas y el conocimiento de los mares se halla ya muy desarrollado. O, por qué no, también Francia, por aquel entonces la principal potencia europea y con una enorme franja hacia el Atlántico que no baja de los cuatro mil kilómetros.

Sin embargo, hay otro posible enfoque de la cuestión que es el que relaciona la conquista, colonización y evangelización de América como la consecuencia lógica, la fase subsiguiente, el colofón si se quiere, de la Reconquista Española, cuya finalización vino a suponer la aportación de todas las condiciones necesarias para que fuera desde las potencias marítimas ibéricas, y sobre todo entre ellas de España —donde dicha finalización era más reciente—, desde donde se acometiera la conquista, colonización y evangelización del nuevo continente. Un enfoque

que la propia Historia parece empeñarse en confirmar, haciendo que el uno, la colonización y evangelización americanas, comience justo después, el 12 de octubre de 1492, de producirse el otro, la finalización de la Reconquista, el 2 de enero de 1492, con una diferencia de diez meses, período de tiempo despreciable en términos históricos.

Por un lado, dicha finalización supone la consumación de un objetivo de tipo militar que había alentado la entera historia hispana desde hacía más de siete siglos, en una tierra que en siete siglos no había conocido más horizonte que el de la guerra.

La consumación del objetivo militar deja a España a expensas de encontrar un nuevo leitmotiv para su existencia que se intenta encontrar en la Cruzada mediterránea de la que hemos hablado arriba, y que, sin embargo, terminará hallándose con mejor éxito y con mayor perspectiva en el fabuloso proyecto americano.

Por otro lado, la liquidación de la Reconquista deja a España en situación de disponer de los más aguerridos guerreros del mundo, formados no durante dos o durante quince años, sino durante más de treinta generaciones de españoles que no tuvieron más horizonte que la guerra y que, contrariamente a lo que afirma la historiografía actual cuando se refiere infantilmente a una convivencia de las tres religiones del libro que nunca existió, no conocieron otra cosa que la guerra y el ascetismo y el rigor que la misma impone.

No se trató, por otro lado, de un conflicto sin ton ni son, movido por otra cosa que intereses egoístas de tal o cual grupo, de tal o cual persona, sino de una guerra existencial, que enfrentaba a un grupo de españoles de raíz y cultura cristiana contra otro grupo de raíz y cultura islámica igualmente español (¿quién se atreve a negar condición tal a los musulmanes espa-

ñoles después de poblar siete siglos las tierras ibéricas sin la menor dependencia salvo eventual de potencias no ibéricas?), en un conflicto que puede ser perfectamente definido como de «civilizacional».

Es decir, exactamente lo mismo que los españoles vinieron a encontrarse al otro lado del Atlántico ante el hallazgo de las tribus y civilizaciones americanas, con las que el proceso inicial de conquista y sometimiento debía venir necesariamente acompañado de un segundo proceso de inculturación, semejante al pretendido en las tierras peninsulares con musulmanes y judíos.

Y en el que la fe jugó un papel fundamental, pues se trató de un conflicto cristiano-islámico, lo que forma una serie de generaciones para los que esa fe que mueve montañas lo es todo, y se constituye en el principal revulsivo que ha conocido jamás la historia del ser humano.

3. EL TRATADO DE ALCAÇOVAS-TOLEDO (1479)

El Tratado de Alcaçovas-Toledo es un tratado entre dos monarquías que tienen conciencia, ya en tiempos tan tempranos como 1476, de estar llamadas a grandes designios en la historia, y que además, van a hacer cuanto esté en sus manos para conseguirlos sin enfrentarse la una a la otra ni ponerse palos en las ruedas mutuamente, una actitud en la que les vamos a ver perseverar durante todo el tiempo que dure el proceso de descubrimientos llevado a la práctica y que va a conocer pocas excepciones, y en todo caso, menores.

El tratado, alcanzado por los representantes de los reyes Isabel y Fernando de Castilla y Aragón (España), por un lado, y del rey Alfonso V de Portugal, por otro, servía, en primer lugar, para poner fin a las guerras dinásticas entre ambas monarquías que se habían desarrollado durante cinco años desde 1475, con la renuncia de Isabel y Fernando a toda pretensión sobre la co-

rona portuguesa, y la de Alfonso V a toda pretensión sobre las coronas españolas.

Pero en una cuestión que a lo mejor entonces pareció menor, pero a la postre es la que revestirá mayor importancia en la historia y particularmente en el relato de los eventos que aquí nos ocupan, por un lado Castilla-Aragón reconoce a Portugal la exclusividad de la conquista del Reino de Fez, en África, y por otro, las dos potencias emergentes, España y Portugal, se reparten el Atlántico: Castilla-Aragón reconoce las posesiones portuguesas en Guinea, Madeira, Azores, Cabo Verde y otras, mientras Portugal reconoce a Castilla la soberanía sobre las islas Canarias.

Comienza así la conquista del Atlántico, porque no se olvide, antes de descubrir América y conquistarla, hay que terminar de conocer el Atlántico y conquistarlo, proeza que acostumbra a pasar desapercibida, como tantas otras, en ese episodio que la historiografía liquida someramente bajo el epígrafe de «Descubrimiento de América».

Al amparo de Alcaçovas-Toledo, Castilla se pone inmediatamente manos a la obra y acomete la conquista de las Islas Canarias, primera fase y absolutamente necesaria de cara a conquistar todo el Atlántico, sobre todo en su calidad de base de aprovisionamiento y descanso en toda singladura que tenga por protagonista el gran océano que es el único visible y conocido desde Europa.

En honor a la verdad, la conquista de Canarias se había iniciado hacía ya unos años, en 1402. Empieza entonces lo que se da en llamar «la conquista de señorío», acometida por los últimos señores feudales con escasa o nula implicación de la Corona en el tema, la cual se limita a otorgar derechos de conquista a cambio de un pacto de vasallaje del noble conquistador. Brillan en esta etapa nombres como el de Jean de Béthencourt y

Gadifer de La Salle, y se conquistan las islas «pequeñas» de Lanzarote, El Hierro y Fuerteventura.

Solo a partir de 1478, de manera simultánea como vemos a la firma de los pactos de Alcaçovas, comienza la que cabe denominar como «Conquista realenga», en la que Castilla como reino se implica directamente en la ocupación, ocupación y eventual colonización y evangelización, dos procesos que van a ir de la mano en todo momento, de las islas. Gracias a ella se incorporan a la Corona las islas de Gran Canaria y La Palma, y algo más tarde, en 1496, incluso después de descubierta América como vemos, la isla de Tenerife.

La conquista española del Atlántico ha comenzado.

4. LA RUTA PORTUGUESA (1488-1498).

Tras las primeras y tempranas expediciones atlánticas portuguesas acometidas por Enrique el Navegante, en las que descubre Madeira en 1419 y las Azores en 1427, al amparo de ese mismo Alcaçovas los portugueses se ponen también manos a la obra inmediatamente.

Consiste la misión en llegar a la India sobre la base de descender hasta el sur de África haciendo navegación de cabotaje —es decir, cercana a tierra firme—, a lo largo de la costa occidental africana, para a continuación, ascender por la costa oriental africana hasta un punto propicio a determinar, y desde ahí, arramplar a través del Indico hasta la costa occidental de la India.

El primero en acometer el proyecto será el portugués Bartolomé Dias, quien en 1488 llega hasta el que llama Cabo de las Tormentas, que luego el rey de Portugal Juan II denominará Cabo de Buena Esperanza —como se lo conoce hoy—, en la punta sur del continente africano.

Diez años demorará ya el siguiente hito importante en la aventura portuguesa, y solo en 1498, en tiempos del rey Ma-

nuel I, cuando los españoles ya han explorado el Atlántico completo y han descubierto América en su costado occidental, y con toda probabilidad todavía creen estar en las costas orientales de Asia (China y Japón), otro marino portugués, Vasco Da Gama, con cuatro embarcaciones y ciento setenta hombres, se convierte en el primer europeo en alcanzar la India por mar, haciéndolo por la vía africana abierta por su compatriota y bordeando el Cabo de Buena Esperanza.

Vasco da Gama costeará el oriente africano hasta Melinde o Malindi, en la actual Kenia, desde donde, con la ayuda de un piloto que le cede el sultán de la zona, de nombre injustamente olvidado por la historia, arrampla en línea recta hacia la India, a la que accede por Calecut, la actual Kozhikode, no confundir con Calcuta, miles de kilómetros hacia el nordeste y en el interior.

Da Gama aún hará otros dos viajes a la India, muriendo en el segundo de ellos. Recordado por su genio náutico, por su esfuerzo y por su capacidad de liderazgo, no lo es menos por una crueldad inusitada que le llevará a hechos tales como quemar una embarcación islámica con sus cuatrocientos pasajeros, peregrinos a La Meca, dentro.

Al hilo de estas expediciones, Portugal va realizando una red de bases a lo largo de la costa atlántica africana que pasa por Ceuta, Tánger, Mazagán, Agadir, Mogador, Casablanca, etc.

Un tercer hito en las navegaciones portuguesas a la especiería lo representan las expediciones de Francisco Serrao, aventurero portugués que consigue llegar en 1512 a Ternate, y desde ahí a las especieras islas Molucas, donde se hace inmensamente rico y desde donde, por cierto, envía misivas a su amigo, y hasta posiblemente primo, un tal Fernao de Magalhaes, al que embota la cabeza con sus aventuras y sus fortunas.

5. UNA RUTA ESPAÑOLA ALTERNATIVA (1497-1535)

Simultáneamente al acometimiento del magno proyecto de atravesar el Atlántico para alcanzar las costas orientales de China, Fernando el Católico, y luego también sus sucesores, el cardenal Cisneros, su nieto Carlos I, emprenden una campaña alternativa destinada en lo inmediato a controlar el norte de África y el Mediterráneo, nidos de piratería, y en lo remoto, a algo que siempre ronda la mente de todo rey de la cristiandad que alcanza un cierto grado de éxito, acometer una nueva cruzada en la que recuperar Jerusalén para la cristiandad. No se olvide, a los efectos, que uno de los títulos recientemente ganados por Fernando el Católico gracias a su conquista de Nápoles, es precisamente el de Rey de Jerusalén, que aún hoy pertenece a la Corona española. Puestos a soñar, por qué no, tal vez incluso a reabrir desde Tierra Santa la Ruta de la Seda cerrada por el sultán otomano.

En cumplimiento de esta campaña, España va a conquistar sucesivamente las plazas de Melilla en 1497, Cazaza y Mazalquivir en 1505, Orán en 1509, Argel, Bugía y Trípoli en 1510 y, ya en tiempos de Carlos I, Bona, Bizerta, Túnez y La Goleta en 1535.

CAPÍTULO 4
COLÓN ENTRA EN ESCENA

En este ambiente general que hemos intentado describir, hace su aparición en el escenario un marino de oscuros orígenes — que finalmente la historia ha aceptado, medio de mala gana —, genoveses, por nombre Cristóbal Colón, el cual propone alcanzar las Indias navegando hacia occidente.

¿Una idea descabellada? No y sí. La idea no es descabellada por ser imposible, que no lo es, y así lo acepta sin mayor dificultad, esto debe quedar claro, el saber la época: indudablemente, navegando hacia occidente se tiene que llegar a las costas orientales de Asia, porque la tierra es redonda.

La idea, en cambio, sí tiene algo de descabellada por arriesgada y por los medios tan justos de los que dispone la navegación del momento e, indudablemente, se desconocen cuáles son las condiciones climáticas, de habitabilidad, los obstáculos, los fenómenos geográficos y meteorológicos que puedan existir en las antípodas, eso sí.

Colón recala en España hacia 1484. Viene de Portugal. Allí ha entrado en contacto con el rey Juan II, a quien le pide el patrocinio de su proyecto, pero este se lo niega. El hijo de Colón, Hernando, en la biografía que escribe de su padre bajo el título *Historia del Almirante,* relata que, a sus espaldas, el rey portugués sí llevará a cabo el viaje propuesto por Colón, pero sin él, cosa que hará en hasta dos ocasiones, saldadas las dos con el fracaso, la una en 1484, la otra en 1486.

Ya en España, en el monasterio de La Rábida, Colón hace sus primeros contactos relevantes en la persona de los frailes Antonio de Marchena y Juan Pérez, que lo presentan a fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, y en condición de tal, sumamente influyente, gracias a quien, en enero de 1486, es recibido por la soberana de Castilla, a la que expone sus planes.

Al mismo tiempo, parece que su hermano Bartolomé se halla en Francia, haciendo gestiones para que sea Francia la que patrocine el viaje.

La reina hace reunir un consejo para evaluar el proyecto colombino, el cual se reúne, presidido por Talavera, primero en Salamanca y después en Córdoba.

1. UN MISTERIO LLAMADO COLÓN

Cristóbal Colón es uno de los personajes más enigmáticos de la Historia, y todo en su vida es un misterio, algo que es más difícil de comprender cuanto que hablamos de uno de los prohombres que mayor huella ha dejado en los libros que relatan la vida del ser humano en la tierra, y uno de los más estudiados por los historiadores.

Enigmática es la fecha de su nacimiento, y, en consecuencia, la edad que tiene en los momentos cruciales de su vida. Más enigmático todavía, si cabe, su origen, porque eso de que era genovés, más parece una solución de compromiso que una realidad palpable y demostrable. Son muchos los que apelan a un posible origen judío para explicar la razón de tanta oscuridad y de tanto misterio, porque evidentemente, son épocas para ocultar que se es judío o simplemente descendiente de judíos. Bastante enigmática su trayectoria vital, y desde luego, enigmático el conocimiento del que disponía para tener tanta seguridad en el proyecto que proponía a todos, eso en lo que el único acuerdo que han podido alcanzar los historiadores es el de llamarlo «secreto», «el secreto de Colón».

Y todo ello, más aún cuando, como vamos a tener ocasión de ver, el que manejaba una información de calidad escasa era él, y no aquéllos a los que exponía sus propuestas, mucho mejor informados, sin duda. Por ser es enigmático, aunque aquí quepa reprocharle poco al Almirante, es enigmático hasta el lugar en el que reposan sus restos, que ya son ganas de ser enigmático.

Un repaso a lo que de él sabemos sí permite alcanzar algunas conclusiones.

Era para empezar un mal geógrafo, un mal geógrafo no, un pésimo geógrafo. No tenía ni idea ni de la forma de la tierra (tendremos ocasión de demostrarlo) y menos aún de sus dimensiones.

No era un gran marino, o para decir las cosas con exactitud, no era un marino excelente. Sí tenía, sin duda, conocimientos de náutica, los justos y seguramente algo más, pero no era el marino avezado que uno imaginaría llevando a la práctica el proyecto marino que llevaría, probablemente el más trascendente de la historia. Una carencia que demostró en varias ocasiones. A él le naufraga la Santa María, que es la única de las tres naves que no puede retornar a España tras encallar en la isla de La Española. El regreso a España no puede ser más calamitoso, tocando en todos los puertos en los que no debía tocar, las Azores y Lisboa, lo que comprometerá, como hemos tenido ocasión de ver, toda la operación patrocinada por los Reyes Católicos, a los que pone en una situación, cuanto menos, embarazosa. Y sí, se podría decir que sufrió una terrible tormenta y que había que estar ahí para ver cómo se supera una situación como aquélla. Pero es que, para su desgracia, sí hubo quien estuvo ahí para enseñarle como se supera trance tal, un viejo de cincuenta y dos años que morirá nada más llegar a España, por nombre Martín Alonso Pinzón, pero que, sin embargo, sí supo llevar su embarcación a un puerto conveniente, y no al más desaconsejado de todos.

Las distancias en la mar, muy bien, lo que se dice muy bien, no las medía. Conocido es que llevaba dos contabilidades de lo que avanzaba cada día, una «auténtica» para autoconsumo, y otra «falsificada» con distancias superiores para exhibir ante la marinería, resultando ser más correcta la segunda, la «falsa», que la primera, «la auténtica».

De liderazgo andaba bien carente, como demuestran las muchas insurrecciones a las que hubo de hacer frente en los barcos que gobernaba y como, una vez más, hubieron de ser sus capitanes Pinzones —a los que tan poco mérito se ha dado en esta historia, muchísimo menos de aquél al que se hicieron acreedores—, los que le sacaran las castañas del fuego.

Su gobernación de indios y españoles, cuando se le dio ejercer el poder político, también dejó mucho que desear.

La generosidad y el desprendimiento tampoco se hallaban entre sus virtudes, un hombre que viendo que se le pasaba el tren —llega muy justito de edad para acometer el proyecto de su vida— está dispuesto a no cogerlo por una cuestión de precio, y hasta que los reyes no le reconocen hasta la última de sus demandas, no da su brazo a torcer.

Un hombre que fue capaz de negar la recompensa que los reyes habían previsto para tal contingencia, a quien le sacó del mayor apuro de su vida, el tal Rodrigo de Triana, cuando al borde de la paciencia de la marinería, que probablemente se había planteado ya la posibilidad de tirar a don Cristóbal por la borda, grita «tierra», como relata el cronista Francisco López de Gómara en su obra *La historia de las Indias y conquista de México*:

> «Muchos de los que habían acompañado a Colón en este descubrimiento pidieron mercedes, más los reyes no las hicieron a todos. Y así, el marinero de Lepe [Rodrigo de Triana] se pasó a Berbería [a Marruecos], y allá renegó la fe [cristiana], porque ni Colón le dio albricias, ni el rey merced ninguna, por haber visto él primero que otro de la flota lumbre en las Indias».

Y, sin embargo, ahí está: uno de los tres o cuatro personajes cruciales de la historia de la Humanidad. El hombre oportuno en el momento oportuno. Como aquel Claudio emperador a quien los guardas pretorianos encuentran entre unos cortinajes escondido, una vez que han acabado con Calígula, y en vez de eliminarlo, como sin duda había sido su intención inicial, esti-

man que es exactamente el hombre de paja que andaban buscando. E indiscutiblemente armado, nuestro Colón, de una fe inquebrantable, una fe en Cristo indiscutible, de quien se sentía portador (Cristóbal, proveniente de Cristo *ferens,* no significa otra cosa que «el portador de Cristo»), y así lo hace valer él en no pocas ocasiones.

Pero, sobre todo, una fe inquebrantable en sí mismo y en su proyecto, a pesar de las lagunas que él mismo exhibía por todas partes. «Os aseguro que si tuvierais fe, le diríais a aquella montaña que viniera aquí, y vendría. Nada os sería imposible», decía ese Jesús en quien Colón mostró tanta fe. Y fue él, Colón, de los que le dijo a la montaña «ven», y la montaña vino.

Ramón Menéndez Pidal nos ofrece una posible cronología de la vida del descubridor, que adjunto aquí para entender mejor su vida.

> «Hasta agosto de 1473. Colón hasta sus veintidós años reside en Génova y en Savona, con oficio de lanero, al lado de su padre, tabernero, quesero y tejedor de paños. Allí pudo tratar con algún español aportuguesado y aprender de él su lengua [...] para atender a su oficio, aprendería el latín comercial, ese latín que los españoles llamaban humorísticamente latín genovisco.
>
> »De setiembre de 1473 a agosto de 1476 no sabemos de Colón entre sus 22 y 25 años otra cosa sino su viaje por el Mediterráneo a la isla de Chio, en 1474 y 1475, en naves armadas por Paolo Di Negro y Nicolo Spínola. Colón fue luego agente comercial (hasta 1479 por lo menos) de Paolo di Negro y de Ludovico Centurione.
>
> »Entre agosto de 1476 y fines de 1485, desde sus veinticinco a sus treinta y cuatro años, tiene su residencia principal en Lisboa o tierras portuguesas.
>
> »El 13 de agosto 1476 las naves que Di Negro y Spinola enviaban a Inglaterra, naufragaban frente al cabo de San Vicente, atacadas por la escuadra francesa de Coulon el Viejo. El náufrago Colón va a parar a Lisboa. Allí embarca por febrero de 1477 en la nueva expedición que los Di Negro-Spinola envían a Inglaterra e Islandia
>
> »Julio 1478. Colón enviado por Paolo Di Negro a las islas Madeira a comprar azúcar.
>
> »Agosto 1479 Colón está de paso en Génova [...] y el 26 de agosto se reembarca de vuelta a Lisboa.
>
> »¿1480? Matrimonio con Felipa Moniz.

»1481 Colón con su mujer reside en la isla de Porto Santo (Madeira) [...] es el año de la Primera Apostilla Colombina con fecha, donde Colón nos muestra ya su español aportuguesado.

»1481-1482? Nace Diego [su hijo legítimo. Colón tendrá otro hijo, este bastardo, con Beatriz Enríquez de Arana, que escribirá la obra *Historia del Almirante*, la gran fuente sobre sobre la vida de su padre]

»1482-1484 Colón hace viajes a Guinea.

»1484-1485 proposición de descubrimiento hecha al rey Juan II.

»Fines de 1485 Colón pasa a España.

»20 enero 1486 Colón en Córdoba aguarda la venida de los Reyes Católicos que llegan allí el 2 de mayo. Esta es la época en que Colón debió de aprender español».

2. LA LENGUA DE COLÓN

En la edición de enero-marzo de 1940 del *Bulletin Hispanique*, el gran sabio español Ramón Menéndez Pidal escribe un artículo que titula «La lengua de Cristóbal Colón», en el que mediante el análisis de la original manera de hablar (y sobre todo de escribir, que es lo que D. Ramón puede analizar) de Cristóbal Colón, intenta aportar claves sobre sus enigmáticos orígenes.

Lo primero que analiza Menéndez Pidal es la relación que unía a quien con la inestimable e inestimada colaboración de los Pinzones descubre América con la lengua portuguesa. Para luego realizar un segundo análisis sobre su relación con la lengua italiana.

Que la lengua castellana no era la lengua materna de Colón cabe deducirlo de dos tipos de testimonios.

Primero, los relativos a su manera de hablarla. El propio Pidal recoge el testimonio del padre De las Casas en su *Historia de las Indias* donde afirma de Colón «ser natural de otra lengua, porque no penetra del todo la significación de los vocablos de la lengua castellana ni del modo de hablar de ella» o «todas estas son palabras del Almirante con su humilde y falto de la propiedad estilo, como que en Castilla no había nacido». Y tam-

bién el de García Ferrando, físico de Palos, que en 1515 asegura que cuando Colón llegó al convento de la Rábida con su hijo Diego, habló con él fray Juan Pérez — viéndole despusicion de otra tierra o reino ageno a su lengua».

Y segundo, los relativos a su manea de escribirla, que es la que D. Ramón puede analizar.

Pues bien, después de informarnos Pidal de que el primer escrito colombino en español del que disponemos es tan temprano como cuatro años anterior a su llegada a España —data por lo tanto de 1481, año en que Colón podría tener unos treinta años—, expone finalmente su hipótesis, dividida en dos premisas:

> 1º.- «Veremos que los dialectismos del occidente de la Península que muestra el habla del Almirante no son propiamente gallegos, sino portugueses […]»
>
> 2º.- «[…] y por esta obra, observaremos igualmente que el portugués no es tampoco lengua materna de Colón».

Para demostrar la primera de las premisas de su hipótesis, D. Ramón realiza un detallado inventario de las palabras y expresiones que Colón hace en «español aportuguesado», las cuales clasifica en nada menos que veintinueve grandes grupos, cada uno con varios ejemplos, en los que no me voy a detener aquí, limitándome a exponer que es, efectivamente, muy esmerado y convincente.

Para demostrar, en cambio, que tampoco el portugués es la lengua materna del marino de enigmático origen, D. Ramón, sin embargo, aporta una única razón:

> «Cualquiera que haya leído algunos escritos de portugueses castellanizantes echará de menos entre los lusismos de Colón el idiotismo más típico, el que ningún portugués castellanizante es capaz de desarraigar de su español, el infinitivo flexionado ("por seres de mi querida eres menos piadosa", Canc. Rosende, fol. 45 b; serem, fol. 44 e; mostrares, fol. 45 a; poesías de Duarte Brito; "serem mis ojos testigos" fol. 54 b, don Juan Manuel); lo usan los poetas del Cancionero, lo mismo que Gil Vicente; pero Colón no. Ese infinitivo es algo tan puramente portugués

que resulta incomprensible al español, al italiano y a las demás lenguas románicas. Colón no lo comprendía, porque no tenía el portugués como lengua materna».

Y ahora, muy breve, mi personal opinión sobre el análisis: así como D. Ramón se muestra exhaustivo demostrando el *aportuguesamiento* del español hablado por Colón, el argumento aportado para demostrar que el portugués no es la lengua materna del Almirante se me antoja menos convincente. Y es que al fin y a la postre, no por cometer otros portuguesismos, no pudo Colón haberse desembarazado para hablar español, del que Pidal llama bien el «infinitivo flexionado portugués», precisamente por comprender que no era español, pasando a utilizar el infinitivo —mucho más sencillo— de la lengua española.

No es esto todo, porque de la misma manera que analiza D. Ramón la relación de Colón con el idioma portugués, va a analizar, también, su relación con la lengua italiana, una relación que nos ha de deparar sorpresas aún más inesperadas.

«En cuanto al italiano, Colón no lo usa en ninguno de sus muchos relatos y documentos. A su patria Génova [que Pidal da por probada] y a los amigos italianos escribe siempre en español [raro, ¿no?]. Al oficio de San Georgi, 2 de abril 1502; a Nicolo Oderigo, Sevilla 21 marzo 1502 y 27 diciembre 1504; esta última es carta íntima y contiene un refrán español. De igual modo, al padre Gorricio de Novara, que vivía en Sevilla y publicaba obras piadosas en latín, Colón escribe continuamente en español».

«Se conservan dos notas colombinas en italiano. Una breve no sugiere ninguna observación; la otra más extensa sí. Hacia 1495 cuando Colón volvió a España de su segundo viaje, leía la *Historia di Plinio tradocta per Christoforo Landino,* Venecia 1489, y anotaba en español sus márgenes. Hasta qué punto tenía Colón el español como lengua habitual para la escritura lo muestra el hecho de que las notas repiten al margen en español las mismísimas palabras italianas del texto impreso»

Anota Pidal ¡hasta veinte apostillas que traducen al español lo que Colón estaría leyendo en su [supuesta] lengua madre! ¿Tiene alguna lógica? Y aún añade, no menos sorprendente:

«*Solo* al final, deseando Colón hablar de su descubrimiento de la isla de Haití o Española, decide poner una nota italiana, y le resulta un italiano que, sin querer, a cada paso se va al español: "del ambra es cierto nascere in India soto tierra, he yo neho fato cauare in mltimonti in la isola de Feytivel de Ofirvel de Cipango, a la quale había posto nome Spagnola; y ne o trouato pieça grande como el capo ma

no tota chiara, salvo de chiaro y parda, y otra negra; y vene asay". Como se ve, la grafía italiana es defectuosa, pero sobre todo la palabra italiana falla frecuentemente, y acude en su lugar la española [...] Altolaguirre piensa que con su larga estancia en Portugal y en España, Colón olvidó mucho el italiano. Pero no es posible olvido de la lengua propia en un hombre que no abandona su patria sino a los veinticinco años, mucho después de hallarse completamente terminada la adquisición del lenguaje materno».

Don Ramón atribuye semejante paradoja al hecho de que, según él, Colón no hablaba italiano, sino el dialecto genovés del italiano, si bien se limita a emitir la hipótesis, sin analizar cómo dicho matiz habría contribuido a justificar las contradicciones que él mismo, y con tanta brillantez, ha extraído. Una pena.

Y bien, después de conocer, gracias nada menos que a D. Ramón Menéndez Pidal, cómo era la relación del descubridor de América, primero, con el idioma portugués, y luego, con el idioma italiano, toca extraer conclusiones sobre todo lo dicho.

Pidal señala primero las dificultades de entrar en la biografía de Colón:

«Sabemos poco de la juventud del Almirante. Todas las noticias que él nos dio o dieron sus allegados, obedecen a una necesidad de simulación, y son falsos en su mayor parte. Para poseer Colón dignamente su cargo de Almirante necesita suponer estudios en la universidad de Pavía que nunca hizo, necesita hazañas marítimas que nunca realizó, al servicio del rey Renato de Anjou o del almirante francés Coulon el Mozo, necesita correspondencia con Toscanelli que parece no haber tenido».

Para luego obtener sus conclusiones sobre las lenguas que hablaba Colón y cómo las había aprendido, que son las siguientes:

1º.- Colón, lanero de Génova y Savona, hasta los veinticinco años habló como lengua materna el dialecto genovés, que no era lengua de escritura. Aprendió a escribir el latín comercial o genovisco, y descuidó mucho el italiano, hasta el punto de no saber escribirlo corrientemente y de no poseer bien su vocabulario.

2º.- Entre portugueses nueve años, Colón aprende sin du-

da el portugués hablado, pero no el escrito. La primera lengua moderna que Colón supo escribir fue el español [...] España llegó a ser en 1492 la patria de elección para el gran navegante; entonces la elección fue sin duda mercantil y muy regateada, fue elección de un país que podía dar un almirantazgo hereditario; pero quince años antes de elegir a España por móviles ambiciosos, el genial descubridor en ciernes la había elegido como patria lingüística, patria cultural, en cuanto de ella tomaba el idioma moderno para la escritura; Colón, al escoger el español como lengua para la escritura, es uno de los primeros que se suman a esa corriente castellanista de los portugueses fin de siglo XV, que los críticos lusitanos de ahora llaman su «Aljubarrota literaria».

3º.- El español que Colón aprende entre los veinticinco y treinta *años es, como no podía menos, aportuguesado [...] y ese lusismo inicial subsiste hasta el fin en la lengua de Colón [y D. Ramón vuelve a extenderse en ejemplos].*

4º.- Ese español imperfecto de Colón es, por lo demás, una lengua fácil de vocabulario extenso y expresivo, si bien a veces dialectal [y D. Ramón se vuelve a entretener con los ejemplos].

Sostiene Pidal en su trabajo, que el hecho de que «la primera lengua moderna que Colón supo escribir» fuera el español es algo con lo que «tienen que contentarse, y bastante es, los muchos que pierden el tiempo en hablar de Colón español».

Afirmación con la que, por mi parte, estoy muy de acuerdo. Si bien —añado—, las razones aportadas por el mismísimo D. Ramón no me llevan a mí —como sí a él, en cambio—, al convencimiento de que se trate de un genovés —aunque sea muy «aportuguespañolizado», permítanme la expresión—, sino, más bien, a que se trata de un portugués *muy españolizado,* que, a lo sumo, pudo haber tenido algún contacto con Génova.

Para ser muy preciso en este tema, no es que yo crea que Colón fuera portugués, —con los elementos existentes hoy en día es difícil determinar de dónde proviene Colón—, pero sí que la conclusión a la que me conduce el estudio de D. Ramón no es la de que fuera italiano, y sí, en cambio, la de que fuera portugués. Muy de acuerdo, pues, en las premisas del trabajo del sabio coruñés, menos en sus conclusiones.

3. LOS RESTOS DE COLÓN

Si la vida del primer Almirante de la mar océana es un completo enigma ya desde su mismísimo nacimiento, la cuestión de su enterramiento no había de serlo menos, y así, tenemos hoy día, como muchos de Vds. sabrán sin duda, dos posibles yacimientos que se disputan el honor de constituir los de los restos mortales de D. Cristóbal, el uno en Santo Domingo, el otro en Sevilla.

La historia remonta necesariamente al 20 de mayo de 1506, fecha en que se produce la muerte de quien, junto con los nobles marineros moguereños Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón, es el gran descubridor de América.

Su cuerpo será inicialmente enterrado en el Convento de San Francisco de la capital vallisoletana en la que muere. En 1509, son trasladados a la capilla de Santa Ana del Monasterio de la Cartuja en Sevilla. Por deseo de uno de sus dos hijos, el primogénito y su hijo legítimo, Diego, los restos son mudados a Santo Domingo, cosa que acontece en 1542. Tras la conquista de Santo Domingo por los franceses, en 1795 se llevan a la catedral de La Habana y, en 1898, cuando se pierde Cuba, trasladados por última vez a bordo del crucero Conde de Venadito hasta el puerto de Cádiz, desde donde viajan a la catedral de Sevilla para su definitivo enterramiento.

El problema se produce cuando en 1877, en la catedral de Santo Domingo, en circunstancias un tanto confusas, aparece

una caja de plomo con fragmentos de huesos y una inscripción en la que se lee: «Yllustre y Esdo. Varón D. Cristóbal Colón», que darían cuenta de que el traslado hecho en 1795 a La Habana, o no había sido total, o había sido incluso erróneo.

Dichos restos permanecerán en la catedral de Santo Domingo hasta que en 1992 son trasladados al gigantesco panteón construido al efecto, El Faro a Colón o El Faro Colón, en la propia Santo Domingo.

Para poner fin, definitivamente, a la incertidumbre existente sobre el destino de los verdaderos restos de Colón, hacia el año 2002 se inicia el proyecto de realizar un estudio de ADN a los dos osarios candidatos, un estudio al que, al final, se someterán los restos sevillanos, no así, en cambio, los que obran en poder de las autoridades dominicanas.

En España, la comparación de los «restos sevillanos» del descubridor con los de su hijo Hernando y los de su hermano Diego, realizado por un equipo multidisciplinar dirigido por el director del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada, el Prof. José Antonio Lorente, y en el que formaban el Prof. Miguel Botella, de la Universidad de Granada, el Prof. Turbón de la Universidad de Barcelona, el Prof. Richard, de la Tor Vergata de Roma, el Prof. Stoneking y su equipo del Instituto Max-Planck de Antropología de Leipzig, y el Dr. Giles de la Orchid-Cellmark Biosciences, con el asesoramiento de especialistas como el Dr. Budowle y especialistas de las empresas Applied Biosystems, Promega y Elchrom, concluirá el 1 de agosto de 2006 que los mismos sí pertenecen a Cristóbal Colón.

Y en la revista *Profesiones* de fecha marzo-abril 2006, José Antonio Lorente realiza la siguiente afirmación:

> «Los estudios realizados ponen de manifiesto que el ADN mitocondrial (básicamente la región llamada HV1) de los huesos de Cristóbal y Diego es idéntico, lo cual es lo esperado entre hermanos hijos de la misma madre. Del mismo modo,

los estudios antropológicos apuntan a que los restos de Sevilla son compatibles con los de Cristóbal Colón».

Curiosa —o premeditadamente— se cumplía cuatro siglos de la muerte del eximio navegante y descubridor.

En cuanto a la autenticidad de los restos custodiados en Santo Domingo, nada sabremos mientras las autoridades dominicanas no acepten el reto que sí aceptaron quienes custodian los que albergamos en España.

4. DE HÉROE A VILLANO

Es curioso cómo la siempre caprichosa historiografía está cambiando a toda velocidad el papel que otorga a Colón en los hechos de los que fue indudable protagonista, lo que demuestra que frágil puede ser la Historia y qué importante es el tratamiento que le demos. A ese fenómeno de cambio de rol colombino dedicamos las siguientes líneas.

El 12 de noviembre de 2018, en la españolísima ciudad de Los Ángeles, fundada en 1781 por Francisco Neve, Gaspar de Portolá y los franciscanos Juan Crespi y san Junípero Serra, sobre el territorio descubierto por Juan Rodríguez Cabrillo en 1542, se procede a la retirada de la estatua de Cristóbal Colón del Grand Park. Y todo ello en base a un nuevo giro de la «memoria histórica mundial», según el cual, Colón pasa a ser un genocida más, es más, de hecho, el Gran Jefe de los genocidas hispanos.

La de Los Ángeles no era la primera estatua del Descubridor que sufría semejante suerte por parecida razón, pues cinco años antes, otra estatua suya era derribada también, este monumento en la ciudad de Buenos Aires, dos veces fundada, como se sabe, y las dos por españoles, Pedro de Mendoza, primero, en 1536; Juan de Garay, segundo, en 1580.

A partir de ese momento, todas las ocasiones que los acontecimientos del día han dado lugar un nuevo acto de revisionis-

mo histórico, como por ejemplo cuando se produjo el asesinato del delincuente de raza negra George Floyd en un caso más de excesos policiales en los Estados Unidos de Norteamérica, han terminado en el derribo de alguna estatua del Descubridor, generalmente el más cercano al lugar de los hechos, «una bonita tradición» ya que parece tender a consolidarse.

Llama la atención el giro inesperado que ha sufrido la figura del enigmático navegante, posiblemente genovés, en la historiografía oficial de las memorias históricas. Y es que, hasta la fecha, dentro de esa página sin par de memoria histórica que es la Leyenda Negra Española, la figura de Colón —quizás, precisamente, por no ser de origen español— era utilizada por los deconstructores de la historia como una suerte de personaje ingenuo, munífico y bonhomínico, casi un cautivo más de esos bárbaros —estos sí, de origen hispano— que llevaban a cabo en América tropelías injustificables contra las que el inocente Almirante se rebelaba sin poder hacer nada. Como tampoco pudo hacer nada en Salamanca, donde siendo el único que sabía algo de geografía y de náutica, hubo de enfrentarse en solitario a todos los miles de ceporros con alzacuellos que le opusieron para explicarles que la tierra era redonda, a lo que ellos le respondieron que era plana porque así lo decía la Biblia y hasta (en versión de Washington Irving) le amenazaron de acabar en la hoguera si seguía defendiendo supercherías tales.

En la *Nueva Historiografía del Descubrimiento,* sin embargo, pasa a ser, él mismo, «el Genocida». Lo que, por supuesto, sigue sin eximir al resto de barbados bárbaros hispanos que le acompañaban en la aventura.

¿A qué este cambio de perspectiva, a qué esta vuelta de tuerca?

La respuesta se presenta como muy evidente para todo aquél que, ora en España, ora en Estados Unidos, ora en cualquier lu-

gar del mundo, sepa un mínimo de historia (por desgracia pocos y cada vez menos): convertir el vilipendio al Descubridor en un nuevo instrumento sin otro objetivo que esconder, ocultar, tapar el hediondo e injustificable genocidio de los indígenas norteamericanos pero no, precisamente, por los españoles, sino por las hordas puritanas de origen británico, y sobre todo, por sus descendientes ya estrictamente norteamericanos, los cuales, so pretexto de la que denominaban la «Doctrina del destino manifiesto» que les «obligaba moralmente» a «civilizar» todas las tierras norteamericanas hasta la costa pacífica, realizaron uno de los exterminios más graves perpetrado jamás en la historia: el de los indios que poblaban aquellas tierras del norte de América antes de llegar ellos a las mismas.

Unos indios norteamericanos que, no se olvide, habían convivido antes en modélica armonía, y por espacio de no menos de cuarenta años, con los misioneros españoles, los cuales, amén de cristianizarlos, les enseñaron a leer, a escribir, a cultivar la tierra, a criar ganado, a construir ciudades y tantas artes y profesiones, razón por la cual hablaban español y eran, muchos de ellos, católicos, como es el caso del más conocido de todos, el apache Goyaalé, Jerónimo para que nos entendamos.

Todo ello hasta lograr esconder ese hecho incontestable que opaca toda leyenda negra y toda memoria histórica, cual es la realidad palpable e innegable de que mientras en Méjico —el país del continente americano que más convivió con los españoles— un 10% de la población todavía al día de hoy es india pura, y nada menos que un 70% es mestiza (en otros países hispanoamericanos la proporción es incluso más favorable a las poblaciones autóctonas), en Norteamérica los indios puros no alcanzan el 1% de la población total y, lo que es aún más importante, el mestizaje es nulo.

Esta, por desgracia para los norteamericanos, es la única ver-

dad histórica. Todo lo demás es política, mentira, memoria histórica, leyenda negra, jugar con las estatuas al juego de la silla…

Pero por desgracia, mientras los estadounidenses tengan en sus manos los medios internacionales de comunicación y la fabulosa industria del cine, y mientras políticos e historiadores españoles acomplejados, paniaguados y con cada vez más escasa formación no asuman la defensa que les compete de la historia de España por una cuestión no solo patriótica sino, también y sobre todo, de respeto a la historia, no veremos sino llevar a cabo atentados como el que en 2018 se perpetró en Los Ángeles, o el que en 2013 se perpetró en Buenos Aires.

Y esto no acaba aquí: prepárense Vds. para asistir a una larga serie de derribos de las estatuas de Colón y de otros protagonistas del Descubrimiento y civilización de América en todo el mundo. Y eso si en España no optamos también por participar en el divertido jueguecito, derribando, so cualquier pretexto, las muchas y muy bonitas que embellecen ciudades españolas como Madrid, Huelva, Sevilla, Barcelona o Salamanca…



Detalle del cuadro *Desembarco de Colón* de Dióscoro Puebla.

CAPÍTULO 5
EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

El peor de los males que ha podido sufrir el proceso descubridor iniciado por los españoles en 1492 y que abarca los tres siglos que van del XVI al XVIII, con particular intensidad entre los años que median entre 1492 y 1521, a la hora de ser cabalmente evaluado en la historiografía y por los historiadores, es el de haberse visto «eclipsado» por uno de los descubrimientos realizados en esas múltiples expediciones, tal vez el más importante y el de la parte principal, pero no, en ningún caso, el único.

Ese «descubrimiento» no es otro que el del continente americano, América, cuya aparición, para «desgracia», digámoslo así, de la fecunda labor descubridora de España, va a dar nombre a toda la misión, generalmente conocida, ni que decir tiene, como «el descubrimiento de América».

Pero la misión que España se marca en 1492 y tiene bien acometida y cumplimentada para 1521, lo que no es óbice para siga perseverando en ella en siglos venideros, no es «descubrir América», sino otra mucho más ambiciosa: llegar a las tierras de oriente navegando hacia occidente.

En otras palabras, la expedición colombina no zarpa para descubrir América; la expedición colombina zarpa para llegar a las costas de la China (Catay), el Japón (Cipango) y Molucas (las islas de la especiería), restableciendo así, por demás, un comercio y un intercambio cultural que se había perdido medio siglo antes, con el cierre de la ruta terrestre hacia las mismas, la famosa Ruta de la Seda, que pasaba a través de Bizancio y lo que quedaba del famoso y antiguo Imperio Romano, «por culpa» de la conquista de la ciudad de Constantinopla por los turcos en 1453, y con ella, el cierre de la ruta. En otras palabras, España

se marca la misión de crear, fundar, la «Nueva Ruta de la Seda», con idéntico destino, sí, pero camino completamente diferente.

Un proyecto que se acomete en virtud de dos premisas, una cierta y otra incierta. La premisa cierta y conocida, de todos aceptada —importante señalarlo porque esta aceptación no ha dado lugar a mucha leyenda—, que la tierra es esférica; la premisa incierta o menos conocida, las dimensiones de esa esfera y las condiciones de viabilidad más o menos superables que se dan en las partes desconocidas de la misma: forma, estado, accidentes, clima, fauna, flora, peligros, etc.

España descubre así no solo un continente, el americano, sino todo un hemisferio terrestre, en realidad bastante más que todo un hemisferio, porque más de un hemisferio es lo que hay desde las Canarias, sobre el meridiano 28 oeste, último punto conocido navegando hacia occidente, hasta las Molucas, sobre el meridiano 128 este, último punto conocido navegando hacia oriente, que es el que habían alcanzado los portugueses en la parte de la misión a ellos encomendada.

En pocas palabras y para que nos entendamos: en la línea de los meridianos, descubren los navegantes españoles 204 grados sobre los 360 en los que se divide la tierra, esto es… ¡un 57% del planeta! Se dice pronto.

Muchas son las cuestiones, los nuevos enfoques y planteamientos que a esta obra le gustaría suscitar en la historiografía de los descubrimientos realizados por los españoles durante los siglos XV y XVI fundamentalmente, pero también XVII y XVIII. Ahora bien, ninguno tan importante como el que acabo de enunciar, por lo que me permito repetirlo una vez más, a saber: ese proceso histórico tan injustamente tratado por la historiografía, no se puede titular bajo el epígrafe «DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA» (serán las únicas mayúsculas utilizadas en esta obra más allá de las ordenadas por la gramática española),

un descubrimiento al que los más cicateros y antiespañoles incluso se permiten regatear su condición de «descubrimiento»... Es en realidad...

¡¡¡EL DESCUBRIMIENTO DE MEDIO PLANETA,
ES MÁS, DE MÁS DE MEDIO PLANETA,
DE UN 57% DEL PLANETA TIERRA!!!

Es decir, en el larguísimo devenir de la especie humana sobre el planeta Tierra que, al decir de algunos historiadores, abarca ya seis mil generaciones, una única generación (treinta años) de un pequeño lugar del mundo situado en una península entre el Atlántico y el Mediterráneo, al sur del más pequeño de los continentes, el europeo, da a conocer a todos los seres humanos, «descubre», ¡el 57% del planeta en el que viven! Increíble, ¿no? Pues bien, en esto consistió la gigantesca tarea acometida por estos titanes de la historia a los que estamos conociendo un poco mejor en esta obra.

Desde este punto de vista tan singular América no es un descubrimiento... ¡América es un obstáculo! Un obstáculo maravilloso, si quiere Vd., un regalo al mucho esfuerzo realizado, pero un obstáculo.

De repente, donde nadie esperaba nada, donde nadie temía mayor dificultad, aparece un muro infranqueable, enorme, de dimensiones titánicas, gigantescas, no solo «largo», pues casi va de polo a polo, de arriba a abajo del planeta, sino terriblemente «ancho», que no se sabe bien por dónde superar para poder continuar la empresa, para acometer la misión. Una misión que, no lo olvidemos, no se pierde de vista en ningún momento, que en ningún momento se abandona, que en ningún momento decae: continuar navegando hacia occidente para alcanzar las costas más orientales del Oriente, las islas de la especiería.

Esto es tanto así, que durante un período de tiempo que en

términos históricos no es excesivamente largo —lo que una vez más habla bien de la perspicacia de aquellos españoles—, la llegada a América nubla las mentes de quienes acometían la misión, haciéndoles creer que esta se hallaba ya consumada. En otras palabras, que América era Asia. Ahora bien, pronto, muy pronto, comienzan las dudas. Y con ellas, las preguntas. Y con ellas, las respuestas. Y con ellas, los nuevos proyectos. Y con ellos, las nuevas soluciones.

Al final, con la llegada a las Molucas en 1521, el 8 de noviembre de 1521 para ser exactos, del navegante español Elcano, la misión está cumplida. Y con la llegada a España en 1522, el 6 de septiembre de 1522 para ser exactos, de los mismos que habían llegado a las Molucas un año antes, se rubrica la constatación de cuanto se quería demostrar: la esfericidad de la tierra, sus dimensiones, su habitabilidad, su viabilidad es completa; el mundo está cerrado, la Nueva Ruta de la Seda está restablecida.

Ese proceso, justamente ese proceso, es el que queremos describir en este capítulo.

1. LA JUNTA DE SALAMANCA-CÓRDOBA (1486-1487)

Una reunión que celebrada en tiempos tan tempranos como 1486, generalmente se conoce como Junta de Salamanca, aunque habría sido más correcto denominarla, como veremos, de Salamanca-Córdoba, por terminar sus deliberaciones en la bella ciudad andaluza.

Junta que goza de una leyenda negra como solo se la dejan colar los españoles, los mejores pagadores de todas las teorías que denigran su historia, y según la cual, lo que se discutió en ella fue si la tierra era redonda o no, siendo naturalmente Colón el que defendía que lo era, frente a la caterva de cenutrios españoles con los que se enfrentaba, lo más granado de la intelectualidad patria de la época, que sostenía que no.

La verdad es que los conocimientos de la época daban para algo más que una discusión de paletos como la que describe la leyenda. Una leyenda que bien pudo tener su origen en la animadversión que, si no el propio Colón, sí demostró sentir su hijo y biógrafo, Hernando, por la figura de fray Hernando de Talavera, presidente de la junta, a quien reprocha el haber estado a punto de arruinar la expedición de su padre cuando en realidad fue una de las personas clave para sacarla adelante. Así se escribe la Historia.

> «Pero como el asunto debía tratarse más con fundamento de doctrina que con palabras o favores, Sus Altezas lo cometieron al prior del Prado que después fue arzobispo de Granada, encargándole que, junto con peritos en Cosmografía, se informasen plenamente de aquello y luego le refiriesen lo que opinaban. Pero, porque en aquellos tiempos no había allí tantos cosmógrafos como hay ahora, los que se juntaron no entendían lo que debían […] Se resolvieron a juzgar la empresa por vana e imposible, y que no convenía a la gravedad y alteza de tan grandes príncipes moverse por tan débiles informaciones».

Y añade:

> «Cuanto más eficaces eran sus razones [las de Colón], tanto menos las entendían por su ignorancia [los componentes de la Junta]».

Por si todo ello fuera poco, y en defensa de la tesis, acude quien no podía faltar al evento, el ínclito fray Bartolomé de las Casas.

> «Así que por esta causa pudo poco Cristóbal Colón satisfacer a aquellos señores que habían mandado juntar los Reyes e hiciéronles relación de lo que sentían, persuadiéndoles que no era cosa que a la autoridad de sus personas reales convenía ponerse a favorecer negocio tan flacamente fundado y que tan incierto e imposible a cualquier persona, letrado o indocto que fuese, podía parecer».

Lo cierto, sin embargo, es que nos movemos en un campo ampliamente especulativo, pues lamentablemente no se han encontrado actas de las reuniones, y ni siquiera conocemos quien la formó. Sí sabemos que su presidencia fue encomendada por los reyes a fray Hernando de Talavera. Sin duda, estarían muchos consejeros reales y, de entre ellos, destacaría Rodrigo Maldonado, quien ya había dado muestras de su buen hacer en las negociaciones hispano-lusas que culminaron con la firma del

Tratado de Alcaçovas, y de quien hasta disponemos de un testimonio directo.

> «Este testigo, con el Prior de Prado [...] e con otros sabios e letrados e marineros platicaron con el dicho Almirante sobre su ida a las dichas islas, e [...] todos ellos concordaban que era imposible ser verdad lo que el dicho Almirante decía».

Testimonio en el que llama la atención ese Prior de Prado que menciona, que no es otro que fray Hernando de Talavera, y también la unanimidad del fallo emitido.

Cabe desde luego suponer que, aprovechando las reuniones en Salamanca, se convocara a algunos profesores de aquella universidad, una de las más importantes de Europa, y desde luego, la más importante de España, pero poco más. Y siempre disponemos del testimonio De las Casas sobre la reunión posterior a las de Salamanca y Córdoba, en la que sí se termina aprobando el proyecto colombino, celebrada esta en Santa Fe (Granada), de la que, aunque también desconozcamos su composición, nos dice:

> «Hiciéronse de nuevo muchas diligencias, júntanse muchas personas, hubiéronse informaciones de filósofos y astrólogos y cosmógrafos..., de marineros y pilotos».

Que nos obliga a pensar que en Salamanca-Córdoba la Junta debió tener parecida composición.

Si bien no, como vemos, a partir de testimonios directos, sí, sin embargo, a partir del conocimiento que se tiene de las circunstancias que rodearon el encuentro, no se puede sino concluir que la Junta estudió el proyecto de Colón con rigor y con conocimientos mucho más amplios de los que le atribuye la leyenda negra.

La Junta se reunió entre los últimos meses de 1486 y los primeros de 1487, haciéndolo primero en Salamanca y luego en Córdoba, siempre en función de donde se hallaran los reyes, y siempre con la audiencia y presencia del luego Almirante.

Según Colón, la línea ecuatorial de la tierra tendría una lon-

gitud de 20.400 millas, unos 30.000 km, cuando lo cierto es que esa distancia es una cuarta parte inferior a los 40.000 km que tiene en realidad. Es decir, que entre las costas españolas y las Indias orientales había unos 4500 km. Que ésta era su tesis lo conocemos bien, no naturalmente a través de unas actas que como decimos nunca han aparecido, pero sí a partir de las fuentes que sí sabemos que el Almirante manejaba, entre las cuales el entonces famoso y reputado mapa de Toscanelli.

Según opina el historiador Miguel Molina, en cuyo artículo *Fray Hernando de Talavera y Colón* se basa buena parte de la información que aquí brindamos:

> «Aquella comisión rebatió con rigor los postulados del Almirante. Que lo que en su seno se discutió fue la idea de navegar al extremo oriente por la ruta de occidente en busca de las tierras del Gran Khan y no lo que el cronista quiso hacer creer en su Historia, esto es, un viaje para descubrir un Nuevo Mundo.
>
> »Por lo que se refiere a los fundamentos exhibidos por Colón, todos tuvieron puntual respuesta. En primer lugar, a la afirmación de la existencia de islas en medio del océano, según Colón a unas cuatrocientas leguas de las costas españolas, opuso la comisión suficientes testimonios de marineros y de viajes portugueses que la negaban. En segundo lugar, las medidas del grado terrestre, y en consecuencia las de la circunferencia ecuatorial, fueron desdeñadas por erróneas. Los cosmógrafos y pilotos de la época aceptaban plenamente que el globo terráqueo se dividía en 360º y que cada uno tenía una extensión de 87 ½ o 62 ½ millas, según se siguiese a Eratóstenes o a Ptolomeo, lo que significaba que la línea del ecuador tenía 31 500 o 22 500 millas. Descartaron la medida de cincuenta y seis millas y dos tercios que manejaba Colón, tomada del cosmógrafo árabe Alfragano, y le hicieron la observación de que las millas árabes eran más largas que las italianas que venía manejando».

El tema de las distancias, y no otro, fue, pues, el verdadero caballo de batalla del debate, y lo que llevó a los miembros de la Junta a desaprobar el proyecto. Y es que aceptando estos las teorías de Ptolomeo sobre las dimensiones del globo terráqueo concluían que la distancia a recorrer era de 2500 leguas, es decir 1370 más de las que podría haber calculado el Almirante. Un Almirante que, por cierto, se va a delatar a sí mismo y nos va a dar la razón a cuántos pensamos que en Salamanca no se

discutió si la tierra era redonda sino más bien sus verdaderas dimensiones, cuando en el memorial que escribe desde Jamaica el 7 de julio de 1503, que no es otra cosa que una relación del cuarto viaje que realiza a América, y cuando se está ya muy cerca de saber a ciencia cierta que lo descubierto no es Asia, sino un nuevo continente, empecinado en lo que sin duda había defendido en Salamanca y en Córdoba, escribe a los Reyes:

> «El mundo es poco; el injuto d'ello es seis partes, la séptima solamente cubierta de agua. La experiencia ya está vista, y al escreví por otras letras y con adornamiento de la Sacra Escritura con el sitio del Paraíso Terrenal que la Sancta Iglesia aprueva. Digo que el mundo no es tan grande como diçe el vulgo».

Obsérvense los conocimientos geográficos de Colón que, más allá del problema de las dimensiones del mundo, defiende que la tierra está cubierta de agua en una séptima proporción, cuando hoy sabemos bien que la superficie acuática supera las siete décimas partes del planeta.

Como quiera que sea, la respuesta de la Junta la conocerá Colón pasados unos meses, en agosto de 1487, en Málaga, a donde los reyes le mandan presentarse. Una respuesta que tampoco fue tan negativa como acostumbra a decirse y tanto gusta creer a los *nigrolegendistas,* según reconoce hasta el propio De las Casas.

> «Finalmente, los Reyes mandaron dar respuesta a Cristóbal Colón despidiéndole por aquella sazón, aunque no del todo quitándole la esperanza de tornar a la materia, cuando más desocupados Sus Altezas se viesen, lo que entonces no estaban, con los grandes negocios de la guerra de Granada».

Lo que demuestran, a mayor abundamiento, las partidas monetarias que a través de Talavera hicieron llegar los reyes al marino desde ese momento: la primera el 27 de febrero de 1487, de 10 900 maravedíes; otra el 6 de mayo de 1487, por 3000 maravedíes; otra el 3 de julio de 1487, de 3000 maravedíes; otra el 27 de agosto de 1487, de otros cuatro mil; y una quinta y última el 15 de octubre, de otros 4000. Indudablemente los monarcas mimaban a su «marino de cámara».

2. COLÓN Y LOS PINZONES ACOMETEN EL VIAJE DESCUBRIDOR

El 3 de agosto de 1492, por fin, Colón se hace a la mar en el puerto de Palos de la Frontera. Para poder completar aquella flotilla que forman ochenta y ocho hombres y tres embarcaciones, de ellas dos carabelas, la Pinta y la Niña, y una nao de mayor tamaño, la Santa María, ha tenido que contar con la ayuda inestimable de dos personajes locales sobre los que la Historia pasa de puntillas, y sin los cuales, el viaje descubridor habría sido de todo punto imposible: los hermanos Pinzón, Martín Alonso y Vicente Yáñez. Juntos visitan casa por casa su Palos natal, para enrolar a los más experimentados marinos de la zona, y por si ello fuera poco, participan en la financiación del descabellado viaje que culminará con el más grande descubrimiento que los siglos hayan conocido.

Sin la participación y el decidido apoyo de los Pinzón a la empresa de Colón, nadie se habría enrolado a las órdenes de un extranjero al que no se daba el crédito que sí se daba, desde luego, a los Pinzón.

A partir de ahí se van a desarrollar dos grandes exploraciones, dos grandes descubrimientos, que la Historia cicatera *nigrolegendista* acostumbra a reducir a uno: por un lado, el Atlántico, que solo se había navegado hasta las islas Canarias en su latitud más lejana; por otro, un nuevo continente.

2.1. Descubrimiento de los confines del Atlántico (1492)

Una navegación que va a durar setenta y un días completos, una cantidad de jornadas en alta mar que muy pocos marinos de la época habían completado, y desde luego ninguno por su voluntad propia, sino por la de las olas de la mar, la cual va a permitir la exploración del único océano conocido y navegado por los europeos (eso sí, junto con otros mares importantes co-

mo el Mediterráneo o el Mar Negro) y la llegada hasta sus confines. Desde el meridiano 28 oeste de las islas Canarias hasta el meridiano 63 oeste de la isla de Guanahani, todo es descubrimiento. Una exploración que no es menor, y que por sí misma, independientemente de su desenlace y ulteriores descubrimientos, merece una página diferenciada en la historia.

Va a ser una navegación pesada, caracterizada por un fenómeno nuevo que los marinos de la época evitaban como al diablo: la no visión de tierra. En esta navegación, los Pinzones van a demostrar tanto su pericia marinera, como será el caso cuando antes de llegar a las Canarias gobiernan la Pinta a pesar de la falta de timón, como su autoridad ante la levantisca y desanimada marinería, que se alza contra el Almirante el 6 de octubre, apenas seis días antes de tocar por fin tierra (que, por cierto, Colón no menciona en su diario de a bordo, y solo conocemos por el relato que hace De las Casas). Cuando el 25 de diciembre de 1492, después de dos meses y medio en las islas americanas descubiertas, naufraga la Santa María, Vicente Yáñez al mando de La Niña acude al rescate de los compañeros.

Conocido es el detalle de que Colón lleva dos contabilidades diferentes sobre los progresos hechos sobre la mar. Lo sabemos por el propio Almirante que así lo cuenta en su *Relación del Viaje*:

> «Avrían andado aquel día al Güeste 4 leguas y media y en la noche al Sudueste 17 leguas, que son XXI, puesto que decía a la gente 13 leguas, porque siempre fingía a la gente que hazía poco camino, porque no les pareçiese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje: el menor fue el fingido y el mayor el verdadero».

Siendo así que a la postre la contabilidad que él tenía por falsa resultó ser más ajustada a la realidad. Curiosa táctica por otro lado: uno habría tendido a pensar que lo práctico sería decir que se avanzaba más de lo que realmente se hacía, pero el Almirante, bien al contrario, creyó que lo mejor era hacer creer a los hombres que avanzaban menos y que, por lo tanto, se ha-

llaban más cerca de lo que realmente estaban de la tierra originaria, por si hubiera que proceder a un retorno de urgencia.

Describe, en general, el Almirante una singladura plácida, como cuando dice:

> «Tuvieron la mar como el río de Sevilla. "Gracias a Dios" dice el Almirante. Los aires muy dulces, como en Abril en Sevilla, qu'es plazer estar a ellos, tan olorosos son».

2.2. Descubrimiento de América (12 de octubre de 1492)

Y por fin, aparece la tierra, que debió saber a tierra prometida. Ocurre el 12 de octubre, viernes por más señas. Colón lo describe así:

> «Después del sol puesto [del jueves 11 de octubre] navegó a su primer camino al Güeste. Andarían doze millas cada ora, y hasta dos oras después de medianoche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la carabela Pinta era más velera e iva delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas qu'el Almirante avía mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se dezía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fue cosa tan çerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pero Gutiérrez repostero d'estrados del Rey e díxole que parecía lumbre, que mirasse él y así lo hizo, y vídola. Díxolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, qu'el Rey y la reina enbiavan en el armada por veedro, el cual no vido nada porque no estava en lugar do la pudiese ver. Después qu'el Almirante lo dixo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alçaba y se levantava, lo cual a pocos pareçiera ser indiçio de tierra, pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra»

Donde el Almirante da numerosas señales de su personalidad. Primero informa de lo que es la verdad: la tierra se ve desde la Pinta y la ve un marinero por nombre Rodrigo de Triana. Y luego la rebate para darse lustro él: él la había visto antes, pero no quiso dar cuenta a nadie.

El triste desenlace de la historia lo conocemos, aunque una vez más por Colón, que bien se la guarda. Nos lo cuenta Francisco López de Gómara, autor de *La historia de las Indias y conquista de México*:

> «Muchos de los que habían acompañado a Colón en este descubrimiento pidieron mercedes, más los reyes no las hicieron a todos. Y así, el marinero de Lepe

[Rodrigo de Triana] se pasó a Berbería [a Marruecos], y allá renegó la fe [cristiana], porque ni Colón le dio albricias ni el rey merced ninguna, por haber visto él primero que otro de la flota lumbre en las Indias»

Poco cabe reprocharle, desde luego, a los reyes en no premiar lo que sin duda Colón negaba haber ocurrido.

En este primer viaje descubridor, Colón no pisa el continente americano, solo algunas islas caribeñas, entre las cuales Guanahani, en la que según quiere la tradición descubre América, la actual San Salvador (son no pocas las teorías que proponen lugares alternativos para el descubrimiento), las islas Bahamas (una bonita leyenda sostiene que el nombre de las islas es una derivación del término marinero «bajamar», pronunciado con acento andaluz)… Y sobre todo dos grandes islas: primero la de Cuba que descubre el 28 de octubre:

«Fue de allí en demanda de la isla de Cuba al Sursudueste a la tierra d'ella mas cercana, y entró en un río muy hermoso y muy sin peligro de baxas ni de otros inconvenientes, y toda la costa que anduvo por allí era muy hondo y muy limpio fasta tierra».

A la que llama Juana, por el príncipe Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos, que por aquel entonces tenía catorce años.

«Crean Vuestras Altezas [por cierto, no Vuestras Majestades, el trato castellano a los Reyes era alteza] que en el mundo todo no puede aver mejor gente ni más mansa; deven tomar Vuestras Altezas grande alegría porque luego los harán cristianos y los avrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya como lo escriva, porque yo e hablado en superlativo grado de la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba».

Segundo, el 5 de diciembre, la que llamará «La Española»

«Yendo así, miró al Sueste y vido tierra y era una isla muy grande, de la cual ya tenía diz que información de los indios, a que llamaban ellos Bohío, poblada de gente. D'este gente diz que los de Cuba o Juana y de todas estas otras islas tienen gran miedo porque diz que comían los hombres […] Este puerto tiene en la boca mil pasos, que es un cuarto de legua; en ella ni hay banco ni baxa, antes no se halla cuasi fondo hasta en tierra a la orilla del mar, y hazia dentro en luengo va tres mil passos todo limpio y basa, que culquiera nao puede surgiren él sin miedo y entrar sin resguardo; al cabo d'el tiene dos bocas de ríos que traen poco agua; enfrente del ay unas vegas las mas hermosas del mundo y cuasi semejables a las tierras de

Castilla, antes estas tienen ventaja, por lo cual puso nombre a la dicha isla la isla Española».

Isla esta de La Española que hoy comparten dos países bien diferentes, República Dominicana y Haití. El primero de ellos colonizado por los españoles, y consecuentemente, muy mestizado, como consecuencia de la mezcla entre el elemento hispano, el africano y el autóctono taíno. El segundo colonizado por los franceses, con un 90% de población negra sin mezcla alguna, de tono tan oscuro que se diría azulado. Hasta el punto de que los haitianos llaman a los dominicanos «los blancos».

Una muestra más de la peculiar característica que adorna a la colonización hispana, reflejada hasta en los más recónditos detalles.

2.3. El mar Caribe y los caníbales

Durante toda la singladura, Colón llevará un diario titulado *Relaciones de viajes*, al que ya nos hemos referido en varias ocasiones, en el que va apuntando todo lo que va haciendo y encontrándose.

En él nos informa de cosas tales como estas:

> «Y como d'esta isla vide otra mayor al güeste cargué las velas por andar todo aquel dia fasta la noche, porque aun no pudiera aver andado al cabo del Güeste a la cual puse nombre de isla Sancta María de la Conçepción».
>
> «Avía en ella doze leguas fasta un cabo a qui yo llamé el Cabo Hermoso».
>
> «Estando a medio golpho d'esta dos islas [hallé otra] a la cual pongo el nombre la Fernandina».
>
> «Levanté las anclas de donde yo estava con la nao surgido en esta isla de Saometo al cabo del sudueste, adonde yo puse nombre el cabo de la Laguna y a la isla de Isabel».

Pues bien, después de esta vorágine «bautizadora» de Colón, que a todo le pone nombre, de repente en la reseña correspondiente al 23 de noviembre, nos encontramos con esta otra algo diferente:

> «Y sobre este cabo encavalga otra tierra o cabo que también va al Leste, a quien aquellos indios que llevaban llamaban Bohío, la cual dezían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caní-

bales, a quien mostravan tener gran miedo; y desque vieron que lleva este camino, diz que no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada».

Y más adelante, en la correspondiente al martes 11 de diciembre de 1492, escribe lo siguiente:

«Y parece dar a entender ser tierra firme, qu'es aquí detrás d'esta Española, a que ellos llaman Caritaba, y que es cosa infinita, y quasi traen razón que ellos sean trabajados de gente astuta, porque todas estas islas biven con gran miedo de los de Caniba».

Con lo que ya tenemos bautizados por un lado una tribu, la de los «caníbales» aquélla de los que los indios que con él viajaban no podían hablar «porque los comían y que son gente muy armada», y una tierra, «detrás d'esta Española, a que ellos llaman Caritaba», a ninguno de los cuales Colón pone nombre distinto del que los propios indios utilizan, y respeta en todo momento el que ellos les dan.

¿Y cómo así, cabe preguntarse, habiendo hecho lo opuesto en todo momento antes y después?

La respuesta no es difícil de conocer porque nos la da el propio Colón:

«Y así tornó a dezir como otras veces dixe, dize él, que caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vezino; y terná navíos y vernán a captivarlos y como no buelven, creen que se los han comido».

Quedando así para siempre que «Caribe» sea el mar que rodea la isla Española, y «caníbal» esas tribus antropófagas que tanto pavor causaban a sus víctimas. Por la sencilla razón de que el Almirante creyó ver en ambas palabras la raíz etimológica emparentada con el Gran Can, el ansiado objetivo de su arriesgadísima expedición y con quien había prometido «mas todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay y dar las cartas de Vuestras Altezas al gran Can y pedir respuesta y venir con ella».

Ahora ya conocen Vds. el origen de la palabra Caribe y el de la palabra «caníbal», y como las dos se hallan emparentadas, y a su vez, las dos, con el Gran Can. Curioso, ¿verdad?

3. EL TORNAVIAJE ATLÁNTICO (1493)

El 16 de enero de 1493, tras noventa y siete días de permanecer en el Caribe, Colón toma la decisión de regresar a España. Lo tiene que hacer en las dos carabelas, porque la nao Santa María que él mismo gobierna ha naufragado, y con sus restos se construye un fuerte al que se da el nombre de Fuerte Navidad, por haberse producido el naufragio el 24 de diciembre, víspera de la Navidad.

Situado el fuerte entre la desembocadura del río Guárico y la Punta de Picolet, en la costa noroccidental del moderno Haití, va a convertirse así en la primera «ciudad» del millar de las construidas después por los españoles en el Nuevo Mundo. En ella se van a quedar treinta y nueve de los ochenta y ocho hombres que partieran de Palos, hombres de los que, para su desgracia, no volverá a saberse nunca más, pues cuando en su segundo viaje a América vuelve Colón al lugar, no queda nada de él.

En alta mar las dos carabelas, una fuerte tormenta las separa inexorablemente. La Pinta, al mando de Martín Alonso Pinzón, será la primera en llegar a España, sin tocar suelo en ningún otro país diferente de España, como era lo deseable, haciéndolo a Bayona, en Galicia, cosa que ocurre el día 1 de marzo de 1493. Martín Alonso no solo será quién dé la noticia del éxito de la expedición (¡cuántas expediciones exitosas en la mar no han podido comunicar su éxito y hoy en día ni sabemos que triunfaron!), sino que se convierte así en el descubridor del tornaviaje América-Europa, y en el primero en completarlo. Para su desgracia, solo treinta días después, en su Palos natal y del que zarpara para escribir su nombre en la historia, entregaba la vida, gravemente enfermo.

Y nos hallamos aquí, nuevamente, ante uno de esos muchos descubrimientos españoles «eclipsados» por el gran descubri-

miento de todos, el de América. Y es que, como es bien conocido, en la mar los caminos de ida no son los de vuelta. Y uno puede ir a América, pero no volver para contarlo. No solo porque una mala tormenta le pille en el peor momento, sino porque no conozca los vientos que le devuelven a casa o las rutas en los que hay que pillarlos.

De casos está llena la historia. Primero, todos aquéllos de los que ni referencias nos quedan. Pero también otros cuya partida nos consta, pero no así su regreso. Ya hemos tenido ocasión de conocer el caso del desgraciado Giovanni Caboto, el marino italiano que en tiempos tan tempranos como 1499 quería encontrar ya para la Inglaterra de Enrique VII, el primer Tudor, el Paso del Norte que uniera Atlántico y Pacífico… y jamás volvió para contarlo.

Un tornaviaje particularmente complicado de descubrir será el que una las costas orientales asiáticas con las costas occidentales americanas, que conocerá hasta cinco intentos infructuosos, a los que tendremos ocasión de referirnos más adelante. Y como ellos, tantos.

Entretanto, Colón, al mando de la Niña, llegará el 17 de febrero a la isla portuguesa de Santa María, en las Azores, y el 4 de marzo se presenta en Lisboa. Es decir, justo lo que no tenía que hacer, informar antes al rey de Portugal que a los reyes españoles que le habían patrocinado el viaje. El día 15 Colón regresa al puerto de Palos del que zarpara, y un mes después es recibido en Barcelona por Isabel y Fernando.

¿Por qué actúa así Colón? ¿Simple falta de pericia para entrar por un puerto español, como habría sido lo propio y lo prudente? ¿Afán de refregar por las narices al rey de Portugal, que no había confiado en él, el éxito de su viaje? ¿Un intento de negociar con Portugal mejores condiciones que las recibidas de los reyes españoles? Nada que hable muy bien, en ningún caso, de

las cualidades humanas o profesionales del Almirante. En el archivo de la Nobleza de Toledo se puede encontrar la carta que envía el rey de Portugal a su homónimo español Fernando el Católico informándole de la presencia en sus reinos del Almirante y del éxito de su singladura.

4. EL REPARTO DEL MUNDO CON PORTUGAL: DE LAS BULAS PAPALES A TORDESILLAS

Puede que esa imprudencia de Colón, o no (pero el hecho es que el rey de Portugal se queda con dos pilotos del imprudente almirante «a modo» de rehenes), pero el caso es que Portugal, la otra potencia marítima del momento, reclama su parte en el botín. Considérese que, a estas alturas de la película, a nadie se le ocurre pensar en el descubrimiento de un nuevo continente, y que todos están convencidos de que Colón, adonde ha llegado, es a las costas orientales de Asia.

Él mismo en su diario identifica Cuba, que descubre el 28 de octubre, con Cipango… ¡y a fe que hasta su forma geográfica asimila!

> «Esta noche a medianoche levanté las anclas de la isla Isabela del cabo del Isleo, qu'es la parte del Norte, adonde yo estaba posado para ir a la isla de Cuba, adonde oí d'esta gente que era muy grande y de gran trato y avía en ella oro y especierías y naos grandes y mercaderes, y me amostró que el Güesudueste iría a ella; y yo así lo tengo, porque creo que, si es así por señas que me hizieron todos los indios d'estas islas y aquellos que llevo yo en los navíos, porque por lengua no los entiendo, es la isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas».

El primero en intervenir en el litigio es un personaje nacido español, y que no puede disimular sus simpatías proespañolas, lo que probablemente le vale buena parte de su leyenda negra, como hemos tenido ocasión de conocer algo más arriba. Hablamos de Rodrigo de Borja, Roderico di Borgia, Alejandro VI o simplemente «el papa Borgia» (y ello aún a pesar de que hubo otro papa Borgia, su tío Calixto III).

Alejandro VI va a emitir una serie de bulas, hasta cuatro, para ordenar la competencia de las dos potencias navales, España

y Portugal, en el reparto del mundo, prescindiendo de todas las demás potencias europeas del momento. Son la *Inter caetera I*, la *Inter caetera II*, la *Eximiae devotionis* y la *Dudum siquidem*, todas ellas de 1493, lo que revela la urgencia que da al caso. Según ellas, pertenecen a Castilla las tierras y mares al oeste del meridiano situado a cien leguas al oeste de Azores, y a Portugal lo que se quede a este lado de la línea.

Semejante reparto no afecta en nada a las expediciones que Portugal realiza hacia la India por la «ruta este» caboteando el continente africano, pero le deja fuera de todo reparto en América, no correspondiéndole más que un cacho de aguas atlánticas.

Se produce la protesta lusa y España, que viene amparada tanto por la situación de hecho (la que ha llegado a las tierras que ponen fin al Atlántico es ella), como por la situación de derecho (el Papa ha fallado a su favor), accede a la negociación con el vecino occidental, en un nuevo intento, como en Alcaçovas, de salvar ante todo el pacífico disfrute de los hallazgos.

Y así, en el famoso Tratado de Tordesillas del 7 de junio de 1494, negociado esta vez directamente por las dos potencias, sin injerencia papal y con la participación, por cierto, en la delegación española, del mismo Rodrigo Maldonado que es la única persona conocida junto con Hernando de Talavera que había participado en la Junta de Salamanca, la línea se traslada bien al oeste, a trescientas setenta leguas de Cabo Verde, permitiendo así que Portugal le dé un buen pellizco al nuevo continente y se quede con el Brasil.

Se ha especulado siempre sobre alguna información privilegiada del rey portugués que le llevaría a realizar una demanda tan insistente y supuestamente baldía que, en principio, no debería reportarle beneficio alguno —nadie puede sospechar todavía que en la parte sur del continente pueda haber un pedazo

de tierra tan enorme como el Brasil— aunque a la postre sí termine haciéndolo.

Hay, sin embargo, una buena explicación para la insistencia portuguesa que no necesita de complicadas tramas de espionaje ni de ningún tipo de información privilegiada, y no reclama otro requisito que el de analizar el exacto momento en el que la demanda se produce.

Lo cierto es que, a estas alturas de la partida, los portugueses no han llegado todavía ni a la India —cosa que habrá de esperar a la expedición de Vasco Da Gama en 1498, cuatro años más tarde—, ni menos aún a las islas de la especiería — cosa que habrá de esperar a la expedición de Fernando Serrao en 1512, dieciocho años más tarde—. Solo han llegado al sur de África. Se trataría entonces de un intento, a la desesperada, de participar en el «negocio asiático de las especias», sobre la base de que las tierras halladas por Colón son efectivamente Asia y de que, en consecuencia, las dimensiones del planeta son muy reducidas, y más parecidas a las que Colón había defendido en Salamanca que a las que le habían opuesto los sabios salmantinos.

CAPÍTULO 6
¿ES CORRECTO HABLAR DE «DESCUBRIMIENTO» DE AMÉRICA?

En un siglo extraño como el que nos toca vivir, preocupado de muchas tonterías entre las cuales transformar la finalidad del lenguaje para que las palabras dejen de tener significados concretos —unos agradables, otros menos, otros incluso desagradables—, para pasar a ser instrumentos asépticos que no molesten a nadie, una de las pequeñas batallas al respecto es la que se libra en torno a la denominación «Descubrimiento de América», a la que aún se ha de añadir, para la perfecta descripción del hecho, «por Colón y los navegantes y exploradores españoles».



¿Encuentro o descubrimiento?

1. EL DEBATE POLÍTICAMENTE CORRECTO

Evidentemente, si de lo que se trata es de no molestar a nadie, está claro que el término «Descubrimiento» molesta a algunos, y por lo tanto habría que cambiarlo. Aunque desde este punto de vista, ya les anticipo a Vds. que nadie va a ser capaz de encontrar término alguno que satisfaga a todos, pues no en balde somos ya casi ocho mil millones de seres humanos en el planeta. Como también les anticipo que, sin salir de este enfoque de la cuestión, el término que más consenso va a suscitar va a seguir siendo, precisamente, el de «Descubrimiento de América».

2. EL DESCUBRIMIENTO, REALIZADO POR LOS INDÍGENAS

Mucho más interesante me parece, sin embargo, el debate que se plantea en el campo del auténtico significado de las palabras, ese que tanto molesta hoy día a los que, precisamente a través de las palabras, quieren reescribir la historia y resquebrajar la sociedad.

Pues bien, desde tal punto de vista, el término «Descubrimiento de América por los navegantes españoles» es totalmente preciso, y más preciso que ninguno otro que hasta la fecha haya podido proponerse o utilizado. Algo que vamos a intentar demostrar en las siguientes líneas.

Se dice que los marinos españoles no pudieron descubrir América porque antes que ellos ya lo habían hecho los propios americanos.

Nada más torticero, engañoso y a la vez errado. La realidad es que los americanos no habían descubierto nada: los americanos vivían en América y basta, sin haber realizado ningún descubrimiento, no solo sin preguntarse cómo era el planeta en el que vivían o lo que había allende las aguas cuyas olas veían agitarse, sino sin ni siquiera conocer lo que había en su propio en-

torno más allá de lo que constituía su hábitat de supervivencia, ni menos aún las dimensiones y la forma del inmenso continente en el que su vida se desenvolvía. Algo en lo que los americanos, por cierto, no eran ni mejores ni peores que europeos o africanos, los cuales tampoco habían «descubierto» ni Europa ni África por el sólo hecho de «residir» en ellas.

A los efectos no está de más señalar que apenas dos civilizaciones americanas, incas y aztecas —puede que alguna más, pero muy pocas—, en todo el inmenso continente americano, habían trascendido el ámbito de lo estrictamente «provincial», y que el resto de los americanos vivían en pequeñas comunidades de autosupervivencia y de mero *autoconocimiento*, cuyo tamaño a duras penas excedía el de una tribu y poco más.

Con un ejemplo bien revelador, vivir rodeados de bacterias no permite a nadie ni afirmar que las hayamos descubierto «entre todos» porque las teníamos al lado y las padecíamos, y menos aún, desacreditar a su verdadero descubridor, el holandés Anton van Leeuwenhoek, que es quien un buen día, después de no poco trabajo y de mucho talento, nos dijo que existían, lo que eran y los sufrimientos que nos proporcionaban.

De parecida manera a como la bacteria de la rabia no la descubrió el niño francés Joseph Meister al que le mordió un perro rabioso y desarrolló la rabia, a pesar de llevarla encima por millones, sino el médico francés Louis Pasteur que la separó y gracias a ello pudo inventar una vacuna e inoculársela.

3. «DESCUBRIMIENTO» O «ENCUENTRO»

Los *buenistas del lenguaje* proponen como alternativa al del «descubrimiento» el término «encuentro», un «encuentro de culturas», un «encuentro de civilizaciones», un «encuentro de dos mundos». Y este es, efectivamente, el primero y más fehaciente de todos los resultados o consecuencias del «descubrimiento», por lo que en modo alguno puede presentarse el tér-

mino como «alternativa», si no, bien al contrario, como el perfecto compañero semántico: porque hubo un descubrimiento, pudo haber, a continuación, un encuentro.

Un encuentro que, en algunos contextos, puede ser el término más adecuado, y desde luego, amigable para referirse a lo que ocurrió, no digo que no. Personalmente, la palabra me encanta. Pero sería absurdo presentarla como la causa de lo acontecido y no como lo que realmente es, a saber, una consecuencia más, la más importante si quieren, pero una consecuencia al fin y a la postre. De parecida manera a como las bacterias y Anton van Leeuwenhoek, no «se encontraron», sino que el científico descubrió a aquéllas, por muy cerca que se hubieran hallado unas y otro desde el momento en que Leeuwenhoek nace, y antes que él, sus padres, y antes sus abuelos, y antes todos sus innumerables ancestros, y simultáneamente a él, todos sus vecinos y compañeros en el planeta tierra.

Dar al término «encuentro» el significado que *los buenistas del lenguaje* quieren darle para que en vez de complementar al «descubrimiento» pueda reemplazarlo, obligaría a que españoles y americanos hubieran acordado encontrarse en algún punto del planeta tierra, preferentemente en el equidistante del continente americano y el continente europeo en medio del Atlántico, con el objetivo de conocerse e intercambiar experiencias, cosa que a todas luces no es lo que ocurrió.

Por el contrario, lo que sí ocurrió es que fueron los españoles los que se lanzaron a la increíble aventura de averiguar qué es lo que había allende los mares hasta el destino que, sin ninguna duda, se conocía y se buscaba, las costas más orientales de Asia, para encontrarse, bien es verdad que gracias a la más hermosa de las casualidades, con que lo que había era algo más que pura agua, sino un ignoto y entero continente de dimensiones inimaginables, y en consecuencia, absolutamente inesperable.

Algo que, por cierto, abunda en la idea del «descubrimiento». Porque la forma y dimensiones de este continente eran completamente desconocidas hasta para el más versado de los indígenas americanos. Y fueron, una vez más los españoles (con importantes aportaciones de los portugueses), los que en un tiempo no excesivamente largo (menos de medio siglo), realizaban las exploraciones que permitían determinarlas con bastante precisión, aportando, por primera vez en la historia, una visión global del continente que, ni que decir tiene, ni siquiera tenían los que antes que los españoles lo habían habitado durante siglos.

4. DESCUBRIMIENTO, NO INVENCIÓN

En ese afán desmedido por desprestigiar el esfuerzo y talento que los navegantes españoles tuvieron que desplegar en el Descubrimiento de América, y poniendo la máquina de descontracturar argumentos al límite de sus posibilidades, se ha llegado al disparate total de afirmar que difícilmente se pudo «descubrir» lo que ya estaba ahí. Pero es que, en eso, precisamente en eso, consiste un descubrimiento, palabra que no significa otra cosa que retirar el velo que cubre algo, algo, por lo tanto, preexistente.

Confunden los que utilizan esta argumentación de un *descubrimiento* con una *invención*. El descubrimiento es el proceso que conduce a conocer la existencia, y en todo caso las expresiones, de algo que ya existe, aunque los seres humanos, en nuestras estrechas entendederas —al fin y al cabo, solo disponemos de cinco limitados sentidos— no lo conociéramos con anterioridad.

Consiste la invención, por el contrario, en realizar, a partir de cosas que ya existen por veladas que se nos presenten, aplicaciones que, sin la mano del hombre, de ninguna otra forma, o

con muy bajo índice de probabilidad, se habrían producido de manera espontánea en la naturaleza.

Con un ejemplo, *se descubre la electricidad, se inventa la bombilla eléctrica*. Y que yo sepa, nadie habla de la «invención de América», sino de su descubrimiento.

5. EL «EUROCENTRISMO» DEL TÉRMINO «DESCUBRIMIENTO»

Se tacha el vocablo «descubrimiento» de eurocentrista, un término en el que los aspectos a rebatir no son ya solo uno, sino dos.

El primero y menos importante por lo que al tema que aquí nos ocupa se refiere, es que hablar de «eurocentrismo» representa una verdadera injusticia para los únicos protagonistas del evento en cuestión, pues en el descubrimiento americano nada tuvieron que ver, por poner solo unos ejemplos, ni franceses, ni ingleses, ni suecos, ni ucranianos ni bosnioherzegovinos, por muy europeos que fueran.

Se trata de un proceso exclusivamente español, caracterizadamente español, en lo que tiene de descubrimiento global, aunque poco más tarde se incorporen a él los portugueses, y ya mucho más, siglos después en realidad y con distinto grado de protagonismo, ingleses, franceses u holandeses, para realizar otros descubrimientos de menor entidad, desde luego ninguno de la importancia de los iniciales: una especie de «pequeños descubrimientos» dentro del «Gran Descubrimiento».

Desde este punto de vista, háblese pues, en todo caso, de «hispanocentrismo», pero no, en modo alguno, de «eurocentrismo», tratándose como se trata, además, de una Europa que, por entonces, ni siquiera tenía conciencia de su «europeidad» —de alguna manera, también Europa estaba por descubrir—, algo para lo que aún se habrá de esperar al menos tres siglos.

Más importante es, sin embargo, el segundo aspecto de la

cuestión, el que utiliza el argumento del «eurocentrismo», para cuestionar el protagonismo de los que realizan el descubrimiento, que no son otros que, precisamente los europeos (así identificados, como decimos, los españoles).

Pues bien, el descubrimiento es de los marinos europeos (españoles, en realidad) y no de los indígenas americanos, por la sencilla razón de que partiendo de una situación de mutuo desconocimiento —ni los europeos conocen la existencia de América, ni los americanos conocen la existencia de Europa— los que inician un movimiento activo para poner punto final a dicha situación son los navegantes europeos (españoles para ser justos y precisos), limitándose los indígenas americanos a un comportamiento no solo pasivo, sino incluso involuntario y hasta, desde su punto de vista, absolutamente inconsciente.

Los navegantes españoles, por el contrario, sí iban a la búsqueda deliberada de algo, y aunque no exactamente lo que esperaban, sí que «algo» descubrieron. Al fin y al cabo, eso, la sorpresa, es lo que convierte al descubrimiento en descubrimiento. Nadie sabe lo que va a descubrir, porque si lo supiera, entonces no habría descubrimiento, y querría decir que lo por descubrir está ya descubierto. En todo descubrimiento existe algo de casual, algo de inesperado… algo de sorpresa. ¡Que se lo digan si no a Fleming!

En resumen: si en vez de haber sido los cascarones españoles los que, al límite de sus posibilidades —por cierto, conviene recordarlo en cuanto ello habla de la heroicidad y pericia de los marinos españoles—, llegan a América, hubieran sido los indígenas americanos los que hubieran llegado a Europa a bordo de sus canoas —hipótesis que nos planteamos desde un punto de vista meramente retórico, no porque algo así hubiera podido ocurrir nunca habida cuenta de la tecnología con la que contaban los indígenas americanos—, entonces tendríamos que estar

hablando con toda justicia del descubrimiento de Europa por los indígenas americanos.

Pero para desgracia de tantos cuya aspiración no es otra que la de cambiar el lenguaje y deconstruir la historia, eso no es lo que ocurrió, y por eso, de lo que tenemos que hablar hoy es del descubrimiento de América por personas procedentes de Europa (de España, para ser más precisos y enteramente justos), y no del de Europa por personas procedentes de América.

6. EL VERDADERO DESCUBRIMIENTO NO ES ESPAÑOL

Se dice también que de haber «descubrimiento», este hecho no correspondería a los marinos españoles, sino al noruego de nacimiento islandés Leif Erikson, que lo habría realizado hacia el año 1000 —cinco siglos, por lo tanto, antes que los españoles —, en que según parece, arribó a las costas de Terranova en Canadá

Se nos plantean aquí dos cuestiones. La primera, ¿es Erikson el único? La segunda: ¿Es lo que hizo Erikson un descubrimiento?

A las dos intentamos dar una respuesta.

6.1. ¿Es Erikson el único?

Más allá de la historicidad del periplo que le habría llevado a una Terranova a la que él habría llamado Vinland, que no es nuestra finalidad ahora poner en duda, lo primero que sobre el viaje de Erikson habría que decir es que no tiene por qué ser el único realizado por esas fechas, o por cualesquiera otras, anteriores al viaje descubridor de Colón y los navegantes españoles.

Muy posiblemente pescadores vascos, escoceses u otros tan noruegos como el propio Erikson, podrían también haber recalado en las costas terranovenses atraídos por sus excelentes caladeros de pesca, guardando celosamente el secreto para evitar

la competencia, un fenómeno tan de la época de los gremios y hermandades como es el medievo.

Por cierto, que puestos a hacer historia ficción, existe también una sugestiva hipótesis que hasta donde yo sé nadie ha planteado, como es la de un hipotético descubrimiento de las costas americanas pero no desde el oriente, sino desde el occidente: ¿algún pesquero japonés conocedor de las corrientes del Kuroshivo (otro descubrimiento español, por cierto, en este caso de ese atractivo personaje histórico que fue el fraile-navegante, Andrés de Urdaneta) que hacen posible la singladura desde Asia hasta América?

Una hipótesis que, por lo menos, contribuiría a dar una respuesta a determinadas afinidades raciales existentes entre las razas americanas y las del extremo oriente. Y cuya omisión, cuyo «no» planteamiento, me lleva, por cierto, a otra cuestión: ¿no nos hallamos, aquí sí, ante un verdadero caso de «eurocentrismo»?

6.2. ¿Es lo que hizo Erikson un descubrimiento?

Volviendo a la tesis del «Descubrimiento de Erikson», lo segundo que se ha de decir, aún más importante por lo que aquí nos ocupa, es que, como ocurre con los indígenas americanos que antes que Leif Erikson o cualquier otro ya se hallaban en América, el periplo del noruego-islandés no representa en modo alguno un «descubrimiento», sino una mera estancia, una mera presencia, sin ni siquiera autoconciencia de descubrimiento, sin consecuencias históricas, sin continuidad, sin logros ni producciones de ningún tipo, que, de hecho, solo adquiere alguna relevancia cuando tras el periplo descubridor de Colón y los marinos españoles, se buscan antecedentes del mismo, tanto para, desde un punto de vista bienintencionado, intentar entenderlo y ponerlo en el contexto histórico adecuado,

como para, sobre todo y desde un punto de vista malintencionado, intentar desprestigiarlo.

En pocas palabras: tras el supuesto periplo de Erikson, Europa continuó desconociendo la existencia de América, y América la de Europa. ¿Dónde está, pues, el descubrimiento?

7. ¿TIENE LUGAR EL «DESCUBRIMIENTO» VERDADERAMENTE EN 1492?

Sí me planteo, sin embargo, que el descubrimiento de América no es un proceso finiquitado el 12 de octubre de 1492, día en el que como se sabe, los españoles arriban a la primera isla americana, Guanahani, y estoy dispuesto a aceptar, e incluso a defender, que, como tal, el descubrimiento se alarga, por lo menos, doce años, los que van desde el 1492 hasta el 1504, años en los que los españoles —una vez más los españoles y solo los españoles— acuden atónitos a un espectáculo tan inesperable, tan insospechado, que ni capaces son de conceptuar, entender y menos aún, aceptar, el verdadero alcance que tiene… Hablo de los años en los que marinos, geógrafos e intelectuales españoles se debaten entre la idea de que, como se deseaba, se había llegado al extremo oriente asiático, o, por el contrario, «sólo» se han «descubierto» tierras, ni de cuya existencia ni de cuyas dimensiones tenían la menor noción ni aun los que las habitaban.

Un proceso, este de la incertidumbre, del que aunque no conocemos bien el exacto momento en que termina, sí sabemos, sin embargo, que se halla con toda seguridad finalizado para cuando en 1504 tiene lugar la nunca suficientemente ensalzada y comentada Junta de Toro, en la que Vicente Yáñez Pinzón, Américo Vespucio y el cardenal Rodríguez de Fonseca (y por cierto, no un Colón enfermo que declina la invitación a acudir) deciden ponerse a la búsqueda del paso que permita enlazar las aguas del Atlántico con las del océano que baña Asia al otro lado del continente descubierto… y eso, siempre que en medio,

no volviera a existir un continente nuevo, que espacio había para ello, cosa que, como hoy sabemos pero entonces no, no aconteció.

8. VERDADERO ALCANCE GEOGRÁFICO DEL DESCUBRIMIENTO

Sí estoy de acuerdo, sin embargo, en que el término «descubrimiento de América» tiene algo de injusto, pero no, como acostumbra a enunciarse, en detrimento de los indígenas americanos, sino bien al contrario, en perjuicio de los marinos y exploradores españoles, pues lo que estos a lo largo de todo el siglo XVI y parte del XVII descubren no es América, no, sino, con la incorporación al del continente del descubrimiento del Océano Pacífico, nada menos que… ¡¡¡la completa mitad del planeta!!! ¡¡¡toda una semiesfera terrestre!!! En otras palabras, cuanto queda entre el meridiano 28 oeste y el meridiano 105 este, o, en otras palabras, todavía, cuanto hay entre las islas Canarias y las islas Filipinas. Media Tierra, más de media Tierra en realidad, un 57% de la Tierra, y no solo un continente.

9. VERDADERA DIMENSIÓN ONTOLÓGICA DEL DESCUBRIMIENTO

Eso, por lo que al aspecto territorial de la cuestión se refiere. Que no es, desde luego, el único, porque el Descubrimiento, así, con mayúsculas, va mucho más allá y afecta a muchos otros campos del pensamiento y del saber, solo a modo de ejemplo los siguientes:

- Se ratifica que la tierra es redonda, algo que ya sabían los más excelsos sabios de la Antigüedad, aunque fuera todavía difícil de comprender para el vulgo ignorante y aun para algún «sabio despistado».

- Se «descubre» a cada civilización la existencia de la otra, la «otridad» en definitiva, si me permiten Vds. el *palabro*.

- Se «descubre» el camino hacia la interacción de todas ellas, hacia la creación de nuevas razas y hacia el comercio global.

- Se «descubren» nuevas rutas marinas y terrestres.

- No se descubren, pero sí se trazan, caminos inéditos, que superan ríos y montañas, y unen pueblos y personas que no tenían la menor idea de su mutua existencia.

- No se descubren, pero sí se levantan, cartografías inéditas y mapas nuevos.

- No se descubren, pero sí se crean, se fundan, nuevas ciudades y universidades nuevas.

Se descubren, en suma, las verdaderas dimensiones y circunstancias del planeta Tierra y con él el de la Humanidad…

Eso, todo eso, es lo que el Descubrimiento hizo posible, el «Descubrimiento de las tierras americanas por los navegantes y exploradores españoles». Las cosas como son, que hora va siendo ya de que llamemos a las cosas por su nombre y dejemos de inventar nombres para que les gusten a los ocho mil millones de habitantes del planeta (si ello fuera posible). A cada uno, pues, lo suyo. A los marinos y exploradores españoles de los siglos XV y XVI también.

10. CONCLUSIÓN

Se demuestra, una vez más, que todo aquello que —como es el término «descubrimiento» para describir lo acontecido con América a finales del siglo XIV gracias al esfuerzo y al talento de los navegantes españoles—, surge de una manera inocente, espontánea, natural, casi instintiva, acostumbra a ser correcto, mientras que aquello que nace de una interpretación retorcida, compleja, y desde luego, como ocurre en este caso, malintencionada y tortuosa, no.

Una cosa sí se ha de reconocer, sin embargo, desde un punto de vista positivo: tanta impostura y tanta falsificación, sin que-

rerlo y de manera indirecta, sí que contribuye, mediante el debate que generan y la necesaria aportación de argumentos a la que obligan, a poner las cosas en su sitio y a fijar los cimientos de las ideas que son correctas.

Así que, aunque solo sea por eso, gracias tanto a los *buenistas del lenguaje* como a los *deconstructores de la historia,* a los que con tanta frecuencia y con tanto afán, vemos trabajar juntos, bien cogiditos de la mano.



Mapa de Juan de la Cosa (1500). El Nuevo Mundo aparece en la parte
superior (en verde) y el Viejo Mundo en la parte central e inferior (en blanco). Museo Naval de Madrid.

CAPÍTULO 7
AMÉRICA NO ES ASIA

Y entramos ahora en una de las cuestiones clave de todo este asunto: ¿en qué momento se empieza a sospechar que las tierras descubiertas no son las islas de la especiería, ni cercanas, y que, en realidad, se acaba de descubrir un nuevo mundo, aún muy lejano de las ansiadas costas orientales asiáticas?

No es una pregunta que, hasta donde se me alcanza, tenga una respuesta muy clara y nítida, pero un análisis concienzudo de una serie de hechos puede ayudarnos a obtener una respuesta bastante aproximada del momento exacto.

1. EL MAPA DE JUAN DE LA COSA (1500)

El primer documento que se nos presenta para el estudio tal vez sea el mapa que realiza Juan de la Cosa, la pieza estrella del Museo Naval de Madrid, en cuya parte derecha nos encontramos un mapa del Viejo Mundo bastante preciso, el cual se corta en la Península Indostánica, y a la izquierda, en un verde llamativo, una superficie que remeda de alguna manera alguno de los perfiles orientales del continente americano cortado justamente donde el autor tendría que situar, o bien más tierra, o bien mar. A la vista del mapa, ¿sabía su autor que América era un continente o no lo sabía?

La primera respuesta invita a decir que no, que no lo sabía, y que lo cartografiado a la izquierda, en América, se corresponde exactamente con lo no cartografiado a la derecha, en Asia.

La segunda invita a lo contrario. El hecho de que el autor del mapa, que, por cierto, había acompañado a Colón y los Pinzones en sus dos primeros viajes, omita la representación de China y Japón y deje indeterminado el lado oeste de las tierras descubiertas es una manifestación bastante clara de que le queda la duda de lo que hay más allá de las tierras descubiertas, y de que prefiere no pronunciarse sobre su relación con el Extremo

Oriente hasta tanto no disponer de mejor información. Al fin y al cabo, para la época las dimensiones de la tierra son bien conocidas, gracias a los cálculos de Eratóstenes, en el s. III a. C., Al Fagranus en el s. VIII d. C. y otros, y son muchos los que tenían que estar temiéndose que las distancias que separaban a Europa de las tierras descubiertas no se correspondían con las que la debían separar de Asia.

2. EL *NOVUS MUNDUS* (1504)

Cuatro años después se publica una obra fundamental, la llamada *Novus Mundus*, de traducción evidente que no es preciso realizar. Se basa en una serie de cartas y documentos de dudosa autoría y veracidad que tienen por protagonista al marino italiano Américo Vespucio, el cual, efectivamente, había acompañado a Ojeda en el viaje que le lleva en 1499 a la América continental, en Venezuela, y conocía en persona a Colón. Una obra que, más allá de los errores que pudiera contener relativos al protagonismo del marino italiano en los hechos que le atribuye, habla con toda claridad, como se ve, de un nuevo mundo ya por el año 1504.

3. LA JUNTA DE NAVEGANTES DE TORO (1505) Y DE BURGOS (1508)

Por esas mismas fechas, el 4 de marzo de 1505, se produce una reunión crucial a los efectos que nos ocupan, cual es la llamada Junta de Navegantes de Toro, en la que nos encontramos a Vicente Yáñez Pinzón, uno de los descubridores, y una vez más, al omnipresente Américo Vespucio, departiendo los dos con el hombre fuerte del rey, Juan Rodríguez de Fonseca. Falta Cristóbal Colón, invitado también, que no puede acudir por razones relacionadas con su salud.

De la misma sale el encargo, no llevado a efecto, sin embargo, por la muerte del rey Felipe I (el Hermoso), de buscar el paso americano para llegar a la India, lo que representa la prueba

fehaciente de que para la época, las personas que tienen que saberlo saben ya perfectamente que América no es Asia, y que adonde Colón ha llegado ni es el Catay, ni es el Cipango, ni son las islas de la especiería.

La Junta de Toro tendrá continuidad en una nueva cumbre al más alto nivel, la llamada Junta de Navegantes de Burgos, en 1508, con los tres mismos grandes protagonistas de Toro, Juan Rodríguez de Fonseca, Vicente Yáñez Pinzón y Américo Vespucio —Colón ha muerto ya, en 1506— y otros dos nuevos, Juan de la Cosa y Pedro Díaz de Solís. En ella Américo Vespucio es nombrado «piloto mayor», máxima autoridad en lo concerniente a las navegaciones hacia el Nuevo Mundo.

4. ¿SUPO COLÓN EN ALGÚN MOMENTO QUE HABÍA DESCUBIERTO AMÉRICA?

La última vez que Cristóbal Colón pisa suelo americano es el día 11 de septiembre de 1504, en que zarpa de América, que ya no volverá a ver, para llegar a España el 7 de noviembre. Su muerte se va a producir el 20 de mayo de 1506, es decir, un año y medio después.

Tanto un evento como el otro se producen entre los dos grandes mapas de América, el de Juan de la Cosa de 1500, y el de Hans Waldsemüller de 1507, el primero indeterminado por lo que a la cuestión que aquí nos ocupa se refiere, la diferenciación entre Asia y América; el segundo muy claro, pues, aunque aún no se había descubierto el Pacífico, pinta el Nuevo Mundo de un tamaño muy reducido, pero rodeado de agua, es decir, con el Pacífico a su oeste.

Dicho todo lo cual, cabe realizarse la pregunta: ¿Y Colón? ¿Llega Colón a saber que las tierras que ha descubierto no forman parte de Asia y constituyen un nuevo continente?

Una cosa está clara: si Colón llega a saber que el Nuevo Mundo no es Asia, es algo que descubre después de volver de su

cuarto viaje, no antes, ni durante él, pues hallándose en América durante el curso de este, en el memorial que escribe desde Jamaica el 7 de julio de 1503, todavía hace estas alusiones clarísimas de las que no cabe concluir, sino que se halla en la certeza de encontrarse en las Indias:

> «También dicen que la mar boxa a Ciguare, y de allí a diez jornadas es el río de Gangues [el Ganges que corre por la India]».
>
> «Llegué a 13 de mayo en la provincia de Mago [el Mango de Marco Polo], que parte con aquella de Catayo [Catay, la China de Marco Polo], y de allí partí para la Española».
>
> «Dicen que en la tierra adentro hacia el Catayo [China] las ay [sábanas grandes de algodón] texidas de oro».
>
> «Los señores de aquellas tierras de la comarca de Beragna, cuando mueren, entierran el oro que tienen con el cuerpo; assí lo dicen. A Salomón llevaron de un camino 666 quintales de oro, allende lo que llevaron los mercaderes y marineros de allende lo que se pagó en Aravia. D'este oro fiço doçientas lanças y treçientos escudos y fizo el tabaldo que avía de estar arriba, pellas de oro y vasos muchos y muy grandes y ricos de piedras preciosas. Josepho en su crónica De Antiquitatibus [Las Antigüedades de Flavio Josefo, la crónica judía por antonomasia en la que incluso hay dos referencias a Jesús] lo escribe. En el Paralipomenon y en el Libro de los Reyes se cuenta d'esto. Josepho quiere que este oro se oviese en la Aurea. Si assi fuese, digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se contienen con estas de Beragna que como ya dije arriba, se alargan al poniente veinte jornadas».

Ahora bien, en el año y medio que pasa desde que el 7 de noviembre de 1504 arriba a España de su cuarto viaje, y el 20 de mayo de 1506 se muere, ¿llega a adquirir Colón conciencia de haber alcanzado un continente desconocido?

En ese año pasa un hecho crucial: Colón es invitado a participar en la Junta de Navegantes de Toro celebrada en marzo de 1505 en donde se expresa la certeza de que las tierras por él halladas son un Nuevo Mundo y no Asia. Un Nuevo Mundo que se impone atravesar, superar, para poder consumar el objetivo anhelado desde el principio, llegar a las islas de la especiería, alcanzar las costas orientales de Asia…

Pero Colón no acude: está gravemente enfermo y no se puede desplazar. Tan enfermo que, efectivamente, le queda apenas

un año de vida. Por lo que no podremos saber nunca qué habría dicho de haber acudido a la Junta con personajes de la talla de un Américo Vespucio, un Vicente Yáñez Pinzón (su compañero en el Descubrimiento, el capitán de la Niña), o el futuro descubridor del Río de la Plata, Juan Díaz de Solís.

El último documento relativo a Colón y por él firmado, justo un día antes de producirse su óbito, es su testamento, con la siguiente alusión:

> «El Rey é la Reina nuestros Señores, cuando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios nuestro Señor se las di, como cosa que era mía, puédolo decir, porque importuné á SS. AA. por ellas, las cuales eran ignotas é abscondido el camino *á* cuantos se fabló dellas, é para las ir *á* descubrir allende de poner el aviso y mi persona [...]».

Un documento del que apenas cabe concluir la clara identificación existente entre lo descubierto y el continente asiático, a lo que, no en balde, sigue llamando las Indias. Aunque en esta ocasión añada el Almirante una enigmática mención de «las ir a descubrir», de la que podría inferirse su confianza en haber descubierto algo que no se conocía, en suma, un nuevo continente.

Una cosa es cierta. Con motivo de las Cortes de Toro celebradas en 1504 para determinar cuánto había de proveerse con motivo de la recién acontecida muerte de la Reina Católica, se convoca en la misma ciudad zamorana una junta a la que, amén del hombre fuerte del momento, el cardenal Rodríguez de Fonseca, acuden los que se consideran los mejores conocedores del territorio, Vicente Yáñez Pinzón (su compañero en el Descubrimiento, el capitán de la Niña), el futuro descubridor del Río de la Plata Juan Díaz de Solís, y Américo Vespucio, navegante italiano, no menos enigmático que su supuesto compatriota Colón, que para ese entonces se ha hecho con el completo protagonismo de las expediciones a las Indias.

Una reunión *en la cumbre* a la que también está invitado el

Almirante, quien, sin embargo, excusa su participación por motivos de salud nada mentirosos, pues apenas un año después, exactamente el 20 de mayo de 1506, entrega la vida. Consta que padecía una enfermedad de larga duración, presumiblemente artritis o esa gota tan frecuente en la época, sobre todo en personas de un cierto nivel económico.

De la junta resultará la decisión —finalmente no llevada a cabo a causa de la muerte del rey Felipe I (el Hermoso)— de buscar el paso que permita superar las tierras descubiertas para continuar travesía hacia las tierras asiáticas de las especias, lo que indica que, para entonces, son muchos ya los que se encuentran en la certeza de que las tierras descubiertas forman parte de un continente nuevo al occidente de Europa, el cual se interpone en la travesía hacia Asia.

¿Se puede creer que semejante conocimiento fuera ajeno al conocimiento de quien había sido alma mater del fabuloso descubrimiento?

Lo normal sería sostener que no, pero los errores geográficos que el Almirante de la mar océana profesa en todo momento, a alguno de los cuales (las menores dimensiones del globo terráqueo) debe, de hecho, la fe que siempre demuestra en su empresa permite sostener que sí, que murió en la convicción de haber llegado a las Indias, a la China y al Japón, como cabe deducir de su correspondencia con los Reyes.

Cabe sospechar que, de haber acudido a la Junta de Toro, el propio Colón se habría pasado al partido de los «novomundistas», los convencidos de que aquello era un Nuevo Mundo, y que, no habiendo acudido, muriera muy posiblemente en el de los «veteromundistas», los convencidos de que se había llegado a Asia.

Queda lugar todavía para una tercera posibilidad, que se me antoja la más probable, en una persona con la compleja perso-

nalidad que le sospecho a Colón: la de que el Almirante, efectivamente, muriera en la sospecha de que lo descubierto no era Asia, sino un nuevo mundo, pero se resistiera a aceptarlo, incapaz de prever que aquello sería lo que verdaderamente habría de proporcionarle un lugar entre los más grandes personajes de la historia. ¿Y ello, por qué? ¿Por qué habría de sospechar el Almirante que había descubierto un nuevo mundo, pero negarse a aceptarlo? Pues bien, por concebirlo como un fracaso del proyecto que en todo momento había presentado y defendido, el de alcanzar las Indias navegando hacia occidente, algo para lo que incluso, había esforzadamente propuesto y vehementemente sostenido, unas dimensiones erradas de la Tierra.

5. EL *UNIVERSALIS COSMOGRAPHIA* (1507). O POR QUÉ AMÉRICA SE LLAMA AMÉRICA

Se habrá preguntado Vd. alguna vez de dónde proviene el nombre de América para el continente americano y cuál es la primera vez que es llamado así.

Pues bien, más allá de que el nombre se lo deba el continente al afortunado navegante italiano Américo Vespucio, lo cierto es que la primera vez que aparece denominado así es en la obra titulada *Universalis Cosmographia Secundum Ptholomei Traditionem et Americi Vespuci Aliorumque Lustrationes,* mejor conocida como *Universalis Cosmographia,* que debemos al cartógrafo lorenés Martin Waldseemüller, el cual la imprimió en Estrasburgo en el año 1507.

La obra viene acompañada de un opúsculo titulado *Cosmographiae Introductio,* compuesta de cincuenta y dos hojas, del que se hicieron al menos cuatro ediciones, en cuya primera parte, tras explicar la necesidad de revisar la *Geographia* de Ptolomeo, propone bautizar al nuevo continente con el nombre de *América,* para lo que aporta el siguiente argumento:

«Y no veo nada que nos impida llamarla, razonablemente, tierra de Américo,

por el nombre de su genial descubridor, o simplemente América, ya que también Europa y Asia han recibido su nombre de mujeres».

«¡Por el nombre de su genial descubridor!».

¡Válgame, Dios y la Virgen María! Así se escribe la historia.

En la segunda parte se aporta la descripción de los cuatro viajes de Américo Vespucio, de dudosa autoría.

En cuanto al planisferio propiamente dicho, es una obra de gran formato (1290 x 2320 mm), grabada en xilografía, en blanco y negro, e impreso en doce hojas separadas de 430 x 590 milímetros, con la intención de formar un mapamundi completo, elaborado en el Gymnasium Vosagense de Saint-Dié. Tiene forma cordiforme (de corazón), coronado por dos medallones: en el izquierdo, sobre el Viejo Mundo, Ptolomeo; y en el derecho, sobre América, Américo Vespucio.

En él, el nuevo continente aparece denominado «America», aunque encima de la denominación se lee «Castelle» (Castilla), y en la parte sur la expresión «Terra Vltra Incognita» (tierra más que desconocida). El continente aparece totalmente separado de Asia y rodeado de agua, algo que ningún mapa había hecho hasta la fecha, en un momento en el que, sin embargo, parece que muchas personas versadas, entre las cuales el propio Vespucio (pero no solo él, como hemos visto), apuntaban ya en esa dirección.

Como es natural, la representación de América solo goza de alguna verosimilitud en su parte oriental, la costa atlántica, ya que el Pacífico aún tardará en descubrirse seis años, los que pasan hasta que en 1513 lo haga el español Vasco Núñez de Balboa, y aún más en conocerse en toda su extensión y en cartografiarse. A los efectos, no se olvide que hasta 1521 Fernando Magallanes no descubre el paso acuático al mismo, en el Estrecho de Magallanes. La costa pacífica se representa con trazos rectilíneos y las dimensiones americanas son absolutamente erradas. América aparece dividida en dos continentes separa-

dos por un estrecho. Cuba, llamada «Isabella» (y no Juana, como la había bautizado Colón), se dibuja ya como isla, al igual que en el mapa de Juan de la Cosa.

Universalis Cosmographia secundum Ptholomei Traditionem et Americo Vespuci Aliorumque Lustrationes, del cartógrafo lorenés Hans Waldseemüller, al que América debe su desacertado nombre.

Del planisferio se harán un millar de ejemplares, fuente de muchos otros mapas, razón por la cual, el nombre de América obtendrá el éxito de todos conocido. Y ello aún a pesar de que solo un año después, en 1508, el propio Waldsemüller elaborará otro mapa que publicará en 1513, el llamado *Terre Nove,* dedicado exclusivamente a América, y en el que la llama «Terra Incognita», con una nota aclaratoria en la que afirma que «esta tierra y las islas adyacentes fueron descubiertas por el genovés Colón, por mandato del rey de Castilla», y en la que ya no habla de Vespucio, sino que, con mayor criterio, atribuye su descubrimiento a «Colón el genovés por mandato del rey de Castilla». Curiosamente, como si quisiera expiar el pecado cometido en el plano anterior de publicar información aún no contrastada, tampoco aparece el Pacífico, y la tierra americana aparece cortada como en el mapa de Juan de la Cosa.

Del mapa de Waldsemüller primero en representar el Pacífico y culpable de que América se llame así en honor a Américo Vespucio, apenas existe hoy un ejemplar original, no hallado hasta 1901, cosa que acontece en el castillo de Wolfegg, en Alta Suabia, el cual había pertenecido a Johann Schöner, astrónomo y fabricante de globos terrestres de Núremberg en el siglo XVI, y fue adquirido en 2001 por la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

6. LA CONFIRMACIÓN INAPELABLE. NÚÑEZ DE BALBOA DESCUBRE EL PACÍFICO (1513)

El increíble descubrimiento en 1513 del océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa en las costas de lo que hoy día es Panamá, confirmará a ciencia cierta lo que desde 1500 es una sospecha y desde 1504 una certeza, a saber, que más allá de las tierras descubiertas desde 1492 hay un mar, y que las mismas, por lo tanto, no forman parte del continente asiático, sino de un continente diferente. Cuando en 1521 Magallanes descubre el paso del sur y el estrecho que llevará su nombre, su desconocimiento no se refiere en absoluto al océano en el que se dispone a entrar, sino solo al paso acuático que permite acceder a él.

Por cierto, que Balboa lo va a llamar Mar del Sur, a pesar de ser en puridad el Mar del Oeste, porque en el lugar en el que él lo ve, el istmo de Panamá, el mar se le presenta al sur. De hecho, el mar al otro lado del istmo, en el océano Atlántico, es conocido como Mar del Norte.

Vasco Núñez de Balboa nace en Jerez de los Caballeros en 1475, hijo, según se cree, de un hidalgo, Nuño Arias de Balboa, y de una mujer de La Antigua o de una dama de Extremadura.

No es mucho lo que se sabe de su infancia. Tras servir como paje de Pedro de Portocarrero, señor de Moguer, en 1500, con veinticinco años, emprende viaje a América, en la expedición de Rodrigo de Bastidas. Pasa nueve años en la isla de La Espa-

ñola, pero huyendo de sus acreedores, se embarca en 1509, como polizón, en la expedición del alcalde de Nueva Andalucía, Martín Fernández de Enciso. Una vez en tierra firme, participa en el sometimiento del cacique Cémaco, y en la fundación de Santa María la Antigua de Darién, en el norte de Colombia, primera ciudad española en la América continental, de la que acabará siendo alcalde, como también gobernador de Veragua.

A partir de ese momento, Núñez de Balboa cultiva su faceta de explorador recorriendo todo el istmo panameño, sometiendo tribus indígenas y aplacando revueltas entre españoles. Uno de sus logros será la plantación del maíz en estas latitudes del continente americano.

En 1513, consigue la evangelización de uno de los grandes caciques de la zona, Careta. Enterado del mucho oro existente al otro lado del istmo, que riega un fabuloso mar que aún no han visto ojos europeos, se dirige a la prometedora tierra. Al llegar ante una montaña, e informado por los indios de que en su cima podrá ver el mar que conduce al otro lado del mundo, Balboa realiza sin ninguna compañía el último tramo del camino.

El formidable descubrimiento confirma lo que ha ya tiempo se conocía, a saber, que el descubrimiento de Colón y los Pinzones era un continente ignoto, y no el Cipango ni las Indias, de los que aún separa todo un segundo océano. Núñez de Balboa, armado de un estandarte de la Virgen y bañándose en el mar al que llama Mar del Sur, toma posesión de él para la corona castellana. Todo lo cual ocurre un venturoso 25 de septiembre de 1513. Probablemente nadie relate la emoción del momento como lo hace ese gran escritor austríaco que fue Stefan Zweig en sus *Momentos estelares de la historia*.

Tras descubrir el Archipiélago de las Perlas, llamado así no por casualidad, Balboa vuelve por nuevos caminos a Santa Ma-

ría la Antigua, desde donde envía a Pedro de Arbolancha a España para dar cuenta al rey del fabuloso descubrimiento, y enviarle el quinto de todas las riquezas que le corresponde. Y, sin embargo, envenenado por uno de los muchos enemigos de Balboa, el rey nombra gobernador de la nueva provincia, llamada ahora Castilla de Oro, a Pedrarias Dávila. El leal Balboa acepta el nombramiento y hasta pide permiso a Pedrarias para una nueva exploración que le lleva al Dabaibe, cuando llega por fin el reconocimiento del explorador, nombrado Adelantado del Mar del Sur y Gobernador de Panamá y Coiba.

Aún iniciará una nueva campaña que le llevará a la que bautizará como Puerto Piñas, y en la que recabará noticias de un fabuloso imperio al sur del istmo, que no es otro que el imperio incaico del Perú, el cual planea conquistar. Pero de vuelta a casa se encuentra con la expedición que manda «un tal» Francisco Pizarro —¿les suena?—, sin otra misión que la de detenerle por orden de Pedrarias. Una detención de la que resulta un juicio, y un juicio del que resulta una sentencia, ejecutada a espada el 15 de enero de 1519.

Vasco Núñez de Balboa, autor de uno de los grandes descubrimientos de la historia, el océano más grande de la Tierra no cuenta ni con cuarenta y cuatro años. Condenado por «traidor y usurpador de los territorios de la Corona», al oír la sentencia no puede contenerse y exclama: «Mentira, mentira; nunca halló cabida en mí semejante crimen; he servido al Rey como leal, sin pensar sino en acrecentar sus dominios».

Como si de una oscura obra de teatro se tratara, su enemigo Pedrarias observará, oculto tras un tablado, la ejecución.



Vicente Yáñez Pinzón. Museo Naval de Madrid. [Dorieo, Wikimedia Commons]

CAPÍTULO 8
LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Descubierta pues América en sus estribaciones insulares, Cuba, La Española, descubierto también que, por suerte o por desgracia, lo descubierto no es ni la China, ni el Japón, ni las islas especieras que con tanto ahínco se buscaban, sino un mundo completamente nuevo y hasta la fecha desconocido, la exploración y la conquista de ese Nuevo Mundo entra en una nueva fase: la de los grandes descubrimientos continentales, tantos como se quieran, de los que vamos a reparar en algunos de los más relevantes.

1. COLÓN Y LUEGO OJEDA DESCUBREN EL CONTINENTE EN VENEZUELA (1499)

El continente americano se descubre el 1 de agosto de 1498, durante el tercer viaje de Cristóbal Colón, en el que, tras una minuciosa exploración de la isla de Trinidad, llega a la desembocadura del río Orinoco, en la actual Venezuela continental. Lugar donde, por cierto, nuestro fantasioso Colón cree estar en ciernes de descubrir el Paraíso Terrenal, como así explica a sus Católicas Majestades en su *Relación del tercer viaje*:

> «Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porqu'es sitio es conforme a la opinión d'estos sanctos e sacros theólogos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí con tanta cantidad de agua dulçe fuese así adentro e vezina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavíssima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, pareçe aun mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de rio tan grande y tan fondo».

Semejante relato cargado de hipérboles (Colón no se priva de mencionar el mucho oro y las muchas perlas, tan del agrado de la reina, que ha visto en la región) no genera en los reyes sino algo de desconfianza, razón por la que estos capitulan con Alonso de Ojeda, que ya había acompañado a Colón en su segundo viaje, una nueva visita a la zona. La expedición zarpa el

18 de mayo de 1499, y es el primero de los llamados «viajes menores» o «viajes andaluces» al Nuevo Mundo.

Ojeda llega a la boca de los ríos Esequibo y Orinoco, al golfo de Paria, las islas de Trinidad y Margarita, la península de Paraguaná, la isla Curaçao, el lago de Maracaibo, al que llamó San Bartolomé por la festividad del día, el cabo de la Vela, y a la península de la Guajira, a la que llamó Coquibacoa.

Es Ojeda el que denominará al lugar Venezuela, esto es, pequeña Venecia, debido a las casas que vio construidas con troncos sobre el agua que, indudablemente, le debieron parecer semejantes a Venecia. Visto el parecido entre las chozas de madera venezolanas y los palacios de mármol venecianos, cabe preguntarse si Ojeda había estado alguna vez en la majestuosa ciudad del Adriático.

2. VICENTE YÁÑEZ PINZÓN DESCUBRE BRASIL (1500)

Otro de esos logros que la historiografía le hurta a España, para otorgárselo, en este caso, a Portugal, que de buen grado lo acepta, como es lo natural. Pues el verdadero descubridor del Brasil no es el portugués Pedro Albares, como acostumbra a decirse, sino el español, el gran marino español, uno de los más grandes de la historia, Vicente Yáñez Pinzón, en cuya figura, preterida por la historiografía, nos detendremos unos instantes.

Vicente Yáñez Pinzón nace en Palos de la Frontera (Huelva) hacia el año 1462, el más joven de los hermanos Pinzón en una familia no noble, pero sí acaudalada. Desde muy niño aprende de su hermano mayor, Martín Alonso, como él uno de los mayores marinos de la época, el arte de navegar. Las primeras noticias sobre Vicente lo sitúan en unos asaltos a naves catalanas y aragonesas que realiza con solo quince años. Casa con Teresa Rodríguez, de quien tiene dos hijas.

Con treinta años, Vicente se une a su hermano Martín Alon-

so en el apoyo a la expedición de Cristóbal Colón. A Vicente Yáñez corresponderá el mando de la Niña, la embarcación que realiza el viaje más ágil y veloz, quizás por sus propias características, pero también, y no menos, por la pericia de su comandante, que realiza intervenciones fundamentales durante el periplo, como cuando es él quien sofoca las protestas de los marinos de la nao Santa María que gobernaba el Almirante.

En 1495, a la vuelta de América, lo encontramos preparando dos carabelas, la «Vicente Yáñez» y «la Fraila», en la armada que Alonso de Aguilar, hermano del Gran Capitán, dirige a Italia y recorre las costas de Argel y Túnez.

Y el 19 de noviembre de 1499, le vemos partir, una vez más de Palos, ahora con cuatro carabelas costeadas a sus expensas, rumbo a América. Para situar la expedición en su adecuado contexto, baste decir que ocurre entre el tercero y el cuarto viaje de Colón.

Según la obra *Las Décadas del Nuevo Mundo,* del milanés Pedro Mártir de Anglería a partir de testigos, pasadas las Canarias y las islas de Cabo Verde, Vicente Yáñez toma rumbo sudoeste hasta perder de vista la Estrella Polar y cruza el ecuador, adentrándose en el hemisferio sur, siendo, según hace constar Herrera, «el primer súbdito de la Corona de Castilla y de León [vale decir del mundo] que la atravesó [la línea equinoccial]». Un nuevo logro más de los grandes descubridores españoles del momento.

No es la única hazaña del marino de Palos, pues según indica Bartolomé de las Casas el «26 de enero [del año 1500] vieron tierra bien lejos; ésta fue el cabo que agora se llama de Sant Agustín [junto a Recife], y los portugueses la Tierra del Brasil: púsole Vicente Yáñez entonces por nombre cabo de Consolación».

Lo que convierte a Vicente Yáñez en el verdadero descubri-

dor del Brasil, adelantándose en tres meses al portugués Alvares del Cabral, que no llega sino en abril. Título que se ve refrendado por muchos de los documentos existentes de la época, de los que entresacamos dos: el del autor del primer mapa americano, Juan de la Cosa:

> «Este cavo se descubrió en año de mil y CCCCXCIX por Castilla syendo descobridor vicentiañes».

Donde incluso habla de 1499 y no de 1500.

Y el del propio Vicente Yáñez, ahora en los juicios colombinos, el 21 de marzo de 1513:

> «Este testigo es el mismo Vicente Yáñez Pinzón e sabe e es verdad que descubrió desde el cabo de Consolación, ques en la parte de Portugal e agora se llama de Sant Agustín, e que descubrió toda la costa de luengo corriendo al occidente la quarta del norueste que ansí corre la tierra e que descubrió e halló la mar dulce que sale quarenta leguas en la mar e laguna dulce e ansímismo descubrió esta provincia que se llama Paricura e corrió la costa de luengo fasta la boca del Drago».

Cabe también a Vicente el título de descubridor y primer explorador del río Amazonas, como señala el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que lo nombra «el primero cristiano y español que dio noticia deste grand río».

Anglería sigue informando sobre el viaje de Pinzón, su llegada al Orinoco, desde donde continúa hasta Paria, navega entre varias islas pobladas de caníbales, descubre la Isla de Mayo, halla enormes árboles y hasta un asombroso animal marsupial.

De vuelta a España, los Reyes Católicos firman con él una capitulación en la que le nombran Capitán y Gobernador de «la dicha punta de Santa María de la Consolación y seguyendo la costa fasta Rostro Fermoso, e de allí toda la costa que se corre al Norueste hasta el dicho río que vos possisteis nonbre Santa María de la Mar Dulce, con las yslas questán a la boca del dicho río, que se nonbra Mariatanbalo». Y es objeto de controversia si, en ejecución del importante cargo recibido, volvió o no a las costas brasileñas. Sí consta en cambio su presencia con posterioridad en América como Capitán General y Gobernador de

Puerto Rico, la isla descubierta por su hermano Martín Alonso durante el primer viaje de 1492.

De vuelta en España, Vicente participa en la importantísima Juan de Toro, a la que ya nos hemos referido, y casa por segunda vez, ahora con Ana Núñez de Trujillo, estableciéndose en Triana, en Sevilla.

En 1508 le vemos realizar un último viaje en el que recorre las costas de Darién, Veragua y Paria, en las actuales Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela, buscando el paso hacia Asia sin encontrarlo. Ni imaginar podía lo lejos que aún quedaba (siete mil kilómetros al sur) y lo cerca que estaba, sin embargo, del lugar más estrecho del continente, en el que un día la mano del hombre habría de crear un nuevo paso para unir los dos gigantescos mares. Vicente se adentra también en el golfo de Méjico, y realiza los que cabe considerar primeros contactos con la civilización azteca.

En 1514 se le ordena acompañar a Pedrarias Dávila al Darién, pero Vicente Yáñez se encuentra ya enfermo, tanto que, según su amigo, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, morirá ese mismo año, sin que se conozca, como hemos dicho arriba, ni la fecha, ni el lugar en que es enterrado. No tiene más de cincuenta y dos años.

3. JUAN PONCE DE LEÓN DESCUBRE NORTEAMÉRICA (1513)

El 2 de abril de 1513, mientras en la península España acaba de completar su unidad el 18 de febrero, mes y medio antes, tras la conquista e incorporación de Navarra al naciente reino español que componen ya los reinos de Castilla, Aragón y Granada y con el juramento que Fernando el Católico hace de sus fueros ante las Cortes reunidas para la ocasión, el conquistador español Juan Ponce de León pone pie en una tierra a la que dará el nombre de «Florida» por haber llegado a ella en un día de

Pascua Florida, esto es, Domingo de Resurrección. Él no lo sabe, pero acaba de descubrir los Estados Unidos de Norteamérica, la que será la gran potencia del mundo durante buena parte siglo XX.

Juan Ponce de León nace en 1460, se cree que el 8 de abril, en Santervás de Campos, provincia de Valladolid, en una familia de alta alcurnia que tenía entre sus ancestros a la infanta Aldonza, hija ilegítima del rey Alfonso IX de León, de donde la inclusión del *leonino* toponímico en el apellido. Se educa en Sevilla, en la casa de su pariente Ramiro Núñez; será paje del infante Fernando, el futuro Rey Católico; y combatirá en la conquista de Granada junto a su tío Rodrigo.

El momento en el que Juan llega al Nuevo Mundo es incierto. Pudo haberlo hecho en el segundo viaje de Colón, en 1493, o con Nicolás de Ovando en 1502. Como quiera que sea, se establece en la isla de La Española, y allí participa en la campaña contra los indios taínos en la parte oriental de la isla, acción por la que es recompensado con el cargo de primer gobernador de la recién creada provincia de Higüey.

En Higüey, levanta una villa a la que llama Salva León, y se trae a su esposa, una indígena de Santo Domingo bautizada como Leonor, y a los hijos que de ella tiene, Juana, Isabel, María y Luis, en lo que es, por cierto, un temprano caso de ese fenómeno que va a impregnar de lleno la colonización española de América: el mestizaje. Un mestizaje particularmente reseñable cuando, como en el caso de Ponce de León, estamos hablando de una persona de alta condición, donde la cuestión del matrimonio es aún más delicada.

A oídos de Juan llegan las riquezas existentes en Borinquén, llamada luego por los españoles isla de San Juan Bautista, la actual Puerto Rico, así que, obtenido el permiso para explorarla, parte hacia ella el 12 de agosto de 1508. Bien recibido por el ca-

cique Agüeybaná, controla la isla sin dificultad y es nombrado gobernador. En 1509, funda el primer asentamiento, Cáparra, la actual San Juan, su capital, a la que vuelve a traer a su familia.

Ponce de León gobierna la isla dos años hasta que, en 1511, Diego Colón, el hijo del Almirante, hace valer sus supuestos derechos sobre ella y lo reemplaza. Nuestro conquistador todavía dirigirá exitosamente la campaña contra Agüeybaná II, que tras suceder a su tío se levanta contra los españoles.

Terminada la campaña, Juan obtiene del rey Fernando títulos para explorar las tierras que puedan existir al norte de Cuba, concretamente un enigmático emplazamiento llamado Biminí, y abandona San Juan. Acompañado por Juan Bono de Quejo y Antonio de Alaminos, que había participado en el viaje descubridor en 1492, navega con tres naves por las islas Bahamas y llega a la isla de San Salvador, que había descubierto el Almirante.

El 2 de abril de 1513, mientras hacia el sur, concretamente en el actual Panamá, otro explorador español, Vasco Núñez de Balboa, está a punto de descubrir nada menos que el océano más grande de la tierra, el Pacífico, Ponce de León pone el pie en una tierra a la que dará el precioso nombre de «Florida», o bien por la espesa vegetación que habría contemplado, o lo que es mucho más probable dado el espíritu que animaba a los forjadores españoles, por haber llegado a ella en un día de Pascua Florida, pues el día en cuestión era Domingo de Resurrección.

El desembarco se produce en un punto aún en disputa, que pudo ser o la playa de Ponte Vedra, cerca de Jacksonville y de San Agustín, o la playa de Melbourne, no muy lejos de ese Cabo Cañaveral, doscientos kilómetros más al sur, desde el que, quizás no por casualidad, despegarán tantas expediciones a otra gran conquista del genio humano: nada menos que la del espacio.

Para poner las cosas en su adecuado contexto y fijar claramente la importancia que los Estados Unidos tienen entre los descubrimientos españoles, baste decir que aún faltan ocho años para la completa conquista de Méjico, diecinueve para la del Perú, o 263 para la fundación del Virreinato del Río de la Plata, en 1776, —es decir, justo al mismo tiempo de que los colonos británicos de las Trece Colonias estén declarando su independencia de la Corona inglesa—, último de los cuatro virreinatos españoles en América, con lo que la Florida estadounidense será uno de los territorios americanos que más tiempo permanezca vinculado a la Corona española.

Ponce de León continúa su navegación todo hacia el sur, notando una corriente que a pesar de tener el viento a favor no le permite avanzar: acaba de hacer un nuevo descubrimiento, tampoco menor, la importantísima Corriente del Golfo que recorre el Caribe hacia el Atlántico. Y con ella, una rápida ruta marítima de vuelta a Europa desde América. Al llegar al extremo de la península, remonta la costa occidental hasta el Cabo Romano, inconsciente de estar pisando suelo continental y en la creencia de que explora una isla.

En 1514 vuelve a España para obtener nuevos títulos que le permitan explorar el Caribe, y una vez en posesión de ellos, realiza una expedición en 1515 a Guadalupe, y otra en 1521 a Florida, que para entonces ha recibido ya la visita de muchos otros exploradores españoles: así Hernández de Córdoba, Antón de Alaminos, Juan de Grijalva, Camargo o Álvarez de Pineda.

Aunque según apuntan los cronistas contemporáneos de los hechos Hernando de Escalante Fontaneda, autor de la *Memoria de las cosas y costa y indios de la Florida* (1575), y Antonio de Herrera y Tordesillas, autor de las *Décadas* (h. 1600), busca la fuente de la eterna juventud, lo cierto es que Ponce de León planea una expedición de abierta colonización, con dos barcos y dos-

cientos hombres, entre los cuales sacerdotes, agricultores y artesanos, amén de caballos y otros animales domésticos.

Recorre esta vez la costa suroeste, estableciéndose en Bahía Espero, hasta que atacado por los indios calusa, es herido por una flecha posiblemente envenenada. Vuelve a La Habana, donde poco después, morirá algún día del mes de julio de 1521. Tiene sesenta y un años, edad no pequeña para la época y los peligros a los que en todo momento ha expuesto su vida.

Florida será española desde 1513 hasta que en 1819 sea vendida a los Estados Unidos de Norteamérica, con la excepción de un breve período de tiempo de dieciocho años entre 1763 y 1781 en que, como resultado del Tratado de París que pone punto final a la Guerra de los Siete Años entre Inglaterra de un lado, y Francia y España de otro, España tiene que cederla provisionalmente a los ingleses.

Todo lo cual da un resultado de 288 años de españolidad, los cuales todavía no ha cumplido Florida como parte de los Estados Unidos de Norteamérica, dentro de los cuales apenas lleva integrada 202 años. Por lo que, hasta hoy en día, Florida ha sido un 43% más tiempo español que norteamericana.

4. HERNÁN CORTÉS CONQUISTA MÉJICO (1519)

Las expediciones a Méjico empiezan muy pronto, y entre ellas nos encontramos la de Francisco Hernández de Córdoba en 1517, o la de Juan de Grijalva un año más tarde. Pero al sur del territorio se encuentra uno de los imperios más grandes y organizados, y al mismo tiempo más crueles, de los que España se va a encontrar en el Nuevo Mundo: es el imperio mexica o azteca, que de las dos maneras puede ser llamado.

La misión de la conquista y sometimiento de ese imperio, en el que reina el Emperador Moctezuma, la va a confiar la Historia a uno de los grandes protagonistas de la gran aventura española en América, Hernán Cortés.

Nacido en 1485 en la ciudad extremeña de Medellín, Hernán Cortés es el único hijo del hidalgo extremeño Martín Cortés y de su esposa Catalina Pizarro, por la que, por cierto, emparenta con el otro gran conquistador americano, al que nos referiremos poco más adelante, Francisco Pizarro.

Tras estudiar leyes en Salamanca durante un par de años y constatar que aquello no es lo suyo, abandona la ciudad, y en 1504, con apenas diecinueve años, lo vemos embarcado para América.

A lo largo de su vida casará dos veces, la primera con Catalina Suárez, que muere en extrañas circunstancias sin darle hijos tras cinco años de matrimonio; la segunda con Juana Ramírez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar. De ella y de otras cinco mujeres tendrá Cortés hasta once hijos, entre los cuales dos muy singulares: Martín Cortés Malintzin, nacido de su relación con la Malinche o Doña Marina, la traductora náhuatl y maya de Cortés con la que conquista Méjico; y Leonor Cortés y Moctezuma, con Isabel de Moctezuma, hija nada menos que del *Tlatoani*, Moctezuma II, el emperador de los aztecas.

Llegado a América en el momento en el que ya se empieza a tener la certeza de que no es Asia, sino que constituye verdaderamente un Nuevo Mundo, Hernán se pone inmediatamente a la faena. En isla de La Española se enrola en una campaña contra los caciques haitianos, y algo más tarde, en 1511, participa en la conquista de Cuba.

Nombrado alcalde de Santiago de Cuba, en 1518 el gobernador Velázquez le otorga el mando de una expedición al Yucatán, y Cortés, temeroso de que le retire la confianza por las muchas conspiraciones que en torno al gobernador se producían, sale precipitadamente del puerto de Santiago de Cuba con un ejército ciertamente importante, constituido de once naves, ca-

si mil hombres que incluían unos doscientos indios y negros, una treintena de caballos y hasta cañones.

Cortés se dispone a acometer la gran campaña de su vida, la conquista del más grande imperio que hasta la fecha han conocido los españoles en el nuevo continente, el Imperio Azteca, unos siete millones de personas sobre un territorio de trescientos mil kilómetros cuadrados.

Tras varias importantes victorias como Centla o Cholula, consigue entrar en la capital mexica, Tenochtitlán, de la que tendrá que salir humillado cuando los aztecas matan de una pedrada a su propio rey Moctezuma, al que consideran un traidor por la cordial acogida que ofrece a los españoles: es la conocida como Noche Triste.

Una figura singular descolla en la conquista de Méjico, figura que no es otra que la de la india náhuatl Malinalli Tenepal, que le es regalada a Cortés como esclava por los indios de Tabasco tras la batalla de Centla.

Hija, según el cronista contemporáneo de los hechos Bernal Díaz del Castillo, del cacique de Copainalá, y vendida por su madre a unos mercaderes, servirá a Cortés de leal y sagaz asesora, así como de intérprete tanto de la lengua maya como de la lengua náhuatl. Será conocida como la Malinche, nombre que también se aplica a veces al propio Cortés, y también como Marina, nombre cristiano que adopta al bautizarse, de donde el nombre de doña Marina que le ganará su extraordinaria personalidad.

Su figura produce en la historiografía mejicana un sentimiento muy variado, que la lleva a ser considerada como la protectora de tantos indios mejicanos que sufrieron bajo la tiranía azteca, en un rol que incluso la asimila, de alguna manera, a la Virgen María, como traidora, como víctima, etc., etc. Lo

cierto es que hoy el término «malinche» es en Méjico un insulto traducible como «traidor» o «entreguista».

El nuevo emperador, Cuitláhuac derrota a Cortés, pero muerto Cuitláhuac por enfermedad, y merced a la alianza que Cortés traba con pueblos locales como tlaxcaltecas, texcocanos o totonecas, consigue derrotar a su sucesor Cuauhtémoc y recuperar Tenochtitlán, la actual Méjico, desde donde se acometerá la conquista del sur centroamericano, el territorio de las actuales Guatemala, Honduras, Salvador, etc.

Tremendamente enriquecido tras la campaña mejicana, incluso ennoblecido por el rey Carlos que lo hace marqués del Valle de Oaxaca, Cortés montará de su peculio hasta cuatro expediciones por el Pacífico, la tercera dirigida por él mismo en persona, ninguna de las cuales resultó en gran éxito.

Méjico es, de todos los países continentales hispanoamericanos, el que mayor tiempo ha tenido de convivencia con los españoles. Una convivencia que comienza tan pronto como 1517, con las primeras expediciones españolas de Francisco Hernández de Córdoba ese mismo año o Juan de Grijalva un año después, y se consuma con la derrota del más grande imperio de la zona, el de los aztecas o mexicas, en el sur del territorio, en 1522. Tres completos y redondos siglos de convivencia se habrán completado cuando en 1821, el Plan de Iguala dicte la independencia del nuevo país. Frente a los dos que este mismo año cumplirá de independencia.

En pocas palabras, hoy en día, Méjico ha sido trescientos años español y doscientos independiente, un 50% más de tiempo española que independiente.

5. FRANCISCO PIZARRO CONQUISTA PERÚ (1532)

El Tahuantinsuyo (en quechua «las cuatro grandes regiones») o Imperio Inca constituye el más fabuloso imperio que los españoles se encuentran en América, formado desde 1438

por el Inca Pachacútec, con una superficie ocho veces la del Imperio Azteca, dos millones y medio de kilómetros cuadrados, en territorios que hoy se reparten Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, sobre la costa pacífica, y una población de unos diez millones de personas, unos tres millones más que el Imperio Azteca.

Su conquistador es el que probablemente sea el más grande general de la historia, protagonista de una campaña que no tiene nada que envidiar a las de Alejandro Magno, Julio César, Gengis Can, el Gran Capitán (a cuyas órdenes sirviera), el Duque de Alba, Napoleón, o su propio primo Hernán Cortés, conquistador de Méjico. Estamos hablando de Francisco Pizarro.

Francisco Pizarro nace en Trujillo un 16 de marzo de 1478, hijo natural del hidalgo Gonzalo Pizarro Rodríguez de Aguilar, que participa en las guerras de Italia al mando del Gran Capitán, y de Francisca González y Mateos, doncella de la tía de Gonzalo, Beatriz Pizarro.

Con veinte años se alista en los tercios españoles que luchan en Nápoles contra los franceses. De ahí pasa a Sevilla y de Sevilla a América, adonde llega en 1502.

Una vez en el Nuevo Mundo, participa en la exploración de América Central con Alonso de Ojeda, quien, tras fundar San Sebastián de Urabá, deja la ciudad a su mando. Participará también en la gran expedición de Vasco Núñez de Balboa que culmina con el descubrimiento del Pacífico en 1513. De hecho, será a Francisco Pizarro a quien en 1519 corresponda la ingrata labor de arrestar al descubridor del Pacífico, arresto que culmina con la ejecución de Núñez de Balboa, una de esas páginas ignominiosas de la Conquista Española, justo cuando se aprestaba a iniciar una campaña que debería de haberle conducido hasta el Perú.

En 1524, con cuarenta y seis años ya, Pizarro se asocia con

Diego de Almagro y con el religioso Hernando de Luque, para conquistar el Imperio Inca del Perú, proyecto en el que ya había fracasado el alavés Pascual de Andagoya dos años antes. Tras dos largos años de viaje hacia el sur afrontando toda clase de calamidades, en la Isla del Gallo Pizarro pone a sus hombres en la tesitura de perseverar o no en la expedición, trazando una línea en el suelo que solo traspasarán trece hombres, los luego llamados «Trece de la Fama».

En 1531 Pizarro llega al Perú, que vive una guerra civil por la sucesión del Inca Huayna Cápac entre sus hijos Atahualpa y Huáscar. Invitado por Atahualpa a encontrarse en Cajamarca, Pizarro llega a la ciudad con ciento sesenta y ocho hombres que se ven inmediatamente rodeados por un ejército de unos sesenta mil peruanos.

La situación es dramática. En tesitura parecida, los habitantes de ciudades como Numancia, Sagunto, Masada deciden suicidarse antes de ser derrotados y capturados, actitud que *per se*, ha sido considerada por los historiadores como heroica. A punto tal que, en Masada, por ejemplo, tiene lugar hoy en día el juramento de los soldados que se incorporan al ejército israelí.

Pizarro no solo descarta la idea, sino que, en su lugar, concibe la estrategia más increíble de la historia militar, proponiéndose franquear el inmenso ejército del Inca para secuestrarlo con sus escasas fuerzas y con solo un elemento a su favor: el factor sorpresa. Creando un escenario apocalíptico casi tan digno de una obra de teatro como de una batalla con los treinta y siete caballos que llevaba, desconocidos para los incas, y con la escasa pólvora que tiene en su poder, Pizarro consigue su objetivo, apresa al Inca y consigue la desbandada de todo su inmenso ejército, un espectáculo digno por sí solo de verse. En Cajamarca, Francisco Pizarro acaba de conseguir la victoria más increíble de la historia de las batallas.

Apresado el Inca, Pizarro pone precio a su cabeza, recibiendo el rescate más grande que imaginar quepa, una habitación llena de alhajas hasta donde su brazo alcanzaba, lo que solo le servirá para escribir las líneas más decepcionantes de su tortuosa biografía, pues después de recibir tan inmenso tesoro, hace ejecutar al Inca, al que, por cierto, le unía una incipiente amistad, y con el que, según se dice, gustaba de jugar al ajedrez. Si moralmente hablando la acción es deleznable, desde un punto de vista político la acción es mucho más aceptable y comprensible, pues cabe imaginar la reacción del Inca y de su pueblo en la nueva situación. Lo que enturbia la decisión de Pizarro es haberse hecho pagar el inmenso tesoro con el que se hizo pagar un rescate que luego no cumplió.

Tras consumar la conquista del Perú y nombrar inca títere a Túpac Hualpa, hermano de Atahualpa, en 1533 Pizarro contrae católico matrimonio con la princesa imperial Quispe Sisa, bautizada Inés Huaylas, hija del Inca Huayna Cápac, con la que tendrá dos hijos. El mestizaje español hasta en las clases más altas de la sociedad, llevado por cierto en el caso de Pizarro más lejos que en el de su primo Cortés, el conquistador de Méjico, que, aunque sí tuvo descendencia con las indígenas del lugar, uno de ellos nada menos que con una princesa imperial, no llegó sin embargo a darles, como sí hizo Pizarro, carta de matrimonio.

En 1535 funda la Ciudad de los Reyes Magos, la actual Lima, que hace unos años, por cierto, dentro de ese baile de estatuas que caracteriza la particular manera de interpretar la historia hoy en día, ha tenido el mal gusto de retirar su preciosa estatua obra del escultor norteamericano Charles Carey Rumsey (1879-1922), el cual realiza otras dos gemelas, una de ellas hoy en la magnífica plaza Mayor de Trujillo en España.

Dos años después de fundar la que es hoy gran capital del Perú, Pizarro inicia una guerra civil contra su otrora socio Al-

magro. Y aunque su genio militar le brinda sucesivas victorias en el campo de batalla, y hasta detiene y ejecuta a Almagro, los partidarios de este consiguen entrar en su residencia en Lima y asesinarlo a puñal, cosa que ocurría un malhadado 26 de junio de 1541.

Honrado por el rey Carlos con el título de Marqués de la Conquista, Pizarro fue conocido por los indígenas como Apu (Señor, General) o Machu Capitán (Viejo Capitán).

6. ALMAGRO Y VALDIVIA CONQUISTAN CHILE (1535-1541).

Avistada por primera vez en sus más meridionales latitudes por Magallanes, la conquista de Chile se la plantean los españoles desde el Perú, una vez terminada la campaña contra el Inca, y a pesar de no tratarse de un gran Imperio como el Azteca o el Incaico, va a ser una de las más penosas y largas de toda la conquista española.

El primero en intentarlo va a ser en 1535 Diego de Almagro, conquistador del Perú junto a Pizarro, sin conseguirlo.

Cinco años más tarde, atravesando el desierto de Atacama, Pedro de Valdivia hace un nuevo intento. Tras fundar varias ciudades, entre las cuales Santiago de Nueva Extremadura, se dirige al sur, donde muere en una emboscada que le tiende el toqui (general) Lautaro, lo que inicia la llamada Guerra del Arauco contra los mapuches, épicamente narrada por Alonso de Ercilla en su obra *La Araucana*, una guerra que se alarga por más de tres siglos, con distintos momentos de paz.

6.1. Inés de Suárez, la conquistadora de América

En el ámbito de estas campañas chilenas va a destacar otra de esas mujeres singulares de la Conquista, en este caso, Inés de Suárez, amante de Pedro de Valdivia, a la que podemos denominar con toda justicia una más de los «conquistadores de América», como el más aguerrido de los hombres.

En 1539, y como si fuera su criada, pues de otra manera habría sido severamente objetado, Inés acompaña a Valdivia en su expedición por tierras de Chile. A los once meses de viaje, la expedición arriba al valle del río Mapocho, donde Valdivia funda Santiago de Nueva Extremadura, la actual capital chilena. Por cierto, así llamada en recuerdo a una victoria sobre los indios del cacique Michimalonco en los que estos terminaron huyendo despavoridos al ver «a un hombre montado sobre un caballo blanco que, empuñando una espada, bajó de las nubes y se abalanzó sobre ellos».

En 1541, Valdivia abandona la ciudad para sofocar una rebelión de indígenas en Cachapoal, momento que aprovechan los indios locales, hasta veinte mil según se cuenta, para rodear la ciudad. Lanzando flechas incendiarias, prenden fuego a buena parte de la ciudad.

Cuando la situación es desesperada, Inés se acuerda de siete caciques encerrados en los calabozos de la ciudad. Mientras algunos argumentan que mantenerlos con vida es la única manera de salvar la situación para tener una carta con la que negociar, Inés, partidaria por el contrario de cortarles la cabeza y lanzársela sobre las murallas a los atacantes, se dirige al calabozo y da orden de ejecutarlos. Preguntada por los guardianes por «la manera en que debían hacerlo», cogió a cada uno de los caciques y degollándolos con sus propias manos, *les* respondió: *«De esta manera»*, lanzando después según había previsto sus cabezas a los atacantes, estratagema que supuso una gran victoria para los defensores españoles.

7. PEDRO DE MENDOZA FUNDA BUENOS AIRES (1536)

Una de las campañas más largas y difíciles de todas las acometidas por España en América será la que conduzca a la colonización y evangelización de la parte sur del continente, en lo

que hoy constituye la República Argentina, con centro en la ciudad de Buenos Aires.

El primero que expresa interés en la región, aunque por motivos diferentes a la conquista y evangelización de este territorio, será el adelantado Juan Díaz de Solís, que busca en ella el famoso paso del sur que conecte el Atlántico con el Pacífico y perderá la vida en el intento en 1516, según tendremos ocasión de ver detalladamente algo más adelante.

Veinte años después se presenta en la zona un segundo aventurero, que, esta vez, pretende su conquista y colonización por tierra. Se trata del explorador Pedro de Mendoza, nacido hacia 1499 en la ciudad de Guadix, en el Reino de Granada, en el seno de la poderosa Casa de Mendoza, hijo de Fernando de Mendoza Luna y Sandoval de la Vega y de su esposa Constanza de Luján.

Pedro ingresa muy joven al servicio del rey Carlos I, a quien acompaña en su viaje a Inglaterra en 1522, y también en el famoso *Saco de Roma* cinco años más tarde.

Para proteger el Paraguay y las zonas aledañas al Río de la Plata de las pretensiones de los portugueses, que se mostraban amenazadores desde el Brasil, Mendoza propone al rey una expedición a su propio cargo que el monarca acepta, nombrándolo adelantado, gobernador y capitán general de los territorios a conquistar entre los 25º y 36º de latitud sur en América del Sur, con todas las ventajas políticas y económicas que esos cargos proveían.

El 24 de agosto de 1535 Mendoza zarpa de Sanlúcar de Barrameda al mando de una buena flota de barcos, más de diez, y de unos tres mil hombres, entre los cuales trescientos experimentados lansquenetes alemanes, amén de sacerdotes, hasta ocho, un médico y un cirujano.

Ya en América, tras superar importantes problemas de salud

y sofocar la rebelión de su lugarteniente Juan Osorio, al que hace ajusticiar, se adentra en el Río de la Plata, en el que veinte años antes había perdido la vida Juan Díaz de Solís devorado por unos indios caníbales, cosa que hará en enero de 1536, y desembarca en la isla San Gabriel, frente a la actual ciudad de Colonia del Sacramento.

El 3 de febrero de 1536, sobre la margen austral del Río de la Plata, Pedro de Mendoza funda un puerto al que llama Santa María del Buen Aire, advocación mariana de los marineros sardos, que seguramente había conocido durante sus campañas italianas, y a la que fuera particularmente afecto por cualquier razón.

En el lugar entran los españoles en contacto con los indios querandíes, con los que, si al principio la relación es medianamente buena, con pequeños intercambios comerciales que sirven para cubrir las necesidades primarias de los españoles, luego se enturbian. A la búsqueda de los escasos víveres existentes en la región, Pedro manda a su hermano Diego con los lansquenetes alemanes contra los querandíes, los cuales, aliados con timbúes, guaraníes y charrúas, se lanzan contra los españoles y en diciembre de 1536, destruyen por completo la ciudad fundada por Mendoza.

Pedro y algunos de sus compañeros consiguen escapar a la matanza y hallan refugio al noroeste, en un lugar de la actual provincia argentina de Santa Fe, desde donde Pedro envía hacia el norte una partida de hombres al mando de Juan de Ayolas, el cual tras hacer un reconocimiento del río Paraná, tiene que volver.

Completamente desanimado, Mendoza delega el mando del fuerte a Francisco Ruiz Galán y se embarca para España. Muy enfermo ya, a pesar de su juventud, posiblemente de una sífilis adquirida en Italia, Pedro de Mendoza morirá en alta mar, cer-

ca de las islas Canarias, el 23 de junio de 1537, a la temprana edad de treinta y siete años. Su cuerpo se arrojará al mar.

Tan tarde como 1580, cuarenta y cuatro años más tarde, justo cuando en España Felipe II accede a la corona portuguesa con lo que su dominio sobre el mundo es absoluto, y particularmente en el escenario de estos hechos que ahora nos ocupan, con un rey que es el mismo para Brasil que para el Río de la Plata, tendrá lugar la que se conoce como «segunda fundación de Buenos Aires», esta vez por Juan de Garay, con el nombre de Ciudad de la Trinidad, la cual sin embargo, a pesar de su estratégico emplazamiento, no conseguirá romper los monopolios de los puertos mejicanos para el comercio con España. Baste indicar que el aprovisionamiento del Perú se hacía a través del puerto de Veracruz, en el Atlántico mejicano, desde donde los bienes tenían que atravesar todo Méjico para llegar finalmente a Acapulco, donde eran de nuevo embarcados para su despacho al Perú. En lugar de enviarse a Buenos Aires, y de allí directamente al Perú.

Una situación a la que pondrá fin, ya en las postrimerías de la presencia española en América, la creación del cuarto y último de los virreinatos hispanoamericanos, el Virreinato de la Plata, en 1776, con capital precisamente en Buenos Aires, que traerá consigo una etapa de gran prosperidad a la región.

CAPÍTULO 9
LA CONQUISTA DEL PACÍFICO

Conquistado, pues, el continente americano en el modo y manera en que hemos visto toca ahora conocer la otra gran conquista que realizan los españoles para descubrir, como lo hacen, el 57% del planeta Tierra. Una conquista no menos complicada que la anterior: la del mar Pacífico, el océano más grande de la Tierra; que ocupa la tercera parte de su superficie, ciento cincuenta y cinco millones de kilómetros cuadrados; con más de setecientos millones de kilómetros cúbicos de agua, la mitad de todo el agua de la tierra; de más de cuatro mil metros de profundidad media, con una profundidad máxima en la Fosa de las Marianas, de casi once kilómetros; y con veinticinco mil islas, más que todos los demás océanos juntos.

La conquista del mar Pacífico comienza desde tierra, y lo realiza un personaje sobre cuya figura ya nos hemos detenido, por merecerlo sobradamente, Vasco Núñez de Balboa, primer europeo en avistar el gran océano, del que ya se hablaba desde largo tiempo, y desde luego, su descubridor, por ser el primero que no solo lo ve —antes que él ya lo habían hecho muchos indígenas que vivían próximos a sus aguas—, sino por ser el primero que es consciente de su posición en el inmenso planeta tierra y en darlo a conocer a todo el género humano.

Conscientes a partir de ese momento de su existencia y de su posible emplazamiento en el planeta Tierra, comienzan los españoles la conquista del océano Pacífico, pero esta vez a través del agua.

1. DÍAZ DE SOLÍS DESCUBRE EL RÍO DE LA PLATA (1516)

Juan Pedro Díaz de Solís nace en Lebrija, en la provincia de Sevilla, alrededor del año 1470. Muy probablemente con una edad cercana a los treinta, participa junto a Vicente Yáñez Pin-

zón tanto en un primer viaje a las Indias en 1497, como en un desembarco en Yucatán diez años más tarde.

Y así debió de ser cuando en 1508 lo vemos como uno de los participantes en la importante Junta de Navegantes celebrada en 1508 en Burgos, junto con lo más granado de la navegación de la época, el propio Vicente Yáñez, su mentor, Américo Vespucio y Juan de la Cosa, descubridor de América y autor del primer mapa del Nuevo Mundo. De esa Junta, como se sabe, sale nombrado «Piloto Mayor», el nuevo cargo creado para dirigir todo lo relativo a la navegación hacia el Nuevo Mundo, Américo Vespucio, si bien a la muerte de éste en 1512, el cargo recaerá en Díaz de Solís.

Ya en 1509, Pinzón y Díaz de Solís participan en una primera misión para hallar el paso del Sur que uniera el Atlántico y el Pacífico, el cual buscan… ¡en el golfo de México! No quedaba nada.

Díaz de Solís, capitula con el rey Católico para realizar, con tres carabelas y setenta marineros, un nuevo intento para encontrar el paso, navegando más al sur naturalmente, y por supuesto, en perfecto secreto, para no despertar los recelos del irritable vecino portugués, ni tocar en posesión alguna portuguesa, notablemente Brasil. De hecho, se detectará incluso un intento fallido portugués de sabotear la expedición.

El 8 de octubre de 1515, por fin, Díaz de Solís zarpa de Sanlúcar de Barrameda, el puerto de las grandes ocasiones. Llegado al Nuevo Mundo, descubre la bahía de Babitonga y el 20 de enero de 1516 alcanza la actual Punta del Este, a la que llama Puerto de Nuestra Señora de la Candelaria.

Desde allí, Solís navega en el fabuloso Río de la Plata, enorme extensión de agua alimentada por los grandes ríos sudamericanos Paraná y Uruguay, con una anchura formidable que alcanza los cuarenta kilómetros a la altura de Buenos Aires ¡y los

doscientos! en su desembocadura, al que precisamente por eso llamará mar Dulce, dudando de si se trata de un río o de un mar.

En un momento dado, Díaz de Solís realiza un desembarco de exploración con algunos compañeros, ocasión en el que indios charrúas o guaraníes, no ha podido determinarse, consiguen capturarlos a todos, asarlos y comérselos, ante el espanto de sus compañeros, que contemplaban la horripilante escena desde sus embarcaciones, sin poder hacer nada, según declararán después. Cosa que acontece el 20 de enero de 1516.

A partir de ese momento, toma el mando de la expedición Francisco de Torres, cuñado de Solís, que tras abandonar el río y realizar un cargamento de palo de brasil, decide el retorno a España.

Díaz de Solís ha descubierto el río más ancho del mundo, pero ha fracasado en su intento de encontrar el paso al Pacífico, que aún se queda dos mil quinientos kilómetros al sur, y cuyo hallazgo habrá de esperar aún algo más de seis años.

2. SEGUNDO DESCUBRIMIENTO DEL PACÍFICO. LA EXPEDICIÓN MAGALLANES-ELCANO (1520-1522)

El 6 de septiembre de 1522, una nao por nombre Victoria arriba al puerto de Sanlúcar de Barrameda. La gente apenas la reconoce, se pregunta de dónde viene o cuál es la razón de su presencia en las aguas sanluqueñas. Algunos empiezan a preguntarse «y si tal vez fuera…».

Y efectivamente, es: aquella nao y los dieciocho hombres demacrados, escuálidos, enfermos todos de la terrible enfermedad del escorbuto y de quien sabe cuántas más, son lo que quedan de aquella flamante expedición que, por ese mismo puerto, casi tres años exactos antes, un 20 de septiembre de 1519, se hiciera al Atlántico con un claro objetivo: encontrar un paso al sur del recién descubierto continente americano que sirviera para pa-

sar de las aguas atlánticas a las del que, por aquel entonces, se conoce como Mar del Sur, y navegándolas, llegar a las islas de las especias, y demostrar que aquellas islas están dentro de la demarcación que el Tratado de Tordesillas otorga a España y no a Portugal, —la potencia con la que se ha repartido el mundo—, y que, por esa misma razón, España está legitimada para explorar y explotar las inmensas riquezas que se les suponen.

Cinco flamantes naves entonces, de lo mejor que la náutica del momento puede ofrecer; doscientos treinta y nueve hombres cargados de ilusiones, llenos de vigor y juventud: la mejor tecnología de la época para los mejores marineros del mundo…

Una nave que amenaza naufragio, dieciocho hombres que son la viva imagen de la muerte es, sin embargo, todo lo que queda de la flamante expedición cuando esta toca en Sanlúcar de Barrameda tres años después. Ninguno de esos hombres forma parte del equipo de jefes: todos han sucumbido. Vienen gobernados por el contramaestre de una de sus naves menores, por nombre Juan Sebastián Elcano, el cual toma el mando de la expedición a la muerte de su gran capitán, el portugués Fernando de Magallanes, caído en la isla de Mactán, en una emboscada un tanto infantil que le tiende el indio Lapu Lapu.

Poco a poco, va conociéndose la historia de los dieciocho fantasmas que la mar parece haber regurgitado desde el infierno. Efectivamente, había paso por el sur del continente americano, y efectivamente lo habían encontrado. Un paso endiablado que aún hoy cuesta superar, y que dejaron marcado con unas cruces en sus costas, por si algún día había que volver a superarlo.

Efectivamente también, al otro lado del paso estaba el ansiado Mar del Sur, ahora denominado Pacífico, por así hacerlo el jefe de la expedición, Fernando de Magallanes, que, en el único

respiro que le ofrece la increíble aventura, se encuentra sus aguas inusualmente tranquilas.

Lo habían descubierto todo. Habían descubierto toda la parte meridional de la costa este del continente americano, ahora llamada Patagonia por unos indios de pies gigantescos a los que Magallanes denominó «patacones»; habían avistado las lejanas y oscuras islas Malvinas; habían descubierto y atravesado el enrevesado Estrecho de Magallanes, 565 kilómetros de escarpadas rutas acuáticas que separan el Atlántico del Pacífico; habían descubierto el Pacífico desde el Este, el océano más grande del planeta; lo habían navegado por primera vez, atravesándolo completo; habían descubierto muchas de sus islas; habían alcanzado uno de sus más importantes archipiélagos, las Filipinas, en el continente asiático ya. Y habían llegado a la especiería.

El viejo sueño de Colón, el viejo sueño de los Reyes Católicos, el viejo sueño de la España del siglo XV que entra en el Renacimiento lanzándose a la mar, ¡el viejo sueño del mundo!, hecho, por fin, realidad: llegar al lejano oriente navegando hacia occidente, reabriendo así un boyante comercio cerrado desde aquel día de 1453 en que el Imperio Otomano cerrara la Ruta de la Seda, tras conquistar la otrora capital del Imperio Romano: Constantinopla.

La ya conocida desde antiguo «esfericidad del planeta» — porque hasta los griegos la conocían— por fin fehacientemente, inductivamente, demostrada. Y ahora sabemos que, además, es practicable. Al otro lado del Nuevo Mundo descubierto por Colón y los Pinzones, no hay agujeros negros, no hay montañas infranqueables, no hay nuevos continentes, no hay gigantescas islas de fuego, no hay monstruos que se comen a los marineros… Hay agua, mucha agua, y solo es cuestión de navegarla. Y están, por fin, como esperaban los soñadores, las

islas, las anheladas islas de las especias que convierten en ricos a los pobres.

La misión se ha cumplido con llegar a ellas y cargar las naves de las ansiadas especias, el clavo de olor, la nuez moscada, la canela…, aunque a las islas solo han llegado dos de las cinco naves que comenzaran la expedición, la Victoria y la Trinidad, esta, por cierto, averiada.

Pero ahora hay que volver. Lo lógico es hacerlo, desandando el camino realizado, por el propio Pacífico. Así lo intentará, de hecho, la Trinidad, que se queda en tierra para su reparación, al mando de Gómez de Espinosa.

Pero la Victoria, perfectamente preparada para la navegación, tiene prisa. Ambos capitanes, Espinosa y Elcano, acuerdan que parta cuanto antes, para evitar nuevas dificultades con indígenas o con los mismos portugueses, que también tienen una ruta para llegar a las que consideran «sus» islas.

Hacerlo así implica, sin embargo, navegar hacia occidente, que es hacia donde soplan los vientos. El nuevo jefe de la expedición, reducida a una embarcación, la Victoria, Juan Sebastián Elcano, opta por hacerse a la mar y aprovecharlos. Ni él ni nadie había pensado jamás en darle una vuelta al mundo, aunque fuera la primera: hacerlo así implica entrar en jurisdicción portuguesa y a vérselas con los duros portugueses, a los que cuesta imaginárselos hoy día tan fieros como eran entonces, pero ahora, no tiene más remedio que consumarla.

El proyecto sigue siendo endiablado. Descartado de todo punto hacer navegación de cabotaje por la India y por las costas tanto orientales como luego occidentales del continente africano: hacerlo así sería meterse en la boca del lobo portugués, que considera aquellas costas, aquellas rutas, aquellas islas, de su exclusiva propiedad.

Es necesario explorar las aguas del Indico tan al sur como se

pueda, tan lejos de la costa como sea posible, adentrarse en una nueva ruta marina de todo punto desconocida. Al atravesar el cabo de Buena Esperanza, en el sur del continente africano, es necesario seguir escondiéndose en las aguas protectoras de las mares altas, que los portugueses no navegan. Cada milla náutica que se avanza es un nuevo descubrimiento.

A la altura de Cabo Verde, se hace imprescindible una parada técnica. No queda nada que echarse a la boca. Pero Cabo Verde es una posesión portuguesa. Es necesario engañar a los portugueses. Se envía una barcaza a realizar provisiones y se les cuenta que se trata de un barco español a la deriva procedente de la América asignada a los españoles. Se puede realizar un cargamento, pero al segundo, los portugueses se la huelen. Apresan a los tripulantes de la nao, y la Victoria tiene que salir por patas, con dieciocho hombres ya.

Dieciocho hombres extenuados y enfermos, enfermos de la enfermedad de la mar que no es otra que el escorbuto, entre cuyas penosas consecuencias la pérdida de las encías, que los hambrientos marineros aprovechan para comerse del hambre que tienen. No saben, los pobres, que llevan la medicina en el barco. Y es que el valiosísimo cargamento de clavo de olor del que se han abastecido en el Maluco y que portan en sus bodegas, es uno de los frutos terrestres que más vitamina C, la medicina del escorbuto, tiene. Llevan la medicina y no la consumen. Cabe preguntarse: esos titanes humanos capaces de soportarlo todo en aras de un engrandecimiento económico y social, ¿lo habrían hecho de haberlo sabido? ¿No les valdría más bien la pena guardar la medicina y venderla como especia a los precios fabulosos que se podían obtener por ella en los mercados españoles, en lugar de consumirla para algo tan pasajero y volátil como recuperar la salud?

Y por fin, en lontananza, tras tres años de zozobra y privaciones, de enfermedad y de olor a muerte, las costas españolas,

el puerto de Sanlúcar que a aquellos marinos debió de saber a paraíso terrenal. La gesta se ha consumado. Dieciocho titanes, dieciocho superhombres, han dado la vuelta al mundo en un cascajo de madera: lo han hecho en 1125 días, tras navegar casi quince mil leguas marinas, vale decir, setenta mil kilómetros.

Su aventura es la mayor gesta acometida por la Humanidad: la incertidumbre era completa; el desconocimiento era total; los medios, con ser los mejores que la época podía ofrecer, inapropiados; el riesgo, el más alto jamás asumido por un ser humano. Ellos lo conocían. Y lo aceptaron. Y ganaron.

Gracias a ellos, el mundo entra en una nueva época. Todo está ya interconectado, las fronteras del globo terráqueo están definitivamente marcadas. Lo han hecho Juan Sebastián Elcano y diecisiete semidioses más. De todos ellos conoce la historia el nombre. A todos ellos los recordará para siempre.

2.1. Fernando de Magallanes

Fernão de Magalhães por su nombre natal en luso, nace en Portugal, cerca de Oporto, aunque son muchos los lugares que se disputan su cuna natal, a saber: Sabrosa, Sé, Vila Nova de Gaia y Ponte da Barca, en cualquier caso en la primavera del año 1480. Hijo de Rui de Magalhães, conde de Faro, Señor de Aveiro, alcalde mayor de Estremoz y de Aveiro y procurador de cámara y concejal en Oporto, y de su esposa Inês Vaz Moutinho, matrimonio que tiene al menos seis hijos.

A los diez años, Fernando entra en la corte de la reina Leonor, esposa de Juan II. En 1505, se alista en la flota de veintidós navíos enviados para instalar a Francisco de Almeida como primer Virrey de la India y participa en las batallas de Cannanore, donde es herido, y de Diu. En 1509 parte en la accidentada expedición a Malaca mandada por Diogo Lopes de Sequeira, que termina en una huida en la que Fernando jugará un papel primordial para conquistarla dos años después.

Magallanes regresa a Europa, participando en la batalla de Azamor, en Marruecos, donde es acusado de unas malversaciones. De regreso en Lisboa, entusiasmado con las cartas que le envía su pariente Fernando Serrao, que ha conseguido llegar al Maluco y se está forrando con las especias, investiga junto al cosmógrafo Rui Faleiro, un paso hacia el Pacífico por el Atlántico Sur, y, sobre todo, la posibilidad de que las Molucas estuviesen en la zona que el Tratado de Tordesillas definía como española, de cara a ofrecer el viaje a los Reyes de España.

Ya en España, casa en Sevilla con Beatriz Barbosa, en 1517, pariente suya con la que tendrá dos hijos malogrados, Rodrigo y Carlos. Apoyado por Juan de Aranda, factor de la Casa de Contratación sevillana y por Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, consigue la aprobación de su proyecto por el rey Carlos I, que nombra a Magallanes y a Faleiro capitanes de la expedición, y les otorga el monopolio de la ruta que descubran y el nombramiento como gobernadores de las tierras descubiertas.

Aunque rompe con Faleiro, Magallanes sigue manos a la obra y apareja las cinco naves que habrían de partir de Sanlúcar de Barrameda. Tras otorgar testamento, parte la escuadra de Sevilla para hacerse a la mar en Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre.

Llegan a Río de Janeiro el 13 de diciembre, costeando hacia el sur para llegar a la bahía San Julián, donde pasan el invierno. Las adversas circunstancias y también el carácter arisco y altanero de Magallanes propician una rebelión liderada por Gaspar de Quesada —en la que por cierto participa un marinero llamado Juan Sebastián Elcano—, que termina con la condena a muerte de cuarenta hombres, de los que Magallanes indulta a todos —haberlos ejecutado le habría representado quedarse sin marinería— a excepción de su líder, Quesada, que es decapitado. Deja a dos miembros rebeldes de la tripulación, Juan de

Cartagena y un sacerdote, en tierra firme, sin que vuelva a saberse de ellos nunca más.

Se reinicia la marcha y el 1 de noviembre, primavera en la región, llegan al que queda bautizado como «estrecho de Todos los Santos» y luego estrecho de Magallanes. Para encontrar el paso, una nave se adelantaba, volviendo sobre sus pasos para hacerse seguir por el resto hasta la zona explorada, así hasta que consiguen salir del laberinto y entrar en el Pacífico.

Una vez en él, Magallanes toma un rumbo extraño que no conduce exactamente las Molucas, sino más bien a las que luego serán llamadas Filipinas, mientras hambre y escorbuto hacen presa en la tripulación: se llega a comer incluso cuero reblandecido o serrín, y según relata Pigafetta, llega a cotizar la rata a medio ducado.

El 6 de marzo de 1521 encuentran por fin una isla en la que los navegantes aprovechan para avituallarse, Mactán, en la que Magallanes hallará la muerte en el encuentro con una tribu encabezada por el jefe tribal Lapu-Lapu, cosa que acontece el 27 de abril de 1521.

2.2. Juan Sebastián Elcano

Juan Sebastián Elcano nace en la marinera ciudad de Guetaria, en la provincia de Guipúzcoa, en 1476, hijo de Juan Domingo Elcano y de Catalina del Puerto. Ya de joven se enrola en barcos pesqueros y comerciales. En 1509 forma parte en la expedición militar española contra Argel y, poco después, con un barco de su propiedad, lo vemos en las guerras italianas. Las numerosas deudas que acumula le obligan a hipotecar el barco contra el crédito que tiene sobre la Corona, pero el tardío pago de esta le obliga a vender el barco, con un problema añadido: en la época, vender un barco español era un delito muy perseguido, lo que convierte a nuestro héroe en un proscrito.

Estando en Sevilla, entra en contacto con la expedición que

la Corona ha encargado al marino portugués Fernão de Magalhães —Fernando de Magallanes—, con el objetivo de descubrir un paso en el sur de las tierras americanas que permita el acceso desde el Atlántico al Pacífico, una expedición que tiene para Juan Sebastián un aliciente añadido, el de escapar de la justicia que le persigue.

Elcano se alista como contramaestre, vale decir, número dos, de la Concepción, una de las cinco naves de la escuadra junto con la San Antonio, la Santiago, la Victoria y la Trinidad. El 10 de agosto de 1519, capitaneada por Magallanes, la escuadra zarpa de Sevilla, descendiendo por el Guadalquivir para hacerse a la mar en Sanlúcar de Barrameda.

Tras la muerte de Magallanes en la isla de Mactán, los españoles abandonan el escenario. Gómez de Espinosa al mando de la Victoria y de la expedición, Lope de Carvalho al mando de la Trinidad, y Juan Sebastián Elcano al de la Concepción. Tras la destitución de Carvalho, Espinosa asume el mando de la Trinidad, y Elcano el de la Victoria, mientras la Concepción es quemada.

Se decide volver sobre los pasos —Filipinas en realidad, representaba un desvío sobre la ruta original— para dirigirse a las Molucas y llegan a la isla de Tidore, donde cargan las especias.

La Trinidad de Espinosa navegaba mal y se queda en Tidore para su reparación, con la intención de llegar a Panamá, navegando por el Pacífico. Nunca lo conseguirá. No encuentra los vientos propicios (aún se tardará cuarenta y cuatro años en descubrirlos) y ha de volver a puerto en el Maluco, donde es apresada por los portugueses. Elcano, en cambio, apremiado por el tiempo, decide hacerse a la mar aprovechando los vientos que soplan hacia el oeste, para encaminarse a través del Indico hacia África, doblar en el Cabo de Buena Esperanza y seguir rumbo a España, eso sí, siempre en mar muy alta, para evi-

tar el encontronazo con los portugueses, que solamente hacían cabotaje.

El 6 de septiembre de 1522, solamente con la nao Victoria, y junto con otros diecisiete supervivientes, Juan Sebastián arriba en Sanlúcar, completando el logro de una hazaña imponente: la primera circunnavegación del mundo realizada en toda la historia. Han recorrido más de catorce mil cuatrocientas sesenta leguas. Los pormenores de la hazaña los conocemos bien merced al relato realizado por uno de los dieciocho marinos supervivientes de la expedición, Antonio Lombardo, «Pigafetta».

Se conoce el nombre de los dieciocho héroes que salen de Sanlúcar y a Sanlúcar llegan, los dieciocho primeros seres humanos en circunvalar el globo terráqueo. Sus nombres adornan la fachada del Ayuntamiento de Sanlúcar de Barrameda, y son los siguientes: Francisco Albo, de Axio; Miguel de Rodas, de Rodas; Juan de Acurio, de Bermeo; Antonio Lombardo (Pigafetta), de Vicenza, en Italia, cronista de la singladura; Martín de Yudícibus, de Savona; Hernando de Bustamante, de Mérida; Nicolás el Griego, de Nauplia; Miguel Sánchez de Rodas, de Rodas; Antonio Hernández Colmenero, de Huelva; Francisco Rodríguez, portugués de Sevilla; Juan Rodríguez, de Huelva; Diego Carmena, de Bayona; Hans, de Aquisgrán en Alemania; Juan de Arratia, de Bilbao; Vasco Gómez Gallego el Portugués, de Bayona; Juan de Santandrés, de Santander; y Juan de Zubileta, de Baracaldo. Una nómina, como se ve, multinacional, que aúna marinos de seis países diferentes y de cuatro regiones distintas de España.

En premio a la proeza, el Emperador concederá a Juan Sebastián Elcano una renta anual de quinientos ducados en oro y un blasón formado por un escudo realizado con dos ramas de canela cruzadas, tres nueces moscadas y doce clavos de olor, rematados con una torre y sobre ella una esfera del mundo con la

leyenda en latín: *Primus circumdedisti me*, (El primero que me circunvalaste).

Después de la gigantesca hazaña, Juan Sebastián aún se alista en la expedición de García Jofre de Loaisa a las Molucas. En el mismo mar Pacífico que le lleva a la gloria, tras cruzar por el mismo estrecho que años antes cruzara con Magallanes, en una nao llamada como la de sus hazañas la «Victoria», a causa de la enfermedad marinera por excelencia, el escorbuto, que ya sufriera en su anterior singladura, Elcano entrega la vida un malhadado día 4 de agosto de 1526, a una edad, cincuenta años, que no alcanzaban todos los marinos de su época.

2.3. ¿Fue la expedición Magallanes Elcano una operación hispanoportuguesa?

En esta España rara que vivimos, consumidora número uno de nuestra leyenda negra y de todo aquello que menoscabe la labor hispana en la historia, uno de los denodados esfuerzos que hacen muchos, algunos incluso desde la esfera del poder y por supuesto, sin argumento alguno, es el de vendernos que la vuelta al mundo que realizaron diecinueve marinos entre los años 1520 y 1522 fue una operación conjunta hispanoportuguesa, en la que ambos países ibéricos compartieron esfuerzos y una misma intención.

Dado que la financiación y la organización del operativo fue indudablemente español, y eso hay pocos hechos que lo puedan desmentir, el argumento se intenta montar sobre el hecho de que Magallanes era portugués, y también lo serían Rui Faleiro que habría estado en la génesis del operativo, y probablemente uno o más de los marineros de la expedición.

Ahora bien, la expedición que, bien a su pesar (pues no era su intención original), terminó dando la primera vuelta al mundo no es, ni pudo ser portuguesa de ninguna de las maneras.

Hay una poderosa razón que excluye tal participación y es

que el primero al que Magallanes propone la organización del evento es a su propio rey, el portugués Manuel I el Afortunado, y éste la rechaza de plano, no mostrando el menor interés en ella, razón por la cual Magallanes marcha a España, concretamente a Sevilla, y hace, como ya treinta años antes que él hiciera Colón, un intento de conseguir el patrocinio real español.

Esta sola razón debería bastar para rechazar todo protagonismo luso en la expedición que organiza y manda un, a estas alturas, españolísimo Magallanes, y ello, aunque no hubiera estado tan españolizado.

Pero por si ella no fuera suficiente (que lo es), existe todavía un segundo argumento muchísimo más poderoso todavía: la expedición circunnavegadora ni fue, ni podía ser, una expedición portuguesa, porque si en algo estaban interesados los portugueses es, precisamente, en que no se llevara a cabo.

Y ello es así porque la expedición circunnavegadora no se llevó a cabo ni con un interés científico —demostrar inductivamente (deductivamente ya lo sabían los griegos y todo aquél que se preciara) que la tierra era redonda—, ni, menos aún, con un interés «tipo libro Guinness» de establecer ninguna marca o récord. La expedición circunnavegadora se estableció con el único afán e interés de explorar una nueva ruta, y ver si era financieramente rentable, hacia las islas de las especias, particularmente las Molucas, uno de los grandes tesoros económicos que explotaba por aquel entonces la civilización humana.

Lógicamente, los portugueses en modo alguno podían estar interesados en desvelar esa ruta —si es que la misma existía y era practicable—, pues ellos ya tenían la suya, la que caboteando África y doblando el Cabo de Buena Esperanza les servía para ejercer un auténtico monopolio, el de las especias, y el descubrimiento de esa ruta solo podía obligarles a un redoblado

esfuerzo para defenderla y poder seguir conservando el lucrativo monopolio de las especias.

Todo ello complicado por un hecho adicional de no escasa importancia. La ruta en cuestión pasaba inexcusablemente por los territorios otorgados por el Tratado de Tordesillas, a la otra potencia con la que Portugal pugnaba, de hecho, mucho más poderosa política, demográfica y militarmente hablando, que no era otra que esa España con la que se compartía península y con la que había firmado el mencionado tratado.

En resumidas cuentas: Portugal ni siquiera era neutral hacia el hecho de que se pudiera hallar el camino hacia las Molucas navegando hacia occidente: era directamente contraria, clarísima e indiscutiblemente contraria. De lo que es buena prueba el hecho de que cuando Magallanes obtiene finalmente el respaldo de la corona española para financiar y patrocinar su expedición naval hacia occidente, tuviera que andar con escolta por la cantidad de agentes «interesados» en poner fin a su persona antes de que solo dos años después, en Filipinas, lo hiciera el cacique Lapu Lapu… que vaya Vd. a saber si no estaba financiado por los portugueses… (Es una broma).

No, la expedición que finaliza con la primera circunnavegación al planeta no solo no fue una expedición luso-española o hispanoportuguesa: fue, directamente, una expedición detestada por nuestros lusos vecinos, odiada por «os nossos entranhaveis irmaos portugueses», tan indeseada por ellos como, de hecho, boicoteada y torpedeada.

3. LA SEGUNDA VUELTA AL MUNDO

Una vez más nos encontramos aquí con un problema historiográfico importante, resuelto como de costumbre con una buena dosis de antiespañolismo y de probritánico, pues la historiografía al uso atribuye el mérito al pirata inglés Francis Drake, el cual habría zarpado en 1577 de Inglaterra con cinco

barcos, consiguiendo volver a su país con una única embarcación, la Golden Hind, el 26 de septiembre de 1580. Es decir, cincuenta y nueve años y veinte días más tarde de que lo hiciera Juan Sebastián Elcano… ¡¡¡ahí es nada!!!

Y todo ello después de atacar las plazas costeras españolas de Valparaíso y El Callao, cosa podría hablar mal de España, y, sin embargo, no lo hace tanto, pues si Drake puede atacar esos dos puertos es por la sencilla razón de que la inexistencia total de enemigos en el Pacífico hace que España aún no se haya ni planteado la fortificación de sus plazas en un mar que es por entonces un verdadero lago español.

La verdadera historia de la Segunda Vuelta al Mundo comienza con la expedición que realiza el español García Jofre de Loaysa y zarpa de La Coruña el 24 de julio de 1525 con siete barcos y cuatrocientos cincuenta hombres, entre los cuales uno muy especial, ni más ni menos que el circunnavegador Juan Sebastián Elcano, con la finalidad expresa de consolidar los conocimientos brindados por la singladura realizada por Magallanes-Elcano cuatro años antes.

La expedición será una sucesión de desgracias y contrariedades: el 30 de julio de 1527 muere Loaysa y seis días después lo hace el propio Elcano, que para colmo lo hace en una nave llamada Victoria como aquélla en la que realizara la primera vuelta al mundo.

De los siete barcos, apenas uno llegaba a las Molucas, donde sus tripulantes son hechos prisioneros por los portugueses. Solo dos años después, una vez que España y Portugal hubieron firmado el Tratado de Zaragoza que ponía fin a la cuestión de las Molucas que enfrentaba a las dos potencias navales, Fernando de la Torre y otros ocho españoles son liberados de sus cadenas y enviados a Lisboa, completando de esta manera tan ac-

cidentada la que debe reputarse como la segunda circunnavegación planetaria.

Y todo ello sin plantearse el caso personal de todos y cada uno de los marineros que se fue dejando la singladura Magallanes-Elcano en el camino: así los de la nao Trinidad que intentan retornar desde las Molucas volviendo a América y al final han de volver a las Molucas, donde son apresados por los portugueses; o los de la propia nao Victoria que se quedan en Cabo Verde, apresados también por los portugueses cuando en una barcaza enviada desde la Victoria, intentaban aprovisionarse de víveres para poder terminar la singladura hasta España.

3.1. El Mar de Hoces, el Paso de Drake y el cabo de Hornos

Por cierto, que durante esta singladura ocurre también otra cosa importante: durante el paso del Atlántico al Pacífico, la carabela San Lesmes, al mando del marino español Francisco de Hoces, se encuentra con un terrible temporal que la obliga a descender hasta los 55º de latitud sur, convirtiéndose de esta manera De Hoces en el descubridor de un nuevo paso del Atlántico al Pacífico, más al sur del estrecho de Magallanes y mucho más transitable y funcional. Argentinos y españoles llaman de hecho al paso, mar de Hoces, si bien en la historiografía británica, el descubridor no es de Hoces, sino Drake, que lo hará en 1580, llamándolo de hecho al paso así, Paso de Drake.

No es el final de la historia, porque buscando sortear por un lado el monopolio español de la ruta occidental hacia la especiería, y por otro el que ahora, sustituyendo a los portugueses, tiene la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales sobre la ruta oriental a la misma, el hugonote francés Isaac Le Maire decide buscar un nuevo paso más al sur del estrecho de Magallanes, para lo cual financia una expedición que encarga a los hermanos holandeses Schouten, Jan y Willem, los cuales zarpan

de Texel el 14 de junio de 1615 con dos barcos. El Hoorn naufragará en las costas de la Patagonia, pero el 29 de enero de 1616, el Eendracht encuentra un paso marítimo conocido en la actualidad precisamente como «Kaap Hoorn», en honor al barco naufragado, el cual a su vez debía su nombre a una ciudad holandesa, cabo de Hornos en español.

4. LA JUNTA DE ZARAGOZA (1529)

Así las cosas, España y Portugal tienen que volver a acordar los términos del reparto que han hecho del mundo en Tordesillas, tan lejos ya como 1494.

Si ya era suficientemente difícil prever que, navegando hacia el Este, Portugal pudiera consumar la hazaña de llegar al lejano oriente para hacerse con el valioso comercio de la antigua Ruta de la Seda, más inconcebible todavía se presentaba que navegando hacia el absolutamente ignoto occidente, España pudiera llegar al mismo lugar completando la «Nueva Ruta de la Seda»… pero así ha sido… Casi treinta redondos años después de ponerse manos a la obra con la imposible misión, lo ha conseguido, y ahora españoles y portugueses se encuentran de nuevo, pero no en la Península Ibérica esta vez en la que tantas veces lo habían hecho, no, ¡¡¡sino en las lejanas Molucas, exactamente en las antípodas de la tierra!!! Impresionante la hazaña, por las dos partes.

Y bien, así las cosas, ¿a quién pertenecen las Molucas? ¿A quién pertenecen las lejanas islas de la especiería? Una vez más se presenta ante españoles y portugueses una cuestión litigiosa, un nuevo motivo para el conflicto. Una vez más, las dos potencias marítimas del momento, que compartían tanto el territorio como una común historia de lucha contra el islam, tenían que intentar superar el conflicto, y hacerlo, a poder ser, dialogadamente.

Es verdad que la tentación de hacerlo a tortas se presenta.

Son múltiples las refriegas en las que se enfrentan españoles y portugueses en una especie de Guerra Fría anterior, adelantándose en cuatro siglos y medio a la que luego enfrentará a yankees y soviéticos. La primera precisamente la que lleva al apresamiento de los tripulantes de la nao Trinidad que habían intentado despachar su cargamento de clavo poniendo rumbo hacia Méjico y que derrotados por la meteorología tendrán que volver con el rabo entre las patas a las Molucas y dejarse apresar para salvar si quiera la vida. Muchos han hablado de una nueva Guerra Hispanoportuguesa, como las muchas acontecidas en la Península durante el Medievo. Otros, con un precioso nombre, la han denominado «la guerra de las islas de las especias». No fue tal, simples refriegas y poco más.

Una vez más se impone entre las dos potencias el espíritu de diálogo que ha presidido en todo momento su exploración mundial a la búsqueda de las Nuevas Rutas de la Seda. Y así, se acuerda una nueva junta en Zaragoza, una especie de Tordesillas II, que actualice los términos de lo acordado en la bonita ciudad vallisoletana treinta y cinco años antes.

El resultado de esa junta será el establecimiento de un nuevo meridiano, el definitivo, que marque la nueva frontera entre España y Portugal, ahora en las antípodas. Un meridiano un tanto extraño que habrá que hacerle un agujero por el que España pueda incluir entre sus estados también las Filipinas. Y el reconocimiento español de la «portuguesidad» de las Molucas, previo pago por los portugueses de 350 000 ducados en oro que le vienen muy bien al Emperador (Carlos V) para sus carísimas guerras europeas contra la herejía alemana, financiadas así generosamente por Portugal.

Una vez más, España y Portugal se han repartido el mundo.

5. LA CONQUISTA DE FILIPINAS (1521-1565)

Es difícil hablar de un «descubrimiento» español de Filipi-

nas, pues cuando los españoles llegan al gigantesco archipiélago, Filipinas ya se halla bien dentro de los canales de comunicación y de las rutas comerciales asiáticas gracias a una serie de comerciantes chinos y también musulmanes. Aun así, el inicio de la presencia española en Filipinas, en las antípodas españolas, reviste todo el interés, y vamos a dedicar unos minutos a conocerla algo mejor.

5.1. La llegada de Magallanes (1521)

Como quiera que sea, los primeros europeos en avistarla, llegando además por oriente, y en poner pie en alguna de sus miles de islas, son los españoles de la expedición de Magallanes, que hacen escala en ella. Una escala, por otro lado, y esto conviene reseñarlo, ilógica, extraña, pues hacerlo así representaba alejarse en exceso del auténtico objetivo de la expedición, las islas de la especiería, las Molucas. Por qué lo hizo así Magallanes constituye todavía hoy en día un misterio sobre el que solo se puede especular, pero no afirmar nada taxativamente.

Como quiera que sea, por inmiscuirse innecesaria y casi absurdamente en las cosas de los indios, en el archipiélago filipino encontrará Magallanes la muerte, dejando la expedición descabezada, y tomando el mando de la misma Gómez de Espinosa: Elcano queda de número dos, y todavía deberá esperar para tomar el mando completo de la expedición, formada ahora por solo dos embarcaciones, la Trinidad y la Victoria, a que, al cargar la especia en las Molucas, esta decida dividirse en dos, con un barco al mando de Espinosa, el Trinidad, que tiene que ser reparado, el cual intentará después infructuosamente el tornaviaje regresando a América; y otro, el Victoria, que emprende inmediatamente el regreso a España y lo hace hacia occidente, por mandarlo así los vientos imperantes del momento.

El proyecto filipino tendrá que esperar. Queda en agenda, pero ahora las prioridades son otras.

5.2. La definitiva conquista de Filipinas

Efectivamente, cuarenta y cuatro años después, en 1565, se acomete por fin la definitiva conquista y colonización de Filipinas.

La cosa revestía más importancia de la que a primera vista pueda pensarse. Y es que, atribuidas las demarcaciones como habían quedado en la Junta de Zaragoza, la única posibilidad española de participar en el negocio de la «nueva Ruta de la Seda», que, recordémoslo, fue el propósito inicial y nunca olvidado de las expediciones patrocinadas por los Reyes Católicos, consiste precisamente en establecer una base en Filipinas. Y efectivamente, una vez que se haga y se descubra el tornaviaje de Asia a América, por ella circulará el famoso «Galeón de Manila», que, cargado con los ricos productos orientales, los traslada de Manila a Acapulco y los comercializa en América, convertido en uno de los negocios más importantes del mundo de su época. Solo a modo de anécdota bien reveladora, no está de más recordar que el famoso mantón de Manila, no se llama de Manila por ser manufacturado en Manila, que lo es en China, sino por comercializarse y embarcarse en Manila.

La misión de la definitiva conquista la asume el explorador español Miguel López de Legazpi, que, llegado desde Nueva España, el virreinato español más septentrional de América funda el primer asentamiento español en la actual Cebú, estableciendo después la capital en la ciudad del *niland*, que eso y no otra cosa es lo que significa Manila, siendo el *niland* un arbusto que crece en la zona.

El dominio español representará para el archipiélago, por primera vez en su historia, la unidad política y la aparición de una conciencia identitaria única que ha pervivido hasta la fecha.

Filipinas se gobernará, hasta la pérdida del archipiélago,

acontecida en 1821, desde el Virreinato de la Nueva España con sede en Méjico, el cual llegó a abarcar una fabulosa extensión de ocho millones de kilómetros cuadrados. Y por cierto, mediante un sistema muy democrático, en los términos en que la palabra puede ser entendida en la época, mediante las llamadas *Principalías* que establece en 1594 Felipe II mediante real cédula, de las que formaban parte el llamado *Gobernadorcillo*, con funciones de alcalde, y los capitanes o cabezas de barangay para el gobierno de los barrios, reclutados todos ellos entre la nobleza indígena filipina, muchos de los cuales incluso recibían un salario y los privilegios inherentes al cargo. Una verdadera clase gobernante autóctona.

Ni que decir tiene el especial celo que España pondrá en Filipinas, como en América, para la evangelización de las islas y en la fundación de escuelas, universidades y hospitales. De hecho, la primera universidad asiática, como antes lo había sido la americana, será española: la de Manila.

5.3. El santo niño de Cebú (1521)

El Santo Niño de Cebú es la primera imagen cristiana llegada a Filipinas, cosa que hace con la misma llegada de los españoles en 1521. Se trata de un niño bendicente de bellísima factura, de unos treinta cm de altura, realizado en madera polícroma y, según se cree, en Flandes, de la familia de imágenes a la que pertenece también otra famosa imagen, la del Santo Niño de Praga. Guardada en una urna blindada de cristal en la basílica del Santo Niño de Cebú, existen réplicas en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha en Madrid, en la iglesia de San Wenceslao de los polacos en Chicago y en la iglesia de San Pablo en Tampa (Florida), e incluso una imagen muy similar llamada Mechelen o Mechlin en el Louvre.

El Niño porta en la mano izquierda una esfera de oro representando al mundo, buena prueba de que los marinos que cir-

cunvalaron el planeta sabían bien que el mundo que pretendían circunvalar era redondo, y valiosa premonición de que alcanzarían su propósito, así como una corona de oro y varios ornamentos donados por los fieles. La imagen será bendecida por el papa Pablo VI, con ocasión de su visita a Filipinas, el 28 de abril de 1965, y luego por Juan Pablo II en 1981.

Pero lo más interesante de la imagen es su azarosa historia. En realidad, la talla no es otra cosa que uno de los regalos que hace Fernando Magallanes a la Rajesa Humamay, principal esposa del Rajá Humabon, con ocasión del bautismo de ambos a la llegada de la flota española que mandaba el gran marino portugués al servicio de la corona de España en 1521.

Humamay será bautizada como Juana, en honor a la hija de los Reyes Católicos que, aunque encerrada como loca, era la reina de España, mientras que Humabon es bautizado como Carlos, en honor al Emperador, asimismo rey de España. Todo lo cual, por cierto, acontecía en los últimos días de vida de Magallanes, que habría de morir el 27 de abril de ese año y en el mismo lugar, con ocasión de la batalla de Mactán.

Como ya hemos visto, los españoles abandonan Filipinas, pero cuarenta y cuatro años después, curiosamente otro 27 de abril, pero esta vez de 1565, una armada al mando de Miguel López de Legazpi llega a la isla y entra en combate con los nativos. Al día siguiente, el marinero español Juan de Camus encontraba en una caja de pino entre las ruinas de una casa la imagen del Niño. Por miedo a represalias, o a que les fuera arrebatada, los indios niegan que perteneciera a Magallanes, y aseguran que un pescador la había encontrado en tiempo inmemorial.

Como quiera que sea, la imagen es sacada en procesión, y Legazpi crea la Confraternidad del Santo Niño de Cebú, de la que es nombrado su primer superior nada menos que el fraile

Andrés de Urdaneta. El propio Legazpi instituye la fiesta del hallazgo de la imagen y manda iniciar en el lugar donde se encontró la construcción de la basílica en bambú y palma, primera iglesia de Filipinas, elevada a basílica menor por Pablo VI.

Aunque originalmente la fiesta del Santo Niño de Cebú se celebra el 28 de abril (un día después de acontecida la muerte de Magallanes), Inocencio XIII, para evitar que caiga en Semana Santa, la traslada a su actual emplazamiento en el tercer domingo del mes de enero, es decir, tal día como hoy este año. En ella, los fieles portan su imagen, así como la de la Virgen de Guadalupe de Cebú, en procesión. La fiesta es seguida por el llamado Festival Sinulog al siguiente domingo.

El Santo Niño de Cebú es el santo patrón de Filipinas.

6. EL TORNAVIAJE (1564)

El proyecto español, llegar a las islas de la especiería y participar en el negocio de la «Nueva Ruta de la Seda» está prácticamente completado. Ha tropezado con muchas dificultades: cruzar por primera vez el Atlántico y volver; un muro infranqueable, todo un continente, América, que es prácticamente el más grande del mundo, cuarenta y dos millones de kilómetros cuadrados frente a los cuarenta y tres millones de Asia; un nuevo océano que es también el más grande del planeta, ciento cincuenta y cinco millones de kilómetros cuadrados; un paso endiablado de un océano al otro; nuevas razas humanas, nuevas naciones, algunas de ellas terriblemente sanguinarias y hasta caníbales, un auténtico retorno al neolítico; acordar toda la inmensa conquista con la otra gran potencia del momento, Portugal, y hacerlo con una armonía reseñable como no se había visto antes en la historia ni se volverá a ver, siempre en aras de acometer el proyecto en lugar de enzarzarse en estériles contiendas… Todas las dificultades han sido vencidas… Solo queda un pequeño fleco para completar la misión…

Andrés de Urdaneta y Cerain nace hacia 1508 en Ordicia, llamada entonces Villafranca, hijo de Juan Ochoa de Urdaneta, alcalde de la ciudad, y de Gracia de Cerain, pariente del gran explorador Legazpi. Recibirá esmerados estudios, aunque se desconoce dónde los realiza. Destacó en matemáticas y en filosofía, y a lo largo de su vida revelará dominio de ciertas lenguas asiáticas, así como del latín.

En 1525 forma parte de la expedición de Loaísa a las Molucas con Juan Sebastián Elcano. Tras permanecer nueve años en las islas cuando Carlos V las vende a Portugal, regresa a España, donde hace entrega al Emperador de una memoria sobre las islas. De las Molucas trae una hija que entrega a su hermano en adopción.

De España pasa a Méjico, donde escribe un relato sobre variados temas como la navegación por el Caribe, la formación de los ciclones tropicales, la reproducción de las tortugas marinas o la curación de las fiebres tropicales. Ingresa en un convento de la orden de San Agustín, pero no abandona su actividad náutica, participando en la expedición a Pensacola, en los actuales Estados Unidos.

En 1565 el virrey de Nueva España, Luis de Velasco, promueve una expedición marítima a las Filipinas, y es que, aunque en virtud del Tratado de Tordesillas caen bajo jurisdicción de los portugueses, estos no habían procedido a la ocupación. Autorizada por el rey Felipe II, el virrey otorga el mando de la expedición a un jovencísimo Miguel López de Legazpi, y nombra a Urdaneta su asesor. El objetivo es establecer una cabeza de puente en Asia y buscar la ruta marítima que una América y Asia, y, sobre todo, el retorno de Asia a América, algo en lo que habían fracasado ya cinco expediciones: Gómez de Espinosa, el compañero de Magallanes y Elcano, en 1521; Álvaro de Saavedra en 1529; Hernando de Grijalba en 1537; Ruy López de Vi-

llalobos y Bernardo de la Torre en 1543; e Iñigo Ortiz de Retes en 1545.

El 21 de noviembre de 1564 la flota zarpa de Acapulco. La ida a Filipinas se desarrolla en dos meses. Urdaneta dará pruebas sobradas de la precisión de sus cálculos y de su conocimiento del Pacífico, siendo además decisivo en las negociaciones con los aborígenes, tanto por su sentido de la diplomacia como por su conocimiento de la lengua malaya.

Tras permanecer cuatro meses en el archipiélago, se inicia el conocido como «tornaviaje», es decir, el viaje de regreso hacia el este, estratégicamente muy importante, pues debería permitir a Nueva España el comercio con el este asiático sin atravesar las aguas controladas a occidente por los portugueses en las Molucas, India y África.

El tornaviaje se inicia en San Miguel, en Filipinas el 1 de junio de 1565, al mando de un joven de dieciocho años, Felipe Salcedo, y del propio Urdaneta, quien pone rumbo nordeste aprovechando el monzón del suroeste. Impulsados por el monzón de verano, hasta el 4 de agosto navegan al nordeste buscando la corriente del Kuroshivo («corriente negra» en japonés) que los impulsaría hasta Acapulco. El 18 de septiembre avistan la isla californiana de Santa Rosa culminando la primera travesía del Pacífico de oeste a este. Costeando, arriban a Acapulco el 8 de octubre, tras haber recorrido 7 644 millas náuticas (14 157 km) en ciento treinta días, a una media de cincuenta y nueve millas náuticas (109 km) por día. Durante los siguientes doscientos cincuenta años, las naves españolas, y sobre todo el famoso galeón de Manila, emplearán esta ruta que aun hoy es una de las principales rutas marítimas del mundo moderno.

Junto a la faceta exploradora de Urdaneta, se ha de destacar una segunda faceta, la evangelizadora. Urdaneta y los otros cuatro frailes agustinos que le acompañan en la expedición, ini-

cian la evangelización de Filipinas, único país de toda Asia, hoy en día, mayoritariamente católico, gracias precisamente a Urdaneta y otros frailes españoles (y luego filipinos) como él. Las instrucciones de Urdaneta incluyen la evangelización de las islas en el idioma nativo, hecho en el que uno podría pensar que se halla la razón de la menor implantación del español en Filipinas que en el continente americano, si bien en este, la evangelización también se llevó a cabo en las lenguas locales. La auténtica razón de la pérdida de la lengua española en Filipinas se halla más bien en el proceso de intensa desespañolización que acometerán los Estados Unidos durante la dictadura que implantan desde 1898 hasta 1946 en el archipiélago.

Y junto a estas dos facetas del fraile todavía una tercera, la del cosmógrafo y el literato, pues Urdaneta deja escrita relación de todo cuanto realiza en varias obras. Así la *Relación sumaria del viaje y sucesos del comendador Loaísa desde 24 de julio de 1525*, que entrega a don Macías del Poyo, en Valladolid, completada con otra que entrega un año después al Rey. También el *Derrotero de la navegación que había de hacer desde el puerto de Acapulco para las islas de poniente el armada que S. M. mandó aprestar para su descubrimiento en las costas del mar del Sur de Nueva-España*. Y todo un informe sobre el archipiélago filipino para dirimir la jurisdicción castellana sobre las islas.

Andrés de Urdaneta morirá en la Ciudad de México el 3 de junio del año 1568, con sesenta años.

CAPÍTULO 10
EL LAGO ESPAÑOL

La expresión, que al parecer debemos al historiador francés Pierre Chaunu, hace referencia a ese siglo entero en el que el océano Pacífico es un verdadero lago español, por el que solo navíos españoles tienen los conocimientos y los permisos necesarios para navegar. Ya hemos visto que, en 1580, esto es, sesenta años después de hacerlo los barcos españoles por primera vez, irrumpe en el escenario acuático una embarcación de nacionalidad distinta a la española, la que manda el pirata ingles Francis Drake, y hasta bien entrado el siglo XVII, los pocos que se atreven a hacerlo lo hacen en la parte occidental del océano y abordándolo desde el Índico, nunca desde la punta sur de América.

En esas condiciones, los navegantes españoles comienzan una labor de prospección y exploración del océano que los va a llevar a realizar numerosos descubrimientos.

Sin ánimo desde luego de ser exhaustivos, se puede hablar de los descubrimientos de Álvaro Saavedra, las islas Marshall, Carolinas, Almirantazgo, Aroe; Hernando de Grijalba Revillagigedo, las islas Espórades, Gilbert, Mapia; Ruy López de Villalobos, descubridor de Hawái y Palaos; Bernardo de la Torre e Iñigo Ortiz de Retes, Volcano y Nueva Guinea. Pedro Sánchez Pericón y Rodrigo de Angle, le Isla de la Pasión; Álvaro Mendaña y Sarmiento de Gamboa, las islas Salomón y Elice; Juan Fernández, las islas Juan Fernández; (1574); Luis Váez de Torres, el estrecho de su nombre.

En esta misión de descubrimiento y exploración del Pacífico, reservamos tres breves epígrafes a cuatro personajes especialmente singulares: san Francisco Javier, Isabel Barreto, Gabriel de Castilla y Fernández de Quirós.



Maris Pacifici de Ortelius (1589). Uno de los primeros mapas impresos que muestran el océano Pacífico; véase también el Universalis Cosmographia, el mapa de Waldseemüller (1507).

1. SAN FRANCISCO JAVIER, «CONQUISTADOR» DEL JAPÓN (1549)

Francisco de Jasso Azpilcueta Atondo y Aznares de Javier, generalmente conocido como Francisco Javier, nace el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, cuyo nombre, igual que el de la familia, bien podría ser la latinización del vasco «Echaberri», «casa nueva», como sostiene el biógrafo del santo el jesuita José María Recondo. Lo hace en una familia de alta alcurnia, ya que su padre Juan de Jasso, era presidente del Real Consejo del rey de Navarra Juan III de Albret.

Ocupada la Navarra cispirenaica por las tropas del duque de Alba enviadas por Fernando el Católico en 1512, la familia de Francisco toma partido por la antigua dinastía, los Albret, participando en la contraofensiva que en 1521 ataca Pamplona, episodio bélico en el que se produce, precisamente, la lesión de Ignacio de Loyola que transformará la vida de este —e indirectamente la de Francisco— hasta convertirlo en el fundador de la Compañía de Jesús. La derrota de las tropas navarras tendrá como consecuencia para la familia de Javier el desmochamiento de su castillo por el Cardenal Cisneros.

Francisco Javier estudiará en la Sorbona en París, donde co-

noce a Ignacio de Loyola y a otros cinco compañeros, Pedro Fabro, Alfonso Salmerón, Diego Laínez, Nicolas Bobadilla y el portugués Simao Rodrigues, con todos los cuales forma la Compañía de Jesús fundada por aquél. Ordenado sacerdote en Venecia en 1537, en 1541 parte para Asia desde Lisboa, en calidad de legado pontificio.

Francisco Javier recorrerá entonces las tierras más remotas en África y Asia: Mozambique, Melinde, Socotora, Goa, Tuticorrín, Trichendur, Manapar, Combuture, Molucas, en todas las cuales deja su sello en forma de incipientes y heroicas comunidades cristianas que aún perviven hoy en día.

En 1549, Francisco Javier cruza a la isla del Sol Naciente, Japón, y aunque es verdad que otros portugueses la han visitado antes que él en viajes comerciales, eso es seguro, Francisco Javier es el primer occidental en hacerlo cuyo nombre conocemos a ciencia cierta, honor que le disputa un cierto Fernando Mendes, portugués que escribe unas *Peregrinaciones* cuya veracidad no está muy clara. Lo que a tantas otras facetas de san Francisco Javier une también la no siempre suficientemente ponderada de explorador y descubridor.

En Japón intenta, sin conseguirlo, visitar al Emperador Go-Nara, para convertirlo. Conocido en la isla como Savieru, pasa en ella dos años y tres meses, aprende algo de japonés y deja una incipiente comunidad católica que es de la que emana la que ha llegado a nuestros días, un 2% más o menos de la población nipona, con epicentro en la ciudad de Nagasaki, catedral primada del país y tristemente célebre por la bomba atómica que el 9 de agosto de 1945 se lleva la vida de cien mil de sus habitantes, muchos de ellos, pues, católicos.

De Japón se vuelve Javier a la India, y de la India a China, viaje que, aunque inicia, no puede consumar por sorprenderle

la muerte a la temprana edad de cuarenta y seis años, el 3 de diciembre de 1552.

1. 1. La Embajada Keicho ante Felipe III (1613)

Al hilo de la incipiente cristianización nipona auspiciada por el gran Francisco Javier, se produce un hecho más en ese proceso de achicamiento del planeta iniciado desde España que es el que cabe denominar la *Embajada Keicho*, hoy bastante olvidada, con un objetivo muy claro, la creación de un sistema de agentes entre Japón y España para aprovechar las dinámicas iniciadas por la Nueva Ruta de la Seda, auspiciada por los reyes españoles y ejecutada por los navegantes españoles.

Desde el punto de vista japonés representó un intento, por desgracia extemporáneo, solitario y breve, de romper con el secular aislamiento al que el Imperio del Sol Naciente se venía autosometiendo y seguirá haciéndolo hasta los tiempos de la Restauración Meiji, a mediados del siglo XIX, en la persona del emperador Mutsuhito, y ocurrió cuando en 1613, el daimio Masamune Date, uno de los hombres más poderosos del Japón, partidario de la apertura del Imperio Nipón al exterior, decide enviar una embajada desde la ciudad de Sendai que era su capital, hasta España.

Al mando del viejo samurái Hasekura Rokuemon Tsunenaga y con el auxilio del fraile franciscano español Luis Sotelo, ciento ochenta emisarios japoneses se dirigen a nuestro país, cosa que, por cierto, harán por la ruta española, no por la portuguesa (y eso que por aquel entonces las dos coronas se hallaban unidas en la persona de Felipe III de España y II de Portugal), es decir, cruzando el Pacífico gracias a la corriente del Kuroshivo descubierta por Urdaneta, hasta Acapulco, para, llegando después a Veracruz, la ciudad fundada por Hernán Cortés sobre la costa este mejicana, atravesar el Caribe y el Atlántico y llegar a

España, adonde entra, como no, por el puerto de las grandes hazañas hispanas, Sanlúcar de Barrameda, en el navío San José.

De Sanlúcar la expedición se dirige a Sevilla, mientras en Madrid se concierta una audiencia al máximo nivel, nada menos que con el rey. La reunión causará tal impresión al jefe de la expedición, Hasekura Tsunenaga, que incluso tomará el bautismo adoptando el nombre de Felipe Francisco de Fachicura (transcripción hispana más o menos libre de su nombre Hasekura), y con él todos o muchos de los componentes de la expedición.

De Madrid los emisarios nipones ponen rumbo a Francia, e incluso a Roma, donde serán recibidos por el Papa. Pero a su regreso las cosas habían cambiado mucho. El shogun Tokugawa, verdadero hombre fuerte del Japón, había expulsado a los jesuitas y prohibido el cristianismo, imponiendo la política del Sakoku, literalmente «cierre del país»: todas las comunidades extranjeras eran expulsadas de las islas, a excepción de una pequeña comunidad de holandeses, a la que por cierto, se la encierra en la pequeña ciudadela de Dejima, unida a tierra firme por un único puente y de la que no puede salir, con el único objeto de «percibir» a través de ella todo movimiento europeo que pudiera interesar a las autoridades imperiales niponas o realizar el comercio de mínimos que interesaba a los mandatarios nipones.

Naturalmente, pocos de los componentes de la embajada Keicho volverán al Japón. Sí lo hará su jefe, Hasekura, quién encarcelado nada más llegar, morirá en prisión al poco. En cuanto al franciscano inspirador del proyecto, Luis Sotelo, regresará a Japón en 1622 infiltrado en un barco chino. Capturado y encarcelado dos años, en 1624, a los cincuenta años, muere mártir en una hoguera junto a otros dos franciscanos, un dominico y un jesuita, beatificados los cinco en 1867 por Pío IX.

La mayoría de la delegación, en cambio, queda en España, donde se establecerá en la ciudad de Coria del Río, en Sevilla, y donde adopta el apellido Japón que ha llegado a nuestros días. Hubo de hecho un célebre árbitro de fútbol llamado Japón Sevilla, y quedan en la ciudad sevillana personas que incluso se apellidan Japón Japón.

Me hallaba yo un día en una bonita terraza en la maravillosa plaza mayor de la manchega ciudad de Villanueva de los Infantes, cuando escuchaba hablar a una familia andaluza del viaje que realizaba por tierras del Quijote. Como estábamos muy próximos y eran sumamente agradables y comunicativos, entablamos conversación. «Venimos de Coria», me dijeron, «¿conoce Vd. Coria?». Y le dije, «ya lo creo, pero si por algo recuerdo yo ese bonito pueblo sevillano es por la historia de los japoneses que vinieron a España en el siglo XVII y se quedaron establecidos en él adoptando el apellido Japón». Vi las caras de sorpresa… «¡¡¡Somos nosotros!!!», me dijeron, «¡¡¡todos nosotros somos Japón!!!»

2. ISABEL BARRETO, LA MUJER ALMIRANTE (1595)

Con la que completamos esta tríada de mujeres conquistadoras en la que hemos incluido a otras dos junto con Isabel: Doña Marina la Malinche e Inés de Suárez.

Isabel Barreto de Castro nace en Pontevedra en el año de 1567. Siendo muy niña su familia se traslada al Virreinato del Perú, donde con apenas dieciocho años se casa con el navegante español Álvaro de Mendaña, patrón de varias expediciones por el Pacífico. En la que su esposo organiza en 1595, a las Islas Salomón, Isabel decide embarcarse con un centenar de mujeres sobre una tripulación total de 378 almas.

Tras descubrir las Islas Marquesas, durante su estancia en las islas Santa Cruz, Mendaña enferma de malaria y muere. Antes de morir, nombra a su mujer gobernadora en tierra, y al her-

mano de esta, Lorenzo Barreto, almirante de la expedición, pero Lorenzo también muere a los pocos días después e Isabel se encarga del mando de la expedición, como adelantada del mar océano.

Con el asesinato del cacique local Malope por soldados españoles, la expedición tendrá que abandonar las islas. Isabel entonces pone rumbo a las Filipinas, llegando a Manila, adonde arriba el 11 de febrero de 1596 tras una accidentada travesía en la que la incluso tendrá que colgar a varios marineros rebeldes.

En Filipinas, Isabel vuelve a casar ese mismo año, con el general Fernando de Castro, con quien organizará una expedición que los llevará primero a Acapulco, y después a Guanaco, en Argentina, donde Isabel poseía una encomienda. Es incierto si su muerte se produjo en el Perú o en su Galicia natal, adonde habría regresado.

3. GABRIEL DE CASTILLA, DESCUBRIDOR DE LA ANTÁRTIDA (1603)

No es mucho lo que sobre la infancia de Gabriel de Castilla sabemos: que nace hacia el año 1577, que lo hace en Palencia y de noble cuna…, desconocimiento que, sin duda, deriva de la escasa importancia que su descubrimiento tuvo hasta pasado no poco tiempo de ocurrido.

Como quiera que sea, pronto nos encontramos a Gabriel en América, y concretamente en Chile, donde participa en el reconocimiento de su entonces ignoto territorio. Nombrado General de El Callao, participa también en esa Guerra del Arauco que durará siglos.

En 1603 Gabriel de Castilla zarpa de Valparaíso al mando de tres naves. Objetivo de la singladura, el que le encomienda su primo Luis Velasco y Castilla, virrey del Perú: reprimir las incursiones de corsarios holandeses en los mares del sur de Chile.

Poco o nada se sabría de la expedición de no ser por el testi-

monio de un marinero holandés, Laurenz Claesz, el cual declara haber «navegado bajo el Almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de las costas de Chile hacia Valparaíso, i desde allí hacia el estrecho, en el año de 1603; i estuvo en marzo en los 64 grados i allí tuvieron mucha nieve. En el siguiente mes de abril regresaron de nuevo a las costas de Chile». Haciendo una descripción que, según todo indica, sería la de las islas Melchior, un remoto archipiélago sito en la antártica bahía de Dallman.

Según otras fuentes que también atribuyen al almirante De Castilla el descubrimiento, este habría partido a bordo del navío Buena Nueva. En el verano austral de 1603 superaría los 60º de latitud sur, y observaría tierras montañosas cubiertas de nieve. Las coordenadas de sus descubrimientos indican que reconoció las islas actualmente llamadas Shetland del Sur (a las que llamó, como su navío, «Islas de La Buena Nueva»), la parte septentrional de la península Antártica. Por las coordenadas que da y por la descripción geográfica que realiza, es muy probable que hubiese llegado asimismo a las islas actualmente llamadas islas Melchior.

Después de Gabriel de Castilla, otros navegantes españoles llegarán a latitudes similares. Así lo hace la fragata Aurora en 1702 o la San Miguel en 1709, antes de que en 1773 el británico James Cook descienda hasta los 71° 10’ de latitud sur.

La base antártica que España posee en la Antártida, concretamente en la isla Decepción en las Islas Shetland del Sur, lleva en su honor el nombre de Gabriel de Castilla. Fundada en el verano austral 1989-90, opera solo en verano. Lo que poco tiene de extraño si consideramos que en la Antártida se ha padecido la temperatura más baja nunca registrada en la tierra: menos ochenta y nueve grados centígrados, el 21 de julio de 1983.

4. PEDRO FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, ¿DESCUBRIDOR DE

AUSTRALIA? (1606)

Pedro Fernández de Quirós, Pedro Fernandes de Queiros en portugués, nace en Évora, en Portugal, a pocos kilómetros de la frontera con España, en 1565. Con treinta años, nos lo encontramos ya como piloto en la expedición de Álvaro de Mendaña a las islas Solomon en la que hemos visto también a Isabel Barreto.

En 1605 se halla de nuevo en el Perú al mando de la expedición que ha de zarpar a la búsqueda de la *Terra Australis*, la tierra del sur con tres barcos que zarpan de El Callao el 21 de diciembre. Tras descubrir las islas Henderson y Ducie en mayo de 1606, la expedición arriba en las islas que Quirós llama Australia del Espíritu Santo; que pasarán a llamarse, desde que las ocupara el inglés James Cook en 1774, Nuevas Hébridas, en referencia a las islas escocesas; y después aún, al lograr la independencia en 1980, en el nuevo país de las Vanuatu.

Animado por un fuerte espíritu religioso, Quirós funda en las islas una colonia que llama Nueva Jerusalén y una orden para defenderla, la Orden del Espíritu Santo. Aunque la colonización efectiva de las islas la realizarán desde finales del s. XVIII ingleses y franceses, se producirá un hecho altamente singular, cual es la posibilidad que siempre mantendrán los indígenas del lugar de recabar justicia de una corte nativa cuyo presidente nombra el Rey de España.

Quirós se halla de vuelta en Madrid en 1607, donde pasa siete años narrando y escribiendo sobre su fabuloso viaje. La obra de Quirós acabará llegando a manos del Almirante de la Armada británica Alexander Dalrymple, el cual se la facilita a Joseph Banks, el cual a su vez la pone a disposición de James Cook, que pasa a la historia como descubridor de Australia.

Durante el s. XIX, en círculos católicos australianos se difundirá que el verdadero descubridor de Australia no había sido

James Cook y con él Willem Janszoon y Abel Tasman, sino el propio Quirós, algo que el arzobispo de Sídney, Patrick Francis Moran, dará por hecho demostrado y se enseñará en las escuelas católicas del país durante mucho tiempo. De hecho, según la versión en cuestión, la colonia de Nueva Jerusalén fundada por Quirós habría estado emplazada en realidad cerca de la ciudad de Gladstone, en Queensland.

En parecida dirección podría abundar la posible etimología de la palabra Australia, que no sería Australia por tratarse de una región austral, es decir en el sur, en realidad el continente más austral, más meridional, más al sur vale decir, de los cinco continentes —al fin y al cabo, «australis-e» es como en latín se dice «del sur»— sino en honor de la dinastía de los Austria reinante en España. De hecho, el nombre no sería propiamente «Australia», sino «Austrialia», y así figura en la portada y en el texto del informe que envía al Rey Felipe III informando de sus descubrimientos.

De hecho, en el año 2006, con motivo del IV Centenario del bautismo del país por Quirós, la embajada española en Australia organiza en el Australian National Maritime Museum de Sídney una exposición dedicada a las expediciones españolas en el Pacífico Sur del siglo XVI al XVII bajo el lema *Naming Australia* (*Dando nombre a Australia*).

La gran paradoja del tema es que el nombre Austria, del que deriva según lo dicho Australia, deriva, a su vez, del nombre que el país recibe en el propio idioma de los austríacos, el alemán, en el que se llama *Österreich,* cuyo significado no es otro que el de «reino del este», o «reino oriental».

Y por si todas estas paradojas no fueran suficientes, resulta que uno de los seis estados en los que se divide Australia se llama *Australia Meridional,* con lo que su nombre, absolutamente redundante, no significa otra cosa que tierra del sur del sur.

De vuelta hacia Perú con cartas reales para acometer nuevas expediciones, Quirós morirá a bordo del barco, en Panamá en el año 1614, con apenas cuarenta y nueve años.

Amén de lo que él mismo escribió sobre sus aventuras, existen otras crónicas de sus expediciones como la *Relación sumaria de Prado* (1608), o el *Memorial de Juan Luis Arias de Loyola* (1630), basado en las discusiones habidas entre Arias y el propio Quirós. La figura de Quirós ha conocido mucho auge en los ámbitos australianos: el poeta australiano del s. XX, James McAuley, le dedica todo un poema en el que lo llama *mártir del cristianismo*, y el novelista John Toohey publica en 2002 una novela titulada *Quirós*.

5. EL PASO DEL NORTE

El paso del Sur no es el único paso existente en la Tierra para salvar «el obstáculo americano» y poder cruzar del Atlántico al Pacífico y viceversa. Por el norte del continente existe otro paso al que se da en llamar «paso del Noroeste», la ruta marítima que atraviesa el subcontinente norteamericano por el norte, muy cercana al Polo Norte, atravesando el océano Ártico y conectando los dos océanos.

La ruta discurre por un conjunto de estrechos localizados en el archipiélago ártico canadiense. De oeste a este, el paso del Noroeste parte del estrecho de Bering que separa Rusia y Alaska, y sigue por el mar de Chukchi y el mar de Beaufort. Cruza luego el archipiélago ártico canadiense, desde donde se abren varias alternativas, y continúa por la bahía Baffin para llegar finalmente al estrecho de Davis, ya en el Atlántico. Hablamos de nada menos que cuatro mil kilómetros, compárese con los 565 del Estrecho de Magallanes, que, por si ello fuera poco, permanecen congeladas muchos meses al año, tanto como diez en algunos tramos.

Su exploración no interesará excesivamente a los españoles,

que como hemos tenido ocasión de ver a lo largo de estas páginas, dirigen sus ojos más bien hacia el sur del gigantesco continente americano que hacia el norte, siendo las principales expediciones montadas para la búsqueda del paso las inglesas, francesas y hasta rusas. Hay una razón para ello, que tendremos ocasión de conocer en seguida. Todo lo cual no obsta para que, efectivamente, existan ciertos intentos españoles de encontrar y explorar el Paso del Noroeste.

El primero que lo hace es el propio Hernán Cortés, en esas expediciones que financia con su inmensa fortuna, por desgracia ninguna de ella muy exitosa, quien, en 1539, en la cuarta y última, encarga a Francisco de Ulloa navegar a lo largo de la península de Baja California en la costa occidental de Norteamérica. Ulloa extraerá la conclusión, a todas luces errada, de que el golfo de California era el punto más meridional de un estrecho que, supuestamente, conectaría el Pacífico con el golfo de San Lorenzo, en la costa este de Canadá, sobre el Atlántico. La idea daría pie a la leyenda de un estrecho que recibe el nombre de Anián, provincia china mencionada en el *Libro de las Maravillas* de Marco Polo, el cual incluso aparecerá en un mapa del cartógrafo italiano Giacomo Gastaldi publicado hacia 1562, y animará muchas historias y expediciones.

En 1592, el navegante griego Ioannis Phokas, conocido en España como Juan de Fuca, llamado también Apostolos Valerianos, explora para la corona de España las costas al norte de Nueva España, a la búsqueda del paso del Noroeste. Su viaje de exploración le llevará al estrecho que bordea la isla de Vancouver por el sur, conocido hoy como estrecho de Juan de Fuca.

En 1609, el navegante Lorenzo Ferrer de Maldonado, con fama de embaucador, publica la *Relación del Descubrimiento del estrecho de Anián que hice yo el capitán Lorenzo Ferrer Maldonado el año 1588*, obra en la que, como su propio nombre indica, reclama haber encontrado el paso en 1588, descalificada por des-

cabellada e incoherente, pero que, sin embargo, aporta datos que corroborarán expediciones posteriores, como la existencia de un estrecho que podría ser el de Bering.

En esto aparece la importante figura de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, el cual participará en dos importantes expediciones hacia el norte: una en 1775, la otra en 1779. Nacido en Lima, por lo tanto, criollo americano, en el año 1743, tras iniciar estudios en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos de Lima, primera de la treintena de universidades que España funda en América, se traslada a España e ingresa en la Academia Naval de Cádiz a los diecinueve años.

En al año 1775, con treinta y dos años, se enrola en la expedición con dos barcos, el Santiago y la Sonora, del teniente Bruno de Heceta, que pretendía obtener títulos de propiedad españoles sobre las costas norteamericanas ante los rumores de que los rusos, desde Siberia, pretendían llegar a las costas noroccidentales americanas.

El 14 de julio de 1775 alcanzan Point Grenville, en el actual estado de Washington, el más septentrional en el oeste de los Estados Unidos, donde son atacados por unos indios. Heceta decide entonces volver a México, pero Bodega continúa hacia el norte, nombrando y reclamando el puerto de Bucareli, el puerto de los Remedios y el monte San Jacinto, hasta llegar a la actual Sitka, 59º latitud norte, en pleno Alaska, que alcanza el 15 de agosto de 1775, y del que se puede decir que Bodega es descubridor.

Al no hallar los famosos asentamientos rusos, y con la tripulación y el propio Bodega enfermos de escorbuto, y no sin realizar aún algún atraque en tierra para reclamar la soberanía española, el Sonora alcanza finalmente la bahía de Monterrey, en Méjico.

Cuatro años después y al mando del teniente Ignacio de Ar-

teaga, Bodega y Quadra participa en una nueva expedición cuya misión es explorar la costa noroeste y cartografiarla, en busca, una vez más, del Paso del Noroeste hacia el Atlántico. Llega entonces a 58º 30 minutos norte.

En 1780 Bodega será elegido gobernador del departamento de San Blas, en Méjico, y en 1792 se reúne con el británico George Vancouver en la isla de Nutka, que él mismo había descubierto, para negociar la soberanía de la zona. Tras largas negociaciones, uno de sus acuerdos consistirá en llamar «Isla de Quadra y Vancouver» a la que hoy, por desgracia, conocemos ya simplemente como Vancouver.

De regreso a San Blas, Bodega enferma, produciéndose su muerte el 29 de marzo de 1794. Muchos accidentes de la costa norteamericana del Pacífico serán nombrados en su honor, como así, por ejemplo, la bahía de Bodega, en California.

En la última década del siglo XVIII, España duplica esfuerzos para explorar la zona. Así, en 1790 el español Francisco de Eliza, que había colaborado con Bodega, realiza varias expediciones de reconocimiento en el estrecho de Juan de Fuca, a la búsqueda del ansiado Paso, y descubre el estrecho de Georgia. De hecho, da nombre a la isla Eliza, en el estado de Washington.

En 1791, en el marco de la que se conoce como «Expedición Malaspina», con vocación científica y de exploración, el marino italiano al servicio de la Corona de España, Alessandro Malaspina, navega a bahía Yakutat, en Alaska, siempre a la búsqueda del paso.

De ella se segrega la expedición que dirige ahora Dionisio Alcalá Galiano, con dos barcos, el Sutil y la Mejicana, que se llega hasta el puerto de Nutka, en la costa pacífica del Canadá, donde había un puesto y varios buques españoles.

6. EL PORQUÉ DE QUE LA CONQUISTA ESPAÑOLA BUSQUE EL SUR Y NO EL NORTE

Resulta extraño que a pesar de que España se halle, ella misma, en el hemisferio norte, y de que la primera tierra que se encuentra en América, aunque en una latitud algo más meridional, se halle también en el hemisferio norte, la exploración española de América se haya dirigido principalmente hacia el sur, siempre hacia el sur. Lo que constituye una pregunta que se realizan no solo sesudos historiadores, sino simples interesados en la historia de España y en su presencia en América.

En los primeros momentos de la exploración española, los intentos de Ponce de León, Hernando de Soto y algunos otros exploradores que se dirigieron hacia lo que hoy son los Estados Unidos de Norteamérica, constituyen una verdadera excepción frente a los principales impulsos conquistadores, que llevan a los españoles, Núñez de Balboa, Cortés, Pizarro, Almagro, Valdivia y tantos y tantos otros, siempre hacia el sur, a Méjico, a Nueva Granada, a Perú, a Chile en lo que es la conquista por tierra firme, y a la costa meridional rioplatense y patagónica, con los intentos de Vicente Yáñez, Díaz Solís, Magallanes, Elcano, etc., en lo que es la conquista por agua.

La lectura de esta obra, y concretamente de este capítulo, ofrece sin duda una respuesta cabal y perfectamente lógica a esta pregunta. La razón de esa exploración dirigida siempre hacia el sur no es otra que el hecho de que las anheladas islas de la especiería se hallan al sur, y, por lo tanto, no parece lo lógico intentar llegar a ellas navegando hacia el norte.

Hacerlo así, llegar al sur navegando hacia el norte, es, desde luego, una opción, como constituyó para España una opción navegar hacia occidente para llegar a las islas que estaban al oriente… Pero si eso se hizo es porque ya había una potencia que había captado y monopolizado esa ruta del este que en principio era la más lógica.

Pero ahora, cuando el océano Pacífico no es otra cosa que el

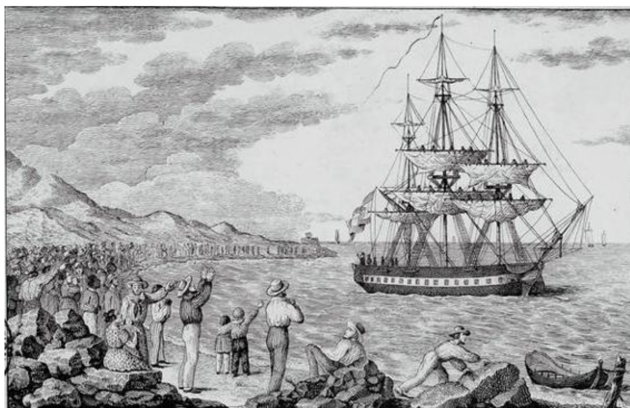
Lago Español, y el Atlántico oeste también es el Lago Español, esa potencia no existe. Todo el ancho mar Atlántico de norte a sur está a merced de España en las latitudes americanas, y no tiene sentido, si lo que se quiere es llegar al sur, comenzar a buscar un paso por el norte.

Llegados a este punto, todavía se puede oponer una objeción. Y una vez alcanzado el paso sur, ¿por qué no buscar el paso norte?

Los intentos se dieron, como se ha visto, pero fueron esporádicos y poco intensos. La verdad es que una vez que el paso se encontró por el sur, intentar encontrar otro paso por el norte sólo es hacer el trabajo sucio a las demás potencias, obligándose España a defender dos rutas en lugar de defender sólo una, lo que *per se*, ya era suficientemente demandante y complicado. De manera similar a como hemos visto que los principales interesados en que no se hallara paso alguno entre el Atlántico y el Pacífico, que no se abriera, en definitiva, una ruta occidental a las Indias, eran, precisamente, los portugueses, que ya explotaban en régimen de monopolio la única ruta conocida hacia «sus» islas.

Una cosa, sin embargo, no me ofrece la menor duda. De no haber existido ese paso del sur que con tanto esfuerzo encuentra Magallanes para la Corona española, de haberse saldado con el fracaso la expedición Magallanes-Elcano como se habían saldado con parecido fracaso otras expediciones anteriores buscando el mismo paso, así la de Vicente Yáñez Pinzón o la de Juan Díaz de Solís, la Corona española, los marinos españoles, se habrían puesto con la misma urgencia y diligencia a la búsqueda del Paso del Norte, y entonces la colonización española podría haber llevado a conquistar y evangelizar también las tierras que hoy constituyen los territorios nacionales de Estados Unidos y de Canadá.

¿Y eso por qué? Pues porque el objetivo español siempre fue el mismo y no se postergó ni se descartó jamás. Y no se habría postergado ni se habría descartado si no se hubiera encontrado el Paso del Sur. Desde la misma llegada de Colón a Guanahani, y aún antes, desde la primera vez que Colón se ve las caras con los enojosos sabios de Salamanca que tantos sinsabores le produjeron, el objetivo siempre fue el mismo: llegar a las costas orientales de Asia, a las islas de la especiería, navegando hacia occidente. Establecer en suma desde España… «la Nueva Ruta de la Seda».



La corbeta María Pita, fletada para la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna , partiendo del puerto de La Coruña en 1803 (grabado de Francisco Pérez).

CAPÍTULO 11
EPÍLOGO

Llegados a este punto, cabe preguntarse, para terminar esta obra, qué es eso que el descubrimiento, colonización y evangelización ha representado para los lugares de América y del Pacífico que han recibido la labor descubridora, colonizadora y evangelizadora española, y que permite que los españoles podamos sentirnos orgullosos de haber compartido nuestra historia con tantas gentes del planeta Tierra durante tres completos siglos en los casos en que menos, y durante más de cuatro en los casos en que más…

Y la verdad es que un somero repaso de la misma permite afirmar que la labor ha sigo ingente, tan ingente que, de hecho, permitió a los indígenas americanos y no americanos un hecho insólito: el tránsito del neolítico al renacimiento en apenas dos generaciones, un tránsito que a los europeos había costado nada menos que siete mil años.

A riesgo de dejarnos en el tintero algo verdaderamente importante, vamos a intentar resumir en diez los principales beneficios que dejó la labor española en las tierras en las que tocó.

1. EL DESCUBRIMIENTO

Todo recuento que se haga de esos beneficios ha de empezar, necesariamente, por el propio descubrimiento en sí: una obra de titanes, hercúlea como probablemente ninguna otra en la historia, solo al alcance —en los siglos XV al XVIII en que se produce, con especial intensidad en los dos primeros, XV y XVI —, de los navegantes y los exploradores españoles, que unieron a su pericia y talento, su fortaleza, su confianza ciega en sí mismos y en Dios, su arrojo, su instinto y su valentía, posibilitando el descubrimiento de mucho más de la mitad del planeta, hasta el 57% según hemos podido ver, y poniendo en contacto a la to-

talidad de los habitantes del orbe, todos los cuales, hasta ese momento, desconocían la existencia de «los demás».

2. LA EVANGELIZACIÓN

En segundo lugar, se ha de mencionar la evangelización del continente, lo que, más allá de cuestiones relacionadas con la autenticidad de la religión que los misioneros españoles, principalmente franciscanos, jesuitas, dominicos, carmelitas y jerónimos, expandieron por el mundo hasta convertirla en la que profesan uno de cada tres habitantes del planeta, tiene una doble consecuencia: la de despojar a los habitantes americanos de las religiones opresoras y supersticiosas que profesaban, fundamentadas en los sacrificios humanos y la antropofagia; y la de proveerles, por el contrario, de la religión que ha hecho posible los derechos individuales, la responsabilidad individual, la libertad de los seres humanos y, finalmente, sobre esos tres pilares, la democracia.

3. EL MESTIZAJE

En tercer lugar, y muy especialmente, diría yo que el gran valor de la colonización española no es otro que el mestizaje, convirtiéndose el americano en un modelo de fusión del recién llegado con el nativo del lugar, extraordinario por comparación al desarrollado las potencias coloniales del momento histórico y aún posteriores (británicos, franceses, holandeses), hasta crear una nueva raza que hoy no es ni española ni americana, sino una mezcla de las dos, como es bien notorio en lugares como Méjico, donde un 20% de la población son indios puros, y aún más revelador, el 70% mestizos; Bolivia, donde un 54% son indios puros y un 32% son mestizos; Paraguay, donde un 75% son mestizos; o Ecuador, donde un 6,5% son indios puros y un 65% son mestizos, por tomar tan solo algunos ejemplos significativos. Países, todos ellos, donde la presencia española superó los dos siglos y medio, rozando los tres en casos como el de Méji-

co, más del doble, por lo tanto, de lo alcanzado por franceses o anglosajones en el mismo continente. Compárese con las cifras alcanzadas en Canadá, donde apenas un 4% de la población son indios puros y no llega al 1% el número de los mestizos; o, aún peor, los Estados Unidos de Norteamérica, donde un 0,8% de la población la componen indios puros y el mestizaje es prácticamente inexistente.

Cuando en el año 2015 el papa Francisco viajó a Bolivia pidió perdón a los indígenas bolivianos «por los errores de la evangelización», que es lo mismo que decir «por los errores de la evangelización española», porque en Bolivia, como es notorio y conocido, no hubo otra evangelización (tampoco, por cierto, la «vaticana o pontificia»). Evidentemente, no resultó nada complicada a Francisco la afirmación, ante una audiencia que era indígena en porcentajes cercanos al 80%, y a nadie le amarga que le pidan perdón, aunque no sepa muy bien ni por qué lo hacen.

El caso es que dos meses después, el Papa estaba en Estados Unidos. Allí, esta vez, no pidió perdón «por los errores de la evangelización». Y aunque hiciera exactamente lo contrario que lo hecho en Bolivia, tampoco en este caso debió de resultarle muy complicada «la declaración»: en su audiencia, y por el contrario de lo ocurrido en los países evangelizados por España, no había un solo indígena. Habían sido exterminados por sus colonos anglosajones.

Lo que, más allá de otras consideraciones, revela también cómo se escribe la historia, cómo se la han dejado escribir los españoles, y cómo la Leyenda Negra continúa trabajando a todos los niveles sin perder una sola ocasión de manifestarse aquí y allá, donde menos se la espera.

4. UNA LENGUA FRANCA PARA EL CONTINENTE

En cuarto lugar, es de mencionar la aportación de una len-

gua franca que hiciera posible la comunicación en un territorio donde las lenguas eran tribales e imposibilitaban la comunicación entre una tribu y su vecina. Solo a modo de ejemplo, valga esta cita del artículo 5.1 de la Constitución boliviana, donde se lee:

> «Son idiomas oficiales del Estado el castellano y todos los idiomas de las naciones y pueblos indígenas originarios campesinos, que son el aymara, araona, baure, bésiro, canichana, cavineño, cayubaba, chácobo, chimán, ese ejja, guaraní, guarasuawe, guarayu, itonama, leco, machajuyai-kallawaya, machineri, maropa, mojeño-trinitario, mojeño-ignaciano, moré, mosetén, movima, pacawara, puquina, quechua, sirionó, tacana, tapiete, toromona, uruchipaya, weenhayek, yaminawa, yuki, yuracaré y zamuco».

Una lengua que, gracias a esa labor desarrollada en los siglos XVI y XVII, es hoy uno de los principales vehículos de comunicación existentes en el planeta, con seiscientos millones de hispanoparlantes, de los cuales quinientos la tienen como su lengua nativa.

Y todo ello, mientras los propios misioneros españoles aprendían, protegían y hasta redactaban las primeras gramáticas de muchas de las lenguas autóctonas, cientos de gramáticas, hasta seiscientas, proceso en el que son verdaderos pioneros de la historia y que permitió que muchas lenguas americanas tuvieran su gramática incluso antes que otras lenguas europeas como el inglés, el holandés o no digamos el ruso. La diferencia con el chino será algo menor, por la sencilla razón de que la primera gramática del chino también la escribirá un español, el padre Martín de Rada. Así el *náhuatl,* que tiene su gramática desde 1547 gracias al franciscano Andrés de Olmos y existe otra anterior de 1531 aunque se perdió; así el *quechua*, que la tiene desde 1560 gracias al dominico Domingo de Santo Tomás: así el *guaraní*, que la tiene desde 1643 gracias al jesuita Alonso de Aragona.

5. LA VERTEBRACIÓN DEL TERRITORIO

En quinto lugar, la vertebración del territorio a través de las

innumerables exploraciones realizadas, el levantamiento de la cartografía, la construcción de caminos, la creación de una estructura administrativa, unos tribunales…

En el Nuevo Mundo, los caminos prehispánicos los habían construido caminantes y estaban construidos para caminantes, ya que, salvo la *llama* en algunas escasas regiones del alto Perú, sus pobladores no disponían de animales de tiro y carga, lo que obligó a los españoles a modificar todos los caminos, ensanchándolos, rebajando su pendiente, eliminando escalones, etc. A lo que añadir todos aquellos que ni siquiera existían, y fueron construidos por España.

A mediados del siglo XVIII ya existían en América varios caminos de gran importancia comercial. Por citar sólo algunos, el Camino Real de Tierra Adentro en el virreinato de Nueva España, de unos 2500 kilómetros de longitud, que atravesaba ciudades como Querétaro, Guanajuato o Zacatecas en Méjico, o Socorro, Alburquerque y Santa Fe en Estados Unidos, Patrimonio Cultural de la Humanidad; el de los Virreyes en el Perú; o el que comunicaba Buenos Aires con Potosí, en la actual Bolivia, hasta llegar, después de un recorrido de otros 2500 kilómetros, a la mayor mina de plata del mundo, Potosí, situada a 4500 metros de altura.

Esto en tierra firme, porque también en la mar, donde los caminos de ida no son los de vuelta, los caminos construidos de vientos los diseña España. Las rutas hacia América, el tornaviaje atlántico, el cabotaje atlántico americano, los cruces de caminos como el Estrecho de Magallanes, los caminos hacia Asia, el tornaviaje pacífico, el cabotaje pacífico americano, todo son construcciones españolas. Añádase ese tesoro que son las cartas de navegación españolas que permiten acuñar esa frase en modo alguna exagerada, según la cual «el mundo aprendió a navegar con las cartas de navegación españolas», convertidas, por cierto, en objeto de valor incalculable que los piratas ingleses u

holandeses se disputaban por poseer y con las que hasta se traficaba, como si de un mapa del tesoro se tratara.

6. LA FUNDACIÓN DE CIUDADES

En sexto lugar, la fundación de ciudades por doquier, hasta un millar como poco, un rastro de lo cual permanece en todos los toponímicos españoles repartidos por todo el Atlántico y por todo el Pacífico, muchos de los cuales «transportan» hermosas raíces árabes como Guadalupe o Guadalcanal. Cuatro de las treinta ciudades más pobladas del mundo fueron fundadas por los españoles que colonizaron América entre los siglos XV y XVI, a saber: Sao Paulo, con veintidós millones de habitantes, fundada por fray José de Anchieta; Buenos Aires, con quince millones, fundada por Pedro de Mendoza primero y por Juan de Garay después; Manila, con catorce millones, fundada por Miguel López de Legazpi; y Lima, con once millones de habitantes, fundada por Francisco Pizarro.

7. COLEGIOS Y UNIVERSIDADES

En séptimo lugar, la expansión de la educación y la divulgación de los avances científicos y de la cultura a través de las escuelas y universidades fundadas por los españoles y patrocinadas por la Corona, las primeras del Nuevo Mundo. Cuando Harvard se funda en 1636, España ya ha creado quince universidades en América, que ni que decir tiene, no poseía en la Península, ni había país del mundo que poseyera. Cuando abandona América, las universidades fundadas ascienden a treinta. Portugal, por ejemplo, no fundó ni una. Una labor que, por cierto, hay que atribuir, sobre todo, a los muchos misioneros que España destacó en América. Universidades en las que se impartían las lenguas autóctonas americanas, y en las que no estaba vedada, como sí en Harvard, la entrada de los indígenas, generalmente los de la aristocracia local o los considerados más capaces.

8. HOSPITALES

En octavo lugar, una red de hospitales que era para los americanos una absoluta novedad, pues ni que decir tiene, no existía en el continente nada ni parecido a la medicina cuando llegan los españoles. Un extraordinario trabajo expuesto en el blog *lamericaespanyola* que firma @javierleoncio49 habla de hasta 843 hospitales creados por los españoles en sus distintas posesiones mundiales, 325 solo durante el siglo XVI, dando el nombre de todos ellos.

En este capítulo de la red sanitaria creada por España en sus virreinatos, no podemos pasar por alto una mención la que constituye una de las grandes hazañas médicas de la historia de la Humanidad, la primera campaña de vacunación masiva nunca practicada, cual es la llamada Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, iniciada en 1803, en las postrimerías ya de la presencia española por aquellos lares, que, financiada personalmente por el rey de España Carlos IV y dirigida por los médicos españoles Javier Balmis y José Salvany, llevará la vacuna de la viruela, recién descubierta por Jenner ni siete años antes, por todo América, inmunizando gratuitamente a tres cuartos de millón de personas, y dejando centros especializados para la futura administración de la vacuna en cada puerto y lugar en que tocaba. Y todo ello, gracias a un ingenioso sistema de transporte de la vacuna que inventó Balmis, en una época en la que no había refrigeradores: en el cuerpo de los muchachos de un orfanato de La Coruña, entre los que además no se registraron bajas conocidas.

En este campo también se produjo un intercambio recíproco, pues alguna importante medicina utilizada incluso hoy día, procede del acervo cultural indígena, como es el caso de la quinina o quinchona, con la que se alivia la malaria.

9. MUTUO INTERCAMBIO DE

Citaremos en noveno lugar el intercambio de conocimientos y de habilidades entre ambos mundos, aunque, como es lógico, con bastante mayor intensidad de Europa a América que al revés, lo que no deja de ser elocuente todos los instrumentos de transporte tanto de personas como de mercancías, por tierra y por agua, armamento por descontado, utilización de bestias de carga, correo, artes, y las técnicas de cultivo, de lo que es buen ejemplo que un cultivo emblemático del viejo mundo como es el café haya terminado encontrando en América su mejores plantaciones y realizaciones, y otro icónico del nuevo mundo como es el cacao, lo haya terminado encontrando en cambio en el Viejo, concretamente en África. Alimentos como el maíz, el cacao, la patata, la batata, el tomate, el pimiento, la judía, el girasol, el cacahuete, la calabaza, el aguacate, la mandioca, la piña o ananá, la chirimoya, la papaya o la vainilla, llegan a Europa desde América, gracias a la labor de los españoles. Un alimento tan andaluz como el gazpacho, nunca podría haberse hecho de no ser por los ingredientes introducidos en Europa desde América. Las gastronomías más reputadas del mundo, la italiana, la francesa, la mismísima gastronomía china o india, no pueden entenderse sin los ingredientes traídos desde América, y aprendidos a ingerir y cocinar, por los españoles.

En este capítulo, cabe reseñar también las técnicas de construcción introducidas por los españoles en un continente en el que la piedra apenas se utilizaba como instrumento de edificación en algunos lugares, y en la mayoría no se había pasado de las técnicas constructivas basadas en la madera y en la paja, con realización de verdaderas joyas del barroco mundial, como las catedrales de la Ciudad de Méjico, la absolutamente espectacular de San Francisco de Acatepec, en San Andrés de Cholula (Méjico), la de San Lorenzo de Carangas en Potosí, la catedral de Quito, la iglesia de la Compañía de Arequipa, la iglesia de

Nuestra Señora de la Merced en Lima… E incluso del gótico, que aunque en sus fases más tardías, llega a tiempo de adornar las ciudades americanas, como es el caso de la catedral de Santo Domingo. Y el renacimiento, con exponentes de la calidad de un convento agustino de Actopan, en Hidalgo, o los franciscanos de Tecali y Zacatlán de las Manzanas. Hasta un estilo tan antiguo y *demodé*, pero económico y a la vez bello, como el mudéjar, encontrará en América interesantes expresiones, como lo hace en las catedrales de Cartagena de Indias (Colombia), Santa Ana de Coro (Venezuela), o la iglesia mayor de Tunja (Colombia).

Obras en todas ellas, como en los caminos, las ciudades, los puertos, los hospitales, los colegios, las universidades, las fortificaciones, en las que se quedó tanto oro de ese que reputadamente los españoles «robaban», pues es en América donde la España grande de los siglos XVI, XVII y XVIII invierte sus remanentes y sus beneficios, y no en suntuosos palacios (y maravillosos por cierto) como puede uno ver en Francia y menos en España, con una monarquía a todas luces más pobre que la española de esos siglos.

A reseñar en este capítulo, igualmente, el famoso Galeón de Manila, uno de los instrumentos de comercio internacional más importantes del momento, que permitió el tráfico de las más lujosas y valiosas mercancías por todo el mundo, dentro de lo que hemos dado en llamar «la Nueva Ruta de la Seda», que no solamente sirvió para encontrar nuevas rutas, cerradas las antiguas, para un comercio ya veterano, el que se desarrollaba entre Europa y Asia, sino para incorporar a esa «Nueva Ruta de la Seda» nuevos mercados, concretamente los boyantes nuevos mercados americanos.

10. LA PAX HISPANA

Y décimo y, para terminar, el más preciado de los bienes, ese

que solo apreciamos cuando nos falta y damos por debido cuando lo tenemos: una Pax Hispana mucho más real, cierta y duradera que aquélla de la que, por analogía, toma nombre, la Pax Romana. Una Pax Hispana que, salvo las décadas iniciales en las que la conquista se abre paso a golpe de machete y espada, durará más de dos siglos en todo América, cuyos habitantes no participarán, por lo general, en las terribles y frecuentísimas guerras en las que sí participaba en cambio la metrópoli —solo a modo de ejemplo, durante el reinado de Felipe V, España toma parte en seis guerras—, donde se dieron pocos conflictos civiles y donde los pocos que ocurrieron tuvieron que ver con los ataques que recibían algunas ciudades hispanas por parte, sobre todo, de los ingleses, muy pocos, en realidad, pues el poderío español era lo suficientemente grande como para ser muy respetado y venía avalado por fortificaciones muy confiables y muy bien mantenidas.

En este sentido, una vez terminada la presencia de España en el escenario, se pueden redondear en unos doscientos los conflictos tanto civiles como entre vecinos que los diversos estados creados, con la desaparición de los virreinatos, llevarán a cabo en estos escasos dos siglos que tienen de existencia. Algunos de ellos, por cierto, con ese incómodo e irritable vecino del norte que nunca tiene el menor empacho en llevar a la práctica ese bello adagio, por ellos enunciado, que reza algo así como *América para los americanos,* pero que en realidad quiere decir *América para los* [norte]*americanos.*

Buena prueba de todo lo cual que cuando a principios del siglo XIX los españoles de ultramar se planteen desvincular su destino de los españoles de cismar, la cuestión será, realmente, una cuestión «entre españoles», los criollos contra los metropolitanos, y no tanto de los indios que, en su mayoría, tomarán partido por la Corona.

Lo que no quiere decir, desde luego, que, junto a los benefi-

cios, no se cometieran también abusos y tropelías. Pero de estos asuntos siempre hablamos. Y hoy, yo quería hablarles de aquéllos. Aunque solamente sea para que sepamos qué responder a los que con tanto afán nos inquieren, insinuando que de haber sido otros los que hubieran hecho el Descubrimiento, los descubrimientos, las cosas habrían ido mejor para el género humano, esto es, tantos descubrimientos como incluimos cuando genéricamente hablamos del «Descubrimiento de América».

Que hagan Vds. mucho bien y que no reciban menos.

ÍNDICE